

768

EL ESPAÑOL

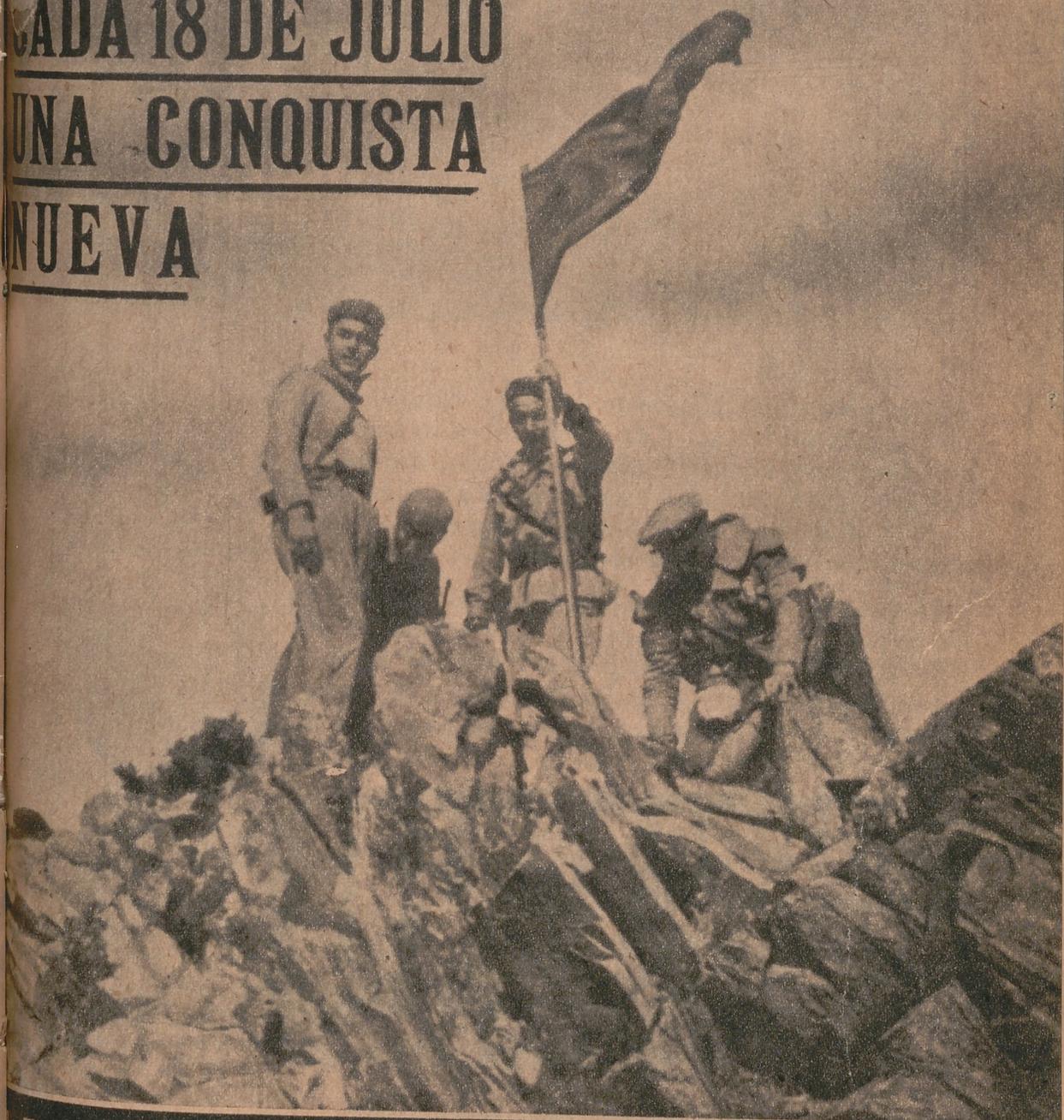
3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 20 - 26 julio 1958 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II época - Núm. 503 M. 58.69 19
Deposito legal

1936-1958: ESPAÑA SE PONE EN PIE

CADA 18 DE JULIO
UNA CONQUISTA
NUOVA



LA VICTORIA MULTIPLICADA

**ESTO ES
LO QUE USTED NECESITA
PARA APLACAR LA SED**



Agua fresca, una cucharadita de "Sal de Fruta" ENO, unas gotas de limón... Con nada mitigará mejor la sed. Nada agradecerá tanto su ardoroso organismo como esta bebida efervescente y agradable. Nada tan higiénico, tónico y refrescante.

En los climas donde el calor agobia más, desde hace 90 años se recomienda y emplea "Sal de Fruta" ENO; por reunir las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura. ENO regula la fisiología y adapta su ritmo a las exigencias de la temperatura exterior.



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

DEPURATIVA Y REFRESCANTE

Laboratorio FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid

**Adquiera
el frasco
grande.
Resulta
más
económico**





El 18 de Julio de 1936 España se alzó en armas contra el comunismo. He aquí voluntarios aragoneses de primera hora

18 DE JULIO: EL FUTURO EMPIEZA

ESPAÑA SE PONE EN PIE

EN LA PRIMERA HORA UN NOMBRE EN TODOS LOS LABIOS: FRANCISCO FRANCO

«A partir del 17 a las diecisiete todo es posible.» La consigna hecha circular por el teniente coronel Yagüe puso en tensión a quienes tomarían en sus manos los destinos de España a las órdenes de Francisco Franco. Exactamente el 17, a las diecisiete, estuvo en marcha el Alzamiento Nacional con precisión cronométrica. África sería el principio. Emociona imaginar escenas como ésta: en la mañana del día 17, con el edificio de la Comisión de Límites como escenario, el teniente coronel Gazo arenga a sus escasas tropas. Palabras parecidas serían pronunciadas en centenares de ocasiones para otros au-

ditorios en menos de veinticuatro horas por los jefes más claros del Ejército español:

—Amigos y soldados: Va a estallar un Movimiento que no tiene otro fin que la salvación de España. Nuestros jefes en Melilla son el coronel don Luis Soláns Lavedán y el teniente coronel don Juan Seguí, y en toda España el General don Francisco Franco. Baste sólo el prestigio de estos nombres para que colaboremos ardentemente en la empresa redentora, incluso, si es menester, dando la vida...

Para esta arenga el auditorio fué escaso: un sargento, un delineante y diez soldados del equipo topográfico. Pero en ve-

dad las palabras iban dirigidas a los millones de españoles que en todos los rincones de la Patria esperaban el momento clave del Alzamiento, seguros de que en manos de Franco la ruta sería certera y la victoria segura. Pocas horas más tarde una sección de guardias de Asalto se enfrentaría en aquel mismo patio con una sección de legionarios, presentes dos ilustres soldados: el teniente coronel Bartomeu y el teniente Latorre, y tendría lugar una escena impresionante. El oficial de guardias de Asalto gritó:

—¡Compañero oficial de la Legión! Mis guardias son también

EMPRESA EN COMUN

Para que un pueblo pueda proyectarse más allá del ámbito de sus fronteras tendrá siempre que concurrir, de frontera adentro, la circunstancia de una buena salud física, espiritual y política. Pueblos anémicos, empobrecidos material y espiritualmente, nunca tuvieron otra ambición que seguir viviendo, sin pensar —porque no pudieron— universalizarse.

“En la convivencia universal es cada nación lo que no son las otras. Por eso las naciones se determinan desde fuera; se las conoce desde los contornos en que cumple un propio universal destino.”

España ha sentido su unidad de destino como una llamada en lo más íntimo de su ser, como una vocación a la que ha respondido con rotundas afirmaciones históricas. La proyección de un pensamiento, un modo de ser y de vivir, no es tarea individual, ni siquiera tarea de grupos o de clases. Es tarea común, nacional, popular. Es empresa compartida, que era la condición fundamental que José Antonio ponía para que hubiese sentido y conciencia de la Patria. La Historia nos repite esa constante española de la universalización de España. La unidad de destino ha estado históricamente hermanada con nuestros ciclos de grandeza interior. Cuando la Nación, en manos de gobernantes cicateros, miopes en su visión política, ha experimentado períodos de decadencia interna, el destino universal de España se ha paralizado. Es más, en su parálisis ha perdido cuanto se hubiera ganado al amparo de una apretada unidad y de un robustecimiento interior envidiable.

Como la unidad de destino no puede lograrse ni ser realidad si no es la nación entera la que cuenta con

disponibilidades suficientes para efectuarla, ha de ser la nación la que internamente se considere con ese cúmulo de posibilidades.

Hoy, pasado y gloriosamente preterido un largo ciclo de precaria existencia física, espiritual y política, España se encuentra con todas las premisas cumplidas. Su unidad política, social, nacional, religiosa, la han puesto en el mejor camino, porque la unidad de destino es suma de sustanciales unidades. Ni en lo material, ni en lo espiritual, social y político España se encontró jamás en su Historia, más apta y más a punto para responder a su vocación de universalidad.

Hay comunidad de tarea y de empresa en el sentido político de las directrices del Estado, y hay comunidad de oportunidades en quienes siguen estas directrices. España ha quintuplicado su Renta Nacional, no sólo entendida como aportación económica de los ciudadanos de la Nación, ni como distribución equitativa de los bienes materiales que esta Renta produce, sino entendida también como aportación espiritual, cultural, social y política y como equitativa distribución de estos bienes. Si la Renta Nacional es termómetro por donde puede medirse la temperatura económica de un pueblo, la Renta entendida en su segundo sentido puede servirnos de índice para apreciar la salud moral de una nación.

Porque ha habido, y hay, empresa en común tenemos Patria, y porque el Capitán de esta empresa, con su sentido de responsabilidad ante Dios y ante la Historia, ha querido que nuestra tradición de universalidad renazca, tenemos unidad de destino en lo universal.

hervía de entusiasmo, y Bartomeu, al mando de 50 hombres, en plena calle del General Marina, a tambor batiente hizo leer el bando que declaraba el estado de guerra:

“Francisco Franco Bahamonde, General Jefe Superior de las fuerzas de Marruecos, hago saber: Una vez más el Ejército... (un preámbulo lleno de patriotismo, de honra y de gallardía, y luego)... Queda declarado el estado de guerra...”

El general Romerales fué destituido del mando y ocupada la base aérea de Tauima. La gente de la Casa del Pueblo fué asimismo ganada por la mano. El pueblo sano se sentía liberado y esperaba con ansiedad el telegrama que ya venía de ca-

mino: “Gloria al heroico Ejército de Africa. ¡España sobre todo!” Un mensaje cruzó antes el mar hasta Santa Cruz de Tenerife: “Jefe circunscripción Melilla a comandante general Canarias. Este Ejército, levantado en armas, se ha apoderado en la tarde de hoy de todos los sortos del mando en este territorio. La tranquilidad es absoluta. ¡Viva España! Coronel Soláns.”

La noticia del Alzamiento circuló rápidamente por toda la Zona del Protectorado y llegó a Ceuta. Las guarniciones de la zona occidental estaban en movimiento también. Tetuán, Larache, Xauen y Dar Riffien, sede de los legionarios de Yagüe, estaban sobre las armas como los soldados de Ceuta. El teniente coronel Asencio recibió en su despacho de Tetuán a Sáenz de Buruaga, a Beigbeder, a Peris de Vargas y a otros jefes militares. Asencio es parco en palabras. Tras una breve deliberación quedó listo el plan a seguir para la ocupación de la ciudad. Un jefe pregunta lo que está en el ánimo de todos:

—¿Y Franco?

Responde Sáenz de Buruaga: —Según Yagüe, el triunfo del Alzamiento coincidirá con el aterrizaje del avión que trae a Franco...

Los acontecimientos se precipitaron a partir de entonces. Sáenz de Buruaga destituyó telefónicamente al Alto Comisario y luego arengó a los regulares:

—Una nueva ocasión de triunfo os ofrece hoy España en la lucha, contra los enemigos del hogar, de la familia, del respeto a las libertades...

Mientras, Beigbeder comunicaba al Jefe por teléfono la noticia del Alzamiento. El propio Beigbeder quiso ir a hacerse cargo del edificio de la Delegación de Asuntos Indígenas, y cuando Buruaga le preguntó si pensaba ir solo, respondió:

—Y me sobro...

La máquina que “el 17 a las diecisiete” se había puesto en marcha iba tomando velocidad. Tetuán, en poder del Ejército; la quinta bandera y Castejón, sobre el palenque; la rendición del aeródromo, lista; Ceuta por Franco, y las tropas preparadas para saltar el Estrecho hasta la Península, la Patria entrañable. Y en todos la misma pregunta:

—¿Y Franco?

Como se sabe que ha de llegar en avión, miles de ojos están clavados con ansiedad en el cielo de Marruecos. El gran visir paseó a caballo por entre su pueblo para dar fe de que lo que comenzaba era bueno:

—En el nombre de Alá...

Mientras la voz ungida de religiosidad hablaba para sus súbditos, el avión esperado llegaba al aeródromo. Buruaga llegó en coche casi al mismo tiempo y corrió a esperar a quien en aquel momento aparecía en la portezuela del aparato: Francisco Franco Bahamonde, que ya era el Caudillo de España.

—¡Franco! ¡Ha llegado Franco!

Ejército y no dispararán contra el Ejército.

El legionario respondió:

—Hermanos somos,

Y se abrazaron oficiales y soldados. En aquel mismo instante comenzaba el Alzamiento, pues desde allí partió en seguida la columna de legionarios y regulares que, al mando de Bartomeu iniciaría la primera marcha táctica de la guerra camino de un objetivo concreto: Melilla. Por otros caminos las fuerzas de la región oriental, Dar Drius, Tauima, Segangan y Nador se dirigían a la playa. Regulares y soldados de la mehal-la de Tafersit bajaban cantando hacia los lugares que tenían señalados en los planes del mando del Movimiento. Melilla

Hubo en aquellas exclamaciones un manifiesto tributo de esperanza en el jefe indiscutible, aquel que antes de abandonar Canarias había declarado al fiscal militar que si el Movimiento fracasara quería ser el único responsable. El hombre que en plena juventud echaba sobre sus hombros la mayor responsabilidad que nadie pudiera soñar. Desde la Península, para abrazarse con los gritos de esperanza y, de te de los soldados y de los paisanos, de los hombres y de las mujeres y niños, de los españoles y marroquíes hermanados en la misma ansiedad, llegaba la voz inconfundible de Queipo de Llano desde Sevilla:

—Todas las guarniciones de Andalucía obedecen mis órdenes y se encuentran ya en las calles; el general Mola, con fuerzas de Navarra, y el general Saliquet, con las de Castilla, avanzan sobre Madrid por los puertos de Somosierra y del León; las guarniciones de Galicia dominan...

Franco recordaría durante su viaje en avión hasta Sania-Ramel su conversación telefónica con el Gobernador Civil de Las Palmas:

—Mi general; tiros, tiros...

—Sí, señor gobernador, tiros. Y muy pronto, cañonazos. Esto no es ningún juego...

Antes de subir a bordo del avión lo había dejado todo previsto en el archipiélago. "No quiero dejar papeletas", había dicho sonriendo a sus ayudantes y colaboradores de las horas cruciales. Mientras tanto estaban desde Madrid intentando localizarle por teléfono. El subsecretario del Ministerio de la Guerra consiguó por fin hablar con el coronel González Peral.

—No me ha sido posible hablar con el general Franco... ¡Quiero que usted se ponga a hablar con él!

—No está en Tenerife, mi general.

—Ya lo sé, pero hay que dar con él.

—Pues no sé cómo podré conseguirlo.

Luego:

—¿Y qué es eso de que se ha declarado el estado de guerra?

—Es cierto, mi general. Lo hemos declarado...

—¡Es imposible! Y dígame: ¿hay muchos leales ahí?

—Aquí todos somos leales, mi general.

—Y si son leales, ¿cómo han declarado el estado de guerra?

—Porque somos leales... a Franco, mi general.

Del uno al otro confin de la Península y sus islas adyacentes y sus territorios de Protectorado, todo giraba alrededor de un hombre y un nombre: Francisco Franco. Un Franco joven, apenas cumplidos los cuarenta años, de mirada firme, decidida, que a las dos y diez minutos de la tarde del día 18 de julio de 1936 estaba subiendo a bordo de un avión de alquiler para dirigirse a Tetuán vía Casablanca. Un Franco que en pleno vuelo cambiaría su uniforme militar por un traje gris de paisano, para convertirse, documentación incluida, en un jo-



La navarra plaza del Castillo ve partir a los voluntarios del 18 de Julio

ven diplomático. Precaución novelesca para eludir posibles maniobras policíacas en Agadir y en Casablanca. Podrían ser como las tres de la tarde del 18 de julio cuando todo esto sucedía. La hora clavé, la hora crucial para España, el instante en que Franco la cogía maltrecha para alzarla y dignificarla de una vez y para siempre. Apenas puesto el pie en tierra, camino de la Alta Comisaría daría su primera orden general:

—Ya estamos en el camino. Cada uno a su puesto y a cumplir con su deber.

En seguida hablaría por radio para las fuerzas alzadas con el pueblo español en la Península, que ya le esperaban como Jefe y Caudillo indiscutible.

ANDALUCIA, EN LA MANO

En Almería y en Málaga el Movimiento logró imponerse en un principio, pero la indecisión del general Paxot hizo que en esta última capital fracasara en seguida. En Granada se impuso la

guarnición, pese a la vacilación del general Campins. En Córdoba estuvo a punto para salvarlo todo la gallardía del coronel Cascajo. En Jaén fueron las cosas bien para los rojos. En Huelva, en Cádiz, en otros puntos andaluces, la suerte echada aquel 18 de julio estuvo templada de cartas buenas y malas. Una de las mejores cartas se jugó en Sevilla... Poco después de la una y cuarto de la tarde de aquel 18 de julio se detenía en la puerta de la División, en la calle Jesús del Gran Poder, un automóvil procedente de Huelva. Llegaba en él el general Queipo de Llano. Mandaba la División el general Villa-Abrille, quien acababa de preguntarle a su jefe de Estado Mayor, Cuesta Monereo:

—¿Qué significa este hormigueo de oficiales?

—Quiere decir, mi general, que están todos sublevados en contra del Gobierno.

Minutos después, Queipo y Villa-Abrille estarían frente a frente en el patio del edificio de la División:

—¿Qué haces aquí, Gonzalo?

—Vengo a decirte que tienes todavía tiempo para decidir: o con tus compañeros o con el Gobierno que arruina a la Patria...

El general Villa-Abrille quedó así detenido. Desde aquel momento, serían como las dos de la tarde del 18 de julio, Sevilla estaba también por Franco. En toda España se enfrentaban ya dos bandos de ideologías opuestas, sustancialmente irreconciliables, como que eran España y la anti-España. No se trataba de un pronunciamiento tipo siglo XIX, ni muchísimo menos, y la Nación se unía entusiasmada a los soldados y jefes que sabían alzado la bandera de la rebelión frente al Gobierno asesino que arrastraba a España al comunismo. En todas partes los elementos ciudadanos se unían voluntarios a las unidades en marcha, y millares de jóvenes se alistaban rápidamente, encuadrados casi todos en las organizaciones españolísticas que los marxistas habían intentado en vano aniquilar a tiro limpio.

Queipo fué al cercano cuartel del Duque para arengar a la tropa, y se encontró con la sorpresa de que ni el coronel ni sus subordinados querían sumarse al Alzamiento. Queipo vió, entre los oficiales a un capitán que sonreía.

—¿Cómo se llama usted?

—Capitán Fernández de Córdoba, mi general.

—¿Se atreve usted a tomar el mando del Regimiento?

—Sí, mi general.

—Pues mande tocar escuadra.

Queipo de Llano arengó a la tropa. Permitidme la vanidad de decir aquí que yo era uno de aquellos ciento treinta soldados, mejor dicho, el cabo Manfredi, con apenas diecisiete años cumplidos. Yo estuve allí, y oí la arenga, y fuí a declarar el estado de guerra, y estuve en la toma del Gobierno Civil y de la Telefónica, y tuve miedo de los coches blindados de las guardias de Asalto... ¡Por eso sé que en Sevilla los naipes dieron el triunfo al coraje de Queipo de Llano, as deoros junto a los ases que jugaba en el ánimo de España la mano segura de Francisco Franco!

DEL UNO AL OTRO CONFIN. "¡ALERTA ESTA!"

Todo el día 18 de julio estuvo marcado por la señal del fuego. Todos los caminos de España se llenaron de consignas, de gente, de camiones y automóviles con destinos concretos. El Movimiento había comenzado a la hora justa. De un lado, el comunismo. Del otro, la España eterna, aquella que los mejores querían hacer "una, grande y libre". Galicia, la esquina verde, como la ha llamado un escritor, quedó pronto por Franco. El día 17 habían abandonado la base naval de El Ferrol los cruceros "Libertad" y "Cervantes" y luego el cañonero "Xauen". De una parte estaban unos 4.000 hombres armados: las brigadas

de instrucción, la Escuela de Marinería, los obreros de la Constructora. De otra, el regimiento de Mérida, el de Artillería de Costa y la Infantería de Marina: 400 soldados. Y estos cuatro centenares dominarían a los cuatro millares para que Galicia quedará íntegra en la zona nacional.

Asturias fué escenario de las gestas heroicas de los cuarteles gijoneses de Simancas y Zapadores, y de la epopeya de Aranda en Oviedo, pero la mayor parte del territorio asturiano quedaría en zona marxista. Se perdió Santander, cuya conquista, más tarde, sería definitiva y decidida para la victoria total. Alonso Vega ganó la baza en Vitoria. Monasterio declaró el estado de guerra en Zaragoza, y en la madrugada del 18 de julio consiguió en un golpe de energía y buena fortuna evitar que los sindicalistas llevaran a efecto el reparto de armas que tenían preparado. El éxito del Alzamiento en Zaragoza tuvo capital importancia, porque él representó también la victoria en la línea de Jaca, Huesca y Teruel.

El 18 de julio en Barcelona comenzó bien, pero la muchedumbre marxista aplastó a fuer del número los escasos elementos con que contaba el general Goded, quien durante aquel día fue dueño de la Gran Vía Diagonal, las zonas del puerto y la Barceloneta. El fracaso de Barcelona representó también el de casi todo el país catalán y parte del territorio aragonés. Semejante



La Falange de Valladolid, con Onésimo Redondo en el centro de la fotografía



suerte corrieron Valencia y la región levantina. Murcia y Cartagena serian escenarios de la matanza de los oficiales de la Escuadra, sobre el modelo clásico de la revolución bolchevique. Y el fracaso en Madrid representó el de todo el territorio de Castilla la Nueva, incluida la provincia extremeña de Badajoz. Como islotes en el mar proceloso de la España que luego habría de ir redimiendo palmo a palmo, quedarían el Alcázar de Toledo, el santuario de la Virgen de la Cabeza, Cáceres con el coronel Alvarez a la cabeza...

En la provincia de León todo fué bien desde el primer momento, y el aeródromo fué ocupado con oportunidad, mientras la guarnición hacía fracasar una columna de dos mil mineros que se encaminaba hacia la capital para ocuparla. La guarnición de Zamora se hizo dueña de la capital sin grandes problemas. En Salamanca bastó la lectura del bando declarando el estado de guerra para que la ciudad quedara en poder de las fuerzas leales al Caudillo Franco. En Burgos, reducido el general Batet, el Alzamiento triunfó rápidamente. La Artillería ganó a Segovia, la Guardia Civil conquistó Avila y Soria, y gente de Pamplona se encargó de dominar I. O. Roño. Las islas Canarias y las

Baleares, por Franco quedaron, excepción hecha de Mahón.

En cuarenta y ocho horas, toda España había tenido que decidirse y jugar sus cartas, echándolas sobre el tapete con coraje. El 18 de julio todos los españoles dignos hallaron la ocasión de hacer algo útil para salvar a la Patria. Precisamente porque el enemigo era astuto, hábil y fuerte, el triunfo que llegaría al cabo de los tres años de guerra tiene mayor mérito y es más entrañablemente estimado. En cuarenta y ocho horas todos tuvimos que quitarnos las caretas y enseñar nuestras caras sin antifaces. Los clarines llamaron a la guerra, pero no por nuestra culpa, sino por la del enemigo, empeñado en llevar a España a la catástrofe.

ANCHA ES CASTILLA

Y entre todas las ciudades castellanas, Valladolid. A primera hora de la tarde del día 18 de julio estaba Valladolid en pleno hervor de entusiasmo patriótico. La tensión era tanta que ni un solo hombre dejaba de sentirse testigo de un acontecimiento extraordinario en el que también iban a dejarle ser actor. Porque si se llevaban o no se llevaban a Madrid a los guardias de Seguridad y Asalto, hubo sus más y sus menos. Y cuando por fin se

dijo y se supo que los guardias no se irían, el Alzamiento estaba ya en marcha, ganada la capital para la causa nacional que representaba la capitania de Francisco Franco.

Un grupo de falangistas, al mando de Pereletegui, recorrió la calle principal cantando a voz en grito el "Cara al Sol". Ni uno solo de los presentes dejó de saludar con el brazo en alto. El mismo día 18 de julio un grupo de falangistas entró en el edificio de la C. N. T. y tomó prisioneros a cuantos estaban dentro. Otros grupos, mandados por Cuadra y Fernández Sanz, se encargaron de ocupar los edificios de Correos y Telégrafos y la Telefónica. Mientras tanto, el comandante Maristany y el teniente Silvela iban camino de Monte Muciente para reunirse allí con el general Saliquet, que aguardaba el momento exacto en que habría de tomar el mando el Capitania. Cuando recibió la noticia de boca de sus oficiales, dijo:

—Voy a ponerme el uniforme. ¡Ha llegado el momento!

Rápidamente partieron todos camino de la capital, y una vez en Valladolid, Saliquet se dirigió al despacho del general Molero, jefe de la División. La escena entre ambos generales tiene mucha similitud con la que conté antes, sucedida entre el general Queipo

UNA SOLA FE

"Es indispensable que la convivencia nacional se funda, ante todo, sobre la afirmación de la unidad de la Patria y de la catolicidad del pueblo español, uno y otro principios entrañablemente insertos en las más profundas esencias nacionales."

Dos premisas sin las que toda convivencia se hace imposible. La unidad de la Patria, como necesario, imprescindible aglutinante político, en cuya carencia la debilidad sustituye a la fuerza y la división y pluralidad de criterios dispares en asuntos fundamentales engendra la confusión. El catolicismo, la afirmación de la catolicidad del pueblo español, como algo tan íntimo, tan específicamente propio, tan definitorio de España que, sin fe católica, no llegamos a concebir, ni a imaginarnos cómo sería ni qué sería la Patria que sentimos y amamos.

No ha habido empresa de altura, ni sentido histórico profundo en la vida española, ni emprendimiento y tarea en el camino de lo español, que no haya estado impregnado de una fe honda—fe como virtud teológica—y de una práctica constante de los preceptos y mandatos que la Santa Madre Iglesia impone a sus fieles. Cruzada fue la lucha de ocho siglos que España mantiene en su suelo contra la media luna. Y, cuando nuestros ejércitos, confiados muchas veces más en la mano de la Providencia que en sus propias fuerzas, consiguen la culminación de la victoria sobre sarracenos, es la unidad religiosa lo primero que nuestros Reyes de Castilla logran sus territorios. Después, fundada ya esta unidad como principio, sobre ella se cimentará la unidad política y todas las unidades que hicieran a España dueña de su libertad y de su grandeza.

Todavía el pendón de Castilla no había ondeado en el último reducto enemigo, cuando el destino de España pone proa hacia la invención de nuevos mundos. Y no hubo gesta más llena de fe, más sentidamente cristiana, más católica—en el profundo sentido ecuménico de la palabra—que la gesta de nuestras tres carabelas rumbo a un mundo que España ganaba más para la causa de Dios y de la Iglesia, que para ella.

Las tierras de América, en un alba de mañanas recién estrenadas, quedan, benditas por la misa primera de un sacerdote español que descubre tierras y almas. Después, ahí está la gesta misionera española, y la voz de una Reina Católica que hace suya esa gesta ordenando que no se ponga el pendón de Castilla en tierra alguna donde, al mismo tiempo, no se levante la Cruz de Cristo. Otro Rey español preferirá no tener súbditos, si estos súbditos no lo son también de las verdades, la fe y los dogmas de Dios.

La unidad de la Patria y la catolicidad del pueblo español son principios entrañablemente insertos en las más profundas esencias nacionales. Por ello, fué la misma esencia nuestra, la esencia entrañable de España la que quedó en peligro, la que estuvo a punto de perderse, cuando alguien, queriendo renunciar al signo histórico de lo auténticamente español, pretendió desligar el alma y la vida de la nación, de la fe y del dogma cristianos. España comenzaba a desfigurarse, a perder su perfil y su espíritu, cuando, contradiciendo tradición e historia se quiso ilusoriamente edificar una política al margen de toda fe y de toda creencia. Si el siglo del liberalismo, por caminos que no llegamos a comprender hubiese logrado hipotéticamente el engrandecimiento de la nación, en lugar de arruinarla y carcomerla, esa nación poderosa, grande, hubiera sido cualquier cosa, menos España.

Cuando Francisco Franco, modelo de hombre cristiano y católico, gobernante con aquellas virtudes que los manuales clásicos exigen para los príncipes cristianos, concibe el nuevo Estado español, en su mente no faltará para definir a ese Estado, la nota esencial de Estado católico para un pueblo reciamente y tradicionalmente cristiano. Cuando se firma el Concordato entre la Santa Sede y el Estado de Franco, una alta jerarquía eclesiástica dice que es el documento de esta índole más perfecto y ejemplar que hubo nunca en la historia de las relaciones entre Iglesia y Estado. De espíritu cristiano, de fe católica, está impregnada toda la legislación del Estado que Franco creó.

de Llano y el general Villa-Abrille. Era, en realidad, el momento clave, el instante decisivo en que los bravos se enfrentaban a los cobardes y a los tímidos.

—¿A qué debo el honor de tan grata visita?—preguntó Molero.
—No sé si será grata; pero quisiera que fuese amistosa. Vengo a notificarte que el Movimiento ha triunfado en Valladolid y a exhortarte para que te sumes a él.

Molero hizo como que no entendía la invitación:

—¿A qué te refieres?

Saliquet concretó más:

—A lo que ya sabes, o, al menos, debes saber, o suponértelo. Valladolid está ya en mi poder. Molero quiso fanfarronear, ganar tiempo, tal vez.

—No lo creo. Conservo aún el mando de mis oficiales y de mis tropas, y ellos me secundarán en cuanto les llame.

—Lo siento, pero estás equivocado. Por última vez te pido que te sumes a nosotros. Es más, si lo haces seré el jefe de tu Estado Mayor.

El titubeo mortal de siempre:

—Eso que me pides es muy grave. Tendría que consultarlo antes con el ministro de la Guerra.

—No adelantaría nada. Además, no puedo perder ni un minuto.

El clima emocional había subido de tono. Cuando un oficial gritó "¡Viva España!" y el general Molero respondió con "¡Viva la República!", Saliquet se encaró con él y le dijo con energía:

—Me veo obligado a detenerte.

La primera sangre iba a correr de un momento a otro. Unos oficiales irrumpieron en el despacho de pronto, pistola en mano, y dispararon contra el general Saliquet y sus acompañantes. Cayó mortalmente herido Emeferio Estefanía, y su muerte coincidió con la toma por Saliquet del mando de la División. La espera había terminado, se habían agotado hasta el último instante los minutos disponibles para ofrecer una oportunidad al que titubeaba. La baza estaba jugada, sin trampa ni cartón, y minutos después un piquete proclamaba el estado de guerra en Valladolid, entre redobles de tambor y toques de atención de las trompetas. En la madrugada, ya dentro del día 19 de julio, serían libertados los presos falangistas que estaban en la cárcel. Y el Alzamiento comenzaría su larga y costosa campaña de conquista de la Castilla del conde Fernán-González. Comenzaba también el espectacular impresionante de la llegada de millares de falangistas, que corrían a alistarse en las banderas que partían constantemente camino del lugar más peligroso y más delicado.

EN PAMPLONA, SANFERMINES

Tres generaciones de requetés bravos y fervientes se alzaron a una voz para unirse al general Mola, y con él al Movimiento liberador acudido por Francisco Franco. Lo que fuera en Cas-



**Voluntarios nacionales desfilan por las calles de Salamanca en los primeros días del Alzamiento
Un tercio de requetés espera el momento de partir para el frente**

tilla el fervor falangista, fué en Navarra el fervor requeté. Docenas de automóviles recorrieron la noche antes de amanecer el día 18 de julio todos los caminos de Navarra, llevando de pueblo en pueblo a unos españoles enervo-

rizados que iban de puerta en puerta llamando para avisar a los que desde hacía tiempo esperaban la llamada.

—¿Todo listo?

—Todo listo.

—¿Dispuestos?

—Sólo esperamos la orden para empezar.

—Pues esa orden es la que nosotros os tremos. Al amanecer, todos a Pamplona.

La consigna famosa de "el 17 a las diecisiete" había llegado a



Fuerzas del Ejército Nacional con falangistas voluntarios, cargan los camiones con destino a los frentes de combate



Posiciones nacionales en los primeros meses que sucedieron al 18 de Julio de 1936

todos los rincones de la Patria. Menos a los a los despachos de los altos políticos encargados de gobernar al país, al uobre país esclavizado por ellos. Por eso andaba el ministro de la Guerra intentado localizar por teléfono al general Mola, como por otros hilos andaban intentando encontrar al General Franco o al general Queipo de Liano. El ministro era ya el general Miaja, quien al habla con Mola pretendió impresionarle:

—El comandante militar de Vitoria me ha manifestado que usted ha ordenado declarar el estado de guerra. ¿Es eso cierto?

—Sí, señor; completamente cierto.

—Pero, ¿y el general de esa División?

—El general soy yo.

—¿Usted? ¿Quiere usted decir que está sublevado?

—Sí, señor; con toda la División.

Miaja se hizo de nuevas:

—Podía usted haber empezado por decirme lo.

—Y usted por imaginárselo...

Mola colgó el teléfono, dando la conferencia por terminada.

En Madrid debieron caer como bombas las manifestaciones del general al flamante ministro de la Guerra. Entonces Martínez Barrio intentó un soborno, como si quisiera hacer bueno el refrán de que "Cree el ladrón que todos son de su misma opinión". Y llamó por teléfono a Mola. El político se puso dulzón:

—Sí, desde luego, usted tiene razón, general. Esto no puede continuar así... Yo estoy de acuerdo con usted en las líneas fundamentales, y quisiera mostrárselo...

Una pausa bien estudiada, y el cebo:

—¿Quiere una prueba de mi deseo de colaboración en esa tarea que usted quiere comenzar? Le ofrezco la cartera de Guerra...

Mola no había pestañeado si quisiera durante la conversación telefónica. Cuando se decidió a responder no se anduvo por las ramas, y habló con claridad, sin medias tintas:

—Siento mucho no poder complacerle. Lo que España necesita no es lo que usted le puede dar.

Sólo el Ejército es capaz de hacerlo...

—Pero eso representaría la guerra civil.

—¿Acaso no la han desencadenado ya ustedes?

—El proletariado se echará a la calle.

—Está bien...

Se cortó la comunicación. Navarra estaba ya en la brecha. A las seis de la madrugada, a toque de tambor y de corneta, se proclamó el estado de guerra en toda la provincia.

Y EN TODAS PARTES, EL GENIO DE LA RAZA

Mientras en las capitales, jefes de alta graduación escribían el día 18 de julio páginas inmortales para la Historia de España, en los pueblos, en las aldeas, en las poblaciones rurales más o menos grandes, suboficiales y clases de tropa de los Institutos tradicionales y heroicos de población civil, militantes de la Falange, del Requeté, de las organizaciones políticas sustancialmente enemigas del marxismo, y con ellos el pueblo sano de España, jugaban también sus cartas en el anónimo, sin elementos de represión a mano, haciendo uso del inmortal genio improvisador de la raza. Ellos tienen un sitio en este día, en esta rememoración del principio de la gesta que habría de darnos una España mejor, dura y honradamente ganada palmo a palmo.

El día 18 de julio hizo necesario a todos los españoles un alarde de facultades, no sólo personales, sino raciales. Por todos los caminos y por todos los hilos del teléfono o del telégrafo llegaban a todos los rincones de España las noticias apremiantes de que "el 17 a las diecisiete" se había puesto en marcha la máquina, y que era preciso aclararse partidario o enemigo, de una vez y para siempre, del Gobierno que era tanto como anarquía, revolución y comunismo inmediatos o del Movimiento que acaudillaba el General Frano, que era tanto como orden, dignidad, antimarxismo a ultranza y promesa segura de salvación para la Patria.

Difícilmente se verá España en otro momento tan crucial para su vida como se vió en aquel 18 de julio de 1936. Demos a cada cual su denario, y puesto que todos lo hicimos seamos todos partícipes de la gloria de haberlo hecho. Desde entonces hasta hoy, igual que aquel día, lo mismo que los hombres ansiosos de comenzar miraban al cielo por donde había de llegar el General Franco, siempre, en cada momento difícil, ha mirado España a Franco y le ha visto llegar, saltar a tierra, saludar a sus oficiales, todo a punto, en el minuto justo, y decirle a su pueblo como entonces:

—Ya estamos en el camino. Cada uno en su puesto y a cumplir con su deber.

El genio de la raza encontró en Franco la medida de sus deseos. Sin duda, el Caudillo que necesitaba.

Domingo MANFREDI / ANO

Adquiera todos los sábados

“EL ESPAÑOL”



Una fotografía del «Ejército rojo». Milicianas en la columna Oliver, de Barcelona

LA OTRA CARA LA REVOLUCION

ROJA QUE NO PUDO TRIUNFAR

ESPAÑA, CUARTEL GENERAL DE LA III INTERNACIONAL

NINGUNA tontería ha sido más cara y más dolorosa para el mundo que la de suponer que las revoluciones surgen solas, espontáneas, súbitamente. Cuando Luis XVI fué sorprendido —él también— por los acontecimientos de la toma de la Bastilla, preguntó a un cortesano:

—¿De modo que hay un motín?

A cuya pregunta contestó aquél:

—No, señor. ¡Hay una revolución!

Desde entonces, y aún antes, con anterioridad y posterioridad a la fecha trágica de 1789, muchas gentes han confundido los motines con las revoluciones y han sido sorprendidas, cuando ya no había remedio, por estas supuestas «espontaneidades revolucionarias». Estos errores se pagan con la vida. ¡Atención por lo tanto!

También hubo muchas gentes ingenuas entre nosotros en aquel año, también de prueba, de 1936. Gentes que creían que no pasaría nada porque, al fin, añadían que en «España nunca pasaba nada», como si la historia patria, singularmente la del siglo XIX, no fuera un drama perenne y una inquietud constante. Pero, en fin,

los Pangloss se daban por aquí con profusión. Y pagaron su error al verse implicados en los novísimos «delitos» que juzgaba la revolución, tales como pertenecer a asociaciones piadosas, leer Prensa de derechas o, sencillamente, tener algún libro, en la biblioteca, que tuviera, como los «Episodios Nacionales», impreso en su texto o en la cubierta los colores rojo y gualda de España.

Para muchas gentes aquel 20 de julio madrileño, que amaneció a cañonazos contra el Cuartel de la Montaña, fué una sorpresa. Una revolución súbita. Algo, en fin, sin antecedentes inmediatos, aunque tuviera, sin duda, consecuentes. ¡Y qué consecuentes, en efecto! ¡Un millón de muertos y tres años de heroico e incasante bazar para arrebatar a Moscú su presa!...

Pocas revoluciones, como la roja española, venían siendo preparadas y dirigidas con más asiduidad y amplitud. Se necesitaba estar ciego para no verlo. Y sordo para no saberlo porque, a la verdad, ellos mismos, los marxistas, lo decían. No fué una casualidad, no podía serlo porque, a la verdad,

ellos mismos, los marxistas, lo decían. No fué una casualidad, no podía serlo, que aquel mismo día 20, apenas amanecido, todo Madrid estuviera ocupado militarmente por las «milicias». Milicianos, con su correspondiente «mandamás» al frente, luciendo los brazaletes de su partido u organización y armados de fusiles y correajes repletos de municiones, montaban la guardia en todos los edificios públicos de la capital y constituían grupos más o menos numerosos en lo que en la Prensa se ha dado en llamar en estos casos lugares estratégicos. Había guardias rojos —¡y cómo no!— en los Bancos, en los centros docentes, en los servicios públicos de toda índole, Ministerios, garajes, oficinas del Estado, de la Diputación, del Ayuntamiento, etc. ¿Casual todo aquello? ¡No podía admitirse? Había una organización, que luego hemos sabido preexistente, que había sido objeto de una meditación especial. Según ella, se trataba, sencillamente, de la ocupación de Madrid, y para este objetivo se había previsto todo, los sectores, subsectores, lugares de concentración de los

TIERRAS Y HOMBRES

La unidad nacional es unidad de hombres y de tierras. Un concepto afortunadamente llegado en estos veintidós años a la noble categoría de tónico dignísimo. Unidad nacional quiere decir que, doblando el mapa de nuestra geografía de abajo hacia arriba y de derecha a izquierda, no hay más distinción ni otra nota específica entre los cuatro puntos cardinales de España, que las puras distinciones y diferencias que emanan de las cualidades geográficas, de los accidentes orográficos, de los ríos y de las montañas, de los árboles o del folklore. Y esa es soy la realidad que se nos presenta. Son unas las tierras, como somos unos los hombres.

“Nadie es “uno” —dijo José Antonio— sino cuando pueden existir “otros”. No es nuestra interna armadura física lo que nos hace ser “personas”, sino la existencia de otros de los que el ser “personas” nos diferencia. Esto pasa a los pueblos, a las naciones.”

Más que una realidad geográfica, lingüística, étnica, la nación es, ante todo, una realidad histórica. Es la historia, vivida en común y en común sentida y hecha, la que hace a los pueblos, la que crea en los hombres conciencia de unidad, de responsabilidad ante esa historia pasada y ante la historia que queda por hacer. La convivencia histórica, el haber convivido en una unidad de fe, de esperanza, de derrotas o de victorias, de sacrificios o de abundancia, el haber sentido idénticos deseos y el haberlos realizado, es lo que a un pueblo, con mayores o menores semejanzas geográficas —poco importa—, da la categoría o carisma de nación sobre la que se levanta el concepto sagrado de Patria.

Cuando egoismos personales, o regionales, o provinciales, quieren hablar de escisiones, de divisiones exclusivamente fundadas en el absurdo fuero de una determinada preferencia, es que se pretende, sencillamente, desandar la Historia, deshacer lo que otros hicieron, poner al revés lo que, posiblemente, tanto costó a otros poner a derechas. La unidad nacional no es obra de un día, ni de años, ni, tal vez, de un siglo. El fenómeno de los separatismos ha ido siempre en las naciones paralelo a fenómenos políticos de decadencia. Cuando todo iba mal, poco importaba que fuera peor. Los separatismos se hermanaban bien con el sentido materialista de la Historia. Se pensaba que una región, una provincia, podía vivir aislada, sin vinculación a otras provincias o a otras regiones, sólo por el hecho de que aquella región “producía lo suficiente para vivir”. Como si no existieran a muchas millas, y por encima de las cifras de producción de una provincia, otros sagrados vínculos unitarios entre las regiones y pueblos de una misma patria. Como si el quehacer político, social, religioso, de empresa conjuntiva, como si los siglos y las obras de los siglos no estuviesen por encima de la riqueza que pueda dar una tierra bien labrada o una fábrica de hilaturas.

Hoy, España sueña solo con la grandeza de su unidad nacional. Todos los pueblos, todas las regiones, las provincias, están unánimemente unidas, hermanadas, en el deseo de que España crezca más cada día en su potencial material y espiritual. Nuestra unidad de hombres y tierras es el signo externo de nuestra grandeza.

milicias, aprovisionamiento, distribución de armas, municionamiento, etc. Nada, absolutamente nada resultaba improvisado.

He aquí lo que el menos agudo de los observadores pudo advertir en seguida. La revolución solamente «emergía». Hasta entonces se había organizado y armado en un silencio y clandestinidad relativos. Ahora «surgía a la superficie», al ataque. Nadie podía engañarse ya. Sólo que entonces... ¡ya resultaría demasiado tarde! Madrid, como tanta otra gran urbe también, se perdió para España en el primer momento. Porque, naturalmente, nuestro relato no se refiere sólo a la capital española.

UN ENSAYO CON TODO

En 1928 el Kremlin, en el V Con-

greso de la Internacional Comunista, aprobó ya la llamada «Tesis de guerra». En realidad se trataba de una regularización de la lucha armada. Se senta y seis bases y apartados que lo preveían todo, o casi todo, a este respecto. La organización, la instrucción, la táctica, los métodos operativos, en fin, de la «insurrección armada». O la «técnica», si se prefiere, del golpe de Estado. El comunismo, menos que ningún otro movimiento revolucionario, ha creído jamás que la revolución puede improvisarse. ¡Bah, eso no lo creen más que los tontos burgueses! Al contrario, el comunismo internacional ha estudiado siempre minuciosa, detallada, científicamente, la subversión y la técnica de la revolución. Para el Kremlin, a la potra, ésta es precisamente la nueva forma bélica

cisamente la nueva forma bélica, la estructura misma de la moderna guerra.

En 1934 es, en España, la revolución de Asturias. En realidad, la revolución del octubre rojo español, que si alcanza su máxima intensidad en aquella región, no deja de tomar caracteres graves también en Barcelona, Madrid y algunas otras localidades y provincias hispanas. La «revolución orja de octubre», bien entendido, no era aún el asalto final. Era sólo «un ensayo con todo», previsto por Moscú para probar la organización y servir de experiencia. He aquí un episodio sobre el que volveremos en seguida. De momento vamos a referirnos al sentido tradicional de la subversión comunista. A la evolución a este respecto de las ideas dirigentes y de la táctica. La insurrección armada es, desde el primer momento, el objetivo más caro de la revolución roja. El comunismo no es tan tonto ni tan iluso que espere que el sufragio le asiente directamente en el Poder. Sabe siempre que su credo es propio de una minoría. Y que, por consecuencia, para imponerse ha de actuar por la fuerza. He aquí, sin duda, una evidencia y un realismo que es preciso señalar. En el «Manifiesto comunista de Marx y de Engels», nada menos, es decir, en la propia pila bautismal del partido, la idea y la obsesión de provocar la insurrección armada está ya recogida y expuesta. Se escribe así en este documento histórico: «Negar la necesidad de la insurrección armada del proletariado contra las clases dominantes... es alterar los fundamentos mismos del marxismo». Lenin añadiría, concreto, más tarde: «Sólo es marxista el que espera la lucha de clases y la dictadura del proletariado». Para añadir terminantemente: «Sólo la insurrección armada puede conducir al proletariado a la victoria». He aquí enunciado, justamente, el norte del programa operativo del comunismo internacional. Al fin, la orientación que debería tener la intervención de éste en España.

Lenin es el instaurador de la «técnica de la insurrección». El director del Estado Mayor rojo, que abordó «científicamente» ese tipo de guerra y de revolución. Porque para el comunismo la guerra y la revolución no son dos cosas, sino una solamente. Lenin señala tajante: «La revolución debe tener previamente fijada su fecha; debe ser organizada sólo por el partido. El Poder no nos vendrá solo. ¡Hay que tomarle!» Siempre, pues, el «leit motiv» apuntado.

Pero, ¿cómo deberá ser abordada la revolución? Con método, con organización, con disciplina. O creando un verdadero Ejército para combatir al que obedece al Poder público. Incluso subvirtiendo éste; insurreccionando las fuerzas del Gobierno, neutralizándolas en último extremo. Marx prevenía: «Las fuerzas a las que vais a combatir —decía a sus seguidores— tienen sobre vosotros la ventaja de la organización, de la disciplina, y tienen el principio de la autoridad tradicional». En consecuencia, he aquí, en la «Tesis de guerra» del V Congreso,

lo que procede hacer: ¡Subvertirle! «Del grado de descomposición de un Ejército depende en gran medida la posibilidad, para el proletariado, de derribar un régimen». Y añade: «Si la revolución no arrastra las masas y abarca al Ejército, no puede ser nunca cosa seria...» He aquí a modo de ejemplo lo ocurrido en Rusia en 1905, en Alemania en 1921, en Estonia en 1924, en Austria en 1927...

LA «HAZAÑA» DE TRITURAR EL EJERCITO

Los prolegómenos de nuestra guerra y de nuestra revolución —una y la misma cosa para Rusia, insistimos— son así de remotos. No se olvide nunca que el Kremlin constituye desde los mismos momentos, como hemos visto, de la revolución roja, el cuartel general del comunismo en el mundo. Todos los partidos marxistas deben de obedecerle. Todos son apenas secciones del Gran Partido Comunista Internacional, cuya plana mayor es, sin exclusión, rusa. Moscú, en fin, es la capital del orbe proletario. Quien no acepte esta evidencia se anatema. Toda idea en contrario es mero «desviacionismo», trotskysmo, titoísmo..., heterodoxia de la peor calidad, dentro del credo frío, severo e imperativo bolchevique. ¿Es claro? Las secciones comunistas de los partidos de cada país son, al fin, sucursales fieles a Moscú. Caballos de Troya de su táctica. Avanzadas de su dominación. Agentes de su programa revolucionario. Quintas columnas. He aquí lo que es menester entender bien para seguir leyendo.

La revolución, en España, tuvo una activa y rápida preparación. La consigna era ésta, en esencia: «Desarmar al Ejército y armar al pueblo». Empecemos por lo primero. Luego volveremos sobre lo segundo.

De desmilitarizar al Ejército se encargó Azaña. No se presentaba el primer ministro de la Guerra —o del Ejército, como se comenzó a llamar ya por entonces— como comunista, ciertamente. Pero el comunismo, en estas fases iniciales, gusta de elegir gentes afines, sobre todo obedientes, y nunca del partido. Logra lo mismo. Y engaña mejor. Cuando los rusos derribaron a Largo Caballero, que antes eligieran, porque estaba desbordado, buscaron a Negrín. Le fué a visitar, en nombre del embajador soviético, Jesús Hernández, el que se llamó a sí mismo «Ministro de Stalin en España», y le dijo poco más o menos: «Negrín, los comunistas queremos que sea usted presidente del Gobierno. Ya sabemos que usted figura sencillamente como republicano, pero esto nos conviene. No tiene sino que obedecernos ciegamente, sin ocuparse de más». Y Negrín, rijoso, avaricioso y ambicioso, aceptó. Pues bien, Azaña fué el precedente de este ejemplo. Sabemos de él lo suficiente. El mismo se nos retrató como implacable hombre sin sentimientos. Se avino en seguida a ingresar en la «Logia» de la calle del Príncipe. Y aceptó, con la obediencia al Gran Oriente, la del Kremlin. Y en seguida anunció sus refor-



La furia marxista se ensañó con las iglesias y monumentos religiosos. He aquí, julio de 1936, a unos milicianos rojos en el momento de tirar al suelo una imagen que estaba en el exterior de una iglesia de Lérida

mas. Unas reformas que no lo eran. Una mentira más. Una reforma del Ejército cuya finalidad era sencillamente «tritularle». Se empezaba a cumplir la consigna así apenas nacida «La Niña». «Se iba a la desmilitarización del Ejército...» En cuanto a armar al pueblo, un instante, ¡perdón!, ya lo veremos.

Las reformas militares de Azaña, que aplauden los republicanos y que incluso aceptan y aun alaban muchos burgueses estúpidos, fué el primer paso de la revolución roja. Se trataba, naturalmente, de suprimir al enemigo. Porque sin Ejército enfrente, se comprende que al marxismo combativo no le iba a importar gran cosa ni los Colegios No'arriales, ni los coros de canónigos, ni las Cámaras de la Propiedad, ni los Consejos de Administración de las Sociedades, ni las instituciones culturales, piadosas o de la índole que fuera. La revolución roja, sin Ejército enfrente, estaba, naturalmente, hecha de antemano, rápida y sin riesgo. Azaña lo sabía. Y se puso a la prueba. Debía obediencia...

A la postre, las famosas «reformas» —que no lo eran— consistían en disminuir, en el papel, nuestras dieciséis divisiones tradicionales a la mitad. En la práctica, a suprimirlas todas. Porque las unidades que quedaron se desnutrieron totalmente de efectivos. En el día de la prueba apenas si había algún regimiento que por toda plantilla real tuviese 200 ó 300 soldados. Y aun así, éstos se licenciaron en el acto. Supuestas en teoría las reformas de Azaña —en la realidad las cosas resultaron mucho más severas—, no hubiera podido movilizar España, en caso de una guerra internacional, ni siquiera 200.000 soldados. No se fabricó por entonces —en los días de Azaña— material de guerra, aunque se anunciaran novedades en el «Diario Oficial»; ni siquiera se dispuso de piezas de recambio, por cuya razón la artillería, en gran parte, y las armas automáticas, incluso muchas portátiles, estaban inservibles. Se habló de los excesivos gastos que hacíamos en defensa nacional. Pura mentira. La reali-

dad es que España gastaba por habitante en defensa mucho menos de la mitad que Francia, que la quinta parte de Bélgica y ¡¡que la décima de Yugoslavia!! Se añadió, otra mentira, que nuestros cuadros de mando, nuestra oficialidad, era excesiva. La verdad era, sin embargo, que no era más numerosa que la de otros países no más grandes que España. Por ejemplo, que la de Checoslovaquia.

Pero Azaña sabía muy bien lo que hacía. Había que deshacerlo todo. Y la trituration prosiguió. El «Anuario Militar» se redujo, de un plumazo, de 1.049 páginas a 300. Desapareció la jurisdicción castrense, las Capitanías Generales, ¡hasta la Cría Caballar! Azaña se inspiraba en las medidas drásticas de los revolucionarios franceses. Se hicieron «fichas secretas ideológicas» de los generales, jefes y oficiales, como en los tiempos de Dreyfus y en los días del socialista André. Secretamente, estas fichas llevaban, como resumen, para cada oficial, una de estas tres letras: R, «republicano», esto es, adicto; F, «fascista», esto es, enemigo, e I, es decir, «indiferente». Tan pronto la revolución triunfó en la España roja, los cuadros de oficiales comenzaron a ser implacablemente «purgados» según este módulo. Mientras tanto, con la reducción del cuadro de oficiales, Azaña eliminó a los que no le inspiraban confianza. Escribió personalmente a muchos generales para que pasaran voluntarios a la reserva. Si no obedecían, él mismo los pasaba después. Para desmoralizar los cuadros de mando —la fuerza del Ejército es bien sabido que radica no en los armamentos, sino en la moral— decretó la invalidez arbitraria de los «ascensos por elección», y, en fin, creó el tristemente célebre «Gabinete Negro», antro de todas las pasiones, vilezas y atropellos que se cometieron por entonces con la oficialidad. Y para completar su obra decretó asimismo el propio Azaña el reingreso en los cuadros de mando de numerosos expulsados por Tribunales de Honor: de gravados e inmorales de todo orden.

Tal fué la obra de Azaña. El

mismo lo dijo en pleno Parlamento: «Todo era necesario destruirlo, y he tenido la seriedad de hacerlo sin darme importancia».

Los energúmenos de la Cámara, naturalmente, aplaudieron. Ortega, el filósofo, calificó aquella actuación de «hazaña enorme» (1).

El 18 de Julio de 1936, en definitiva, en España apenas quedaba Ejército. Su falta explica, como nada, la caída de las grandes ciudades en manos del marxismo: Madrid, Barcelona, Valencia. Los fracasos iniciales del Norte, de Bilbao, San Sebastián, Santander y Gijón. El que no se lograra éxito en otros muchos puntos asimismo tampoco. Sólo en Africa quedaba un contingente apreciable de tropas selectas. ¡Pero era tan pequeño!... Cuando la revolución roja surgió, pues, la primera parte de la consigna rusa había sido plenamente lograda: «El Ejército español había sido desmilitarizado...» ¡El camino parecía libre para el comunismo, en apariencia al menos!

Y LA DE ARMAR AL «PUEBLO»

En cuanto a la segunda parte de la consigna..., «armar al pueblo!», he aquí lo que pasaba. Es ahora cuando volvemos sobre lo dicho de la revolución de octubre.

Todo entonces estaba ya preparado. Rusia dió las órdenes. Herriot prometió las armas. Llegaron abundantes desde luego. El hallazgo del «Turquesa» fué la primera revelación al efecto. En el «affaire» estaban complicados, a la vez, Prieto y Azaña. Ambos lo han explicado. Se supo esto con total certeza. Largo Caballero, desde el Gobierno, explicaba en público que «cada día se sentía más rojo». La Prensa izquierdista lo anunciaba en sus páginas: «Las nubes van cargadas camino de octubre»; «¡Atención al disco rojo!». En el Estadio Metropolitano, de Madrid, se concentraban previamente, en una demostración, con camisas rojas y azules claras, las juventudes socialistas y comunistas, con un total de 40.000 afiliados. En Asturias se sabía que había 300.000. Al grito de «¡U. H. P.!» comenzó la revolución. La «Comuna» asturiana costó 1.100 muertos y más de 2.000 heridos. Y daños sin cuento. Terminada la revolución, a la que se impuso el Ejército, no sin dificultades, dirigido éste, desde el Estado Mayor Central, ¡por el General Franco!, gracias a la sensatez del ministro de la Guerra a la sazón, republicano moderado, señor Hidalgo, se recogieron a los revolucionarios rojos 41 toneladas de explosivos y 17.456 armas de todas clases, ¡incluso cañones!

Pronto se comprendió que la sofocación resultaba infructuosa. No hubo sanciones. Al revés, se invocó la amnistía. Se derribó al Gobierno que había puesto coto a la revolución. Y en el campo de Comillas se presentaba nuevamente otra magna concentración de milicianos marxistas. ¡Esta vez los congregados debieron ser 200.000!

A decir la verdad, la revolución de octubre en España fué sólo una «maniobra de diversión» del Kremlin. Allí importaban poco las vidas españolas, la riqueza española, la prosperidad de España. ¡Al revés! Importaba minarla hasta convertirla en el «Estado comunista número dos de Europa».

Moscú había hecho de la revolución española solamente un ensayo general para la revolución definitiva que anhelaba. Y, naturalmente, como un celoso Estado Mayor que reflexiona sobre los errores propios, el Kremlin replanteó de arriba abajo el caso de aquella operación.

INFILTRACION EN LOS CUARTELES

Ello ocurrió exactamente en el VII Congreso Comunista celebrado al año siguiente; esto es, en 1935, pocos meses antes del Alzamiento. Se analizaron entonces los factores del fracaso y al fin se convino desencadenar la revolución definitiva, el día rojo español, señalado exactamente la fecha del primero de agosto del último año citado.

La verdad, la estricta verdad, es que la revolución roja ni se planteó, ni se organizó, ni se decidió en España. Mandaba ya Moscú. Los fantoches de acá hablaban con la voz de su amo. Retransmitían las órdenes y las consignas terminantes de Rusia. Sin duda, había que revisar las decisiones. Y las instrucciones llegaron abundantes y terminantes a la vez. Era menester continuar con la trituration del Ejército; aumentar los licenciamientos; desarmar a las fuerzas del orden; aniquilar cualquier intento de organizaciones «fascistas»; suprimir la justicia militar; fomentar la indisciplina como fuera; crear los Comités de soldados; formar e intensificar las milicias. A los soldados se les acuciaba para que pidieran más haber, mejor rancho, supresión de los castigos, autorización para dormir en casa; que se castigara, al revés, severamente cualquier reacción por parte de los oficiales; vestir de paisano, suprimir el saludo militar, libertad de lecturas, esto es, autorización de la propaganda comunista en el cuartel; derecho al voto y de asistencia a los actos políticos.

El Congreso citado dispuso, además, en una «Instrucción» la creación de células en el Ejército; en las fábricas militares; en los servicios incluso; la de «círculos de estudios comunistas» en los cuarteles y organizaciones deportivas; la publicación de «literatura «especial»; la «propaganda» sobre todo entre los reclutas, los que estuvieran con permiso y los recién licenciados sobre todo; activar, en fin, la organización de milicias y formaciones paramilitares rojas.

Las instrucciones llegaban abundantes. Se recomendaba infiltrarse sobre todo en las pequeñas unidades: escuadras, secciones..., en los talleres, en las dependencias, en los parques. Buscar amigos en filas, obsequiarlos. Sobre todo a los oficiales, atender incluso sus caprichos, los que fueran. Atraerlos desde luego. Dar entrada a los «activistas» en los cuarteles. Se advertía que la infiltración era más fácil en los Cuerpos técnicos, repletos de personal obrero. Más difícil entre las tropas a pie, reclutadas en el campo. Neutralizar, se decía, en último caso a los oficiales hostiles. Halagar a éstos, si era posible, ofreciéndoles cargos importantes en un nuevo régimen proletario. No olvidar a la juventud. Para ello trabaja con asiduidad la «K. I. M.». Atraerse a la Prensa, a la Policía, y si era factible a las organizaciones de derechas. Usar del halago o del engaño según conviniera.

Y, desde luego, ¡armar al pueblo! Lenin había recomendado ya desde luego la «preparación ideológica del Ejército», pero sobre todo su fe iba hacia la preparación de la insurrección con el apoyo de milicias armadas. «Constituir a tiempo—eran sus palabras—fuerzas armadas suficientes de la clase obrera», decía. Y terminaba: «El Ejército revolucionario es necesario para llevar a cabo la lucha armada y para conducir a las masas al combate contra los restos de la fuerza militar de la autocracia». Así nació en Rusia la Guardia Roja, consustancial a la Revolución. Así nacieron las Centurias Proletarias de la Alemania de la primera posguerra. Y los Grupos de Combate comunistas de la China de Mao Tse Tung. ¡Y las Milicias orjas de la guerra española!

EL 17 A LAS 17

Ante la eclosión del 18 de julio de 1936—el Ejército se había levantado justamente el 17, a las diecisiete, en Africa—, el Gobierno rojo debía decir algo. Y lo dijo. Sólo que, una vez más, mintió. Naturalmente, echó la culpa sobre los alzados, sobre el odiado Ejército, el encargado por la Ley, no obstante, repetimos, de celar por la seguridad de la Patria del enemigo exterior e INTERIOR. La verdad era otra. El Ejército únicamente se adelantaba. Sabía que el día rojo estaba señalado. ¡Era el día de Rusia! La fecha de la anti España. Y el que gobernaba, mal podía ser un «Gobierno legítimo», cuando nacía de un fraude electoral y ejercía no el Poder, sino el crimen. El ejemplo del asesinato de Calvo Sotelo resultaba reciente. El Gobierno repu-

SUSCRIBASE A «EL ESPAÑOL»

Tres meses 38 ptas.
Seis meses 75 "
Un año 150 "

Administración: PINAR, 5 :: MADRID

blicano-marxista, al dictado de Moscú, dijo en aquella ocasión, en una nota radiada, que había sido frustrado un nuevo intento criminal contra la República. Una mentira más, como decimos. Y una estupidez, por añadidura. Luego se ratificó en este camino del engaño y añadió que a los rebeldes no les quedaba más camino que rendirse o huir a la zona francesa de Marruecos. Estamos, insistimos, en la fecha clave del 18 de julio. En Madrid reina aún una paz aparente. Pero sólo aparente. «Claridad» es el órgano de Prensa de Largo Caballero. Este es el elegido por Moscú, que le denomina nada menos que «Lenin español». El periódico en cuestión pide primeramente el inmediato licenciamiento de los soldados en filas. ¡La «desmilitarización del Ejército»! ¡La consigna soviética! El ex estuquista es apenas un papagayo de momento. Luego sería incluso él también víctima de Rusia. Como por encanto—que en la Revolución, repetimos, nada surge espontáneo—, el partido socialista, la Unión General de Trabajadores, la Federación de Juventudes Marxistas se unen entusiastas a la petición. ¡Que secunda el general Pozas, nada menos que director general de Seguridad! Aclaremos. Este general se había negado algún tiempo antes a transmitir las indicaciones de Franco cuando éste antes de irse a Canarias quiso y aun logró hablar con el jefe del Gobierno para prevenirle lealmente de la peligrosísima marcha de las cosas. No es necesario aclararlo. Pozas era tan mal general como excelente y conspicuo masón. Su carrera puede explicarse así.

Pero «Claridad» dijo entonces más. Completó la consigna de Moscú. No bastaba, aunque era consustancial, licenciar al Ejército...; era preciso armar al pueblo. Tal fue la tarea inmediata de aquel día 18 y del siguiente. Repetimos: aún la paz, aparente, reinaba en Madrid. Casares Quiroga era a la sazón jefe del Gobierno. Tuvo una idea torva. Los acontecimientos no iban bien para la República. El Gobierno decía una cosa. Pero ocurrían otras. Mentía. Para procurar abortar el Alzamiento, las fogias deberían deliberar sin demora. ¡Y salió la fórmula! Un Gobierno Martínez Barrio—grado treinta y tres, Gran Oriente luego—para negociar con los rebeldes. ¡Una trampa que se advirtió con claridad! Se ha hablado ahora mismo, con ocasión en cierto modo paralela, que los militares y «Comités de Salud Pública» argelinos han sido manipulados por la democracia de modo semejante. ¿Soustelle sirvió esta vez de cebo? No lo garantizamos. Pero he aquí lo que se ha dicho. Mas sigamos con el relato de aquellas fechas tan trágicas como decisivas en nuestra Historia. El 18, Azaña, que es el Presidente de la República en quiebra, reúne en el palacio de Oriente una buena «tenida» con Martínez Barrio, Lara, Sánchez Román, naturalmente Pozas y Largo Caballero. Este expone la exigencia. El terreno está abonado. Azaña decide. Y «el pueblo se arma». En realidad éste estaba armado ya a tra-



Iglesia de Camañas, Teruel, convertida por los rojos en garaje. Pueden observarse los destrozos en las imágenes y los altares

vés de «las milicias». Unas organizaciones públicas «paramilitares», instruidas incluso por oficiales, uniformadas, armadas. En total, he aquí unas cifras: «100.000 milicianos de asalto, 80.000 de resistencia, de 100.000 a 200.000 sindicales». Todo un ejército en donde había sido «triturado» el nacional.

El domingo 19 de julio, la víspera misma del Alzamiento en Madrid, las armas fueron distribuidas. Salieron de los parques madrileños primeramente fusiles y ametralladoras para armar en el acto cinco batallones, dotando a cada uno de éstos de 50.000 cartuchos. La verdad fue, sin embargo, que los parques quedaron vacíos. Sus existencias se redujeron a cero. Los cañones incluso aparecieron emplazados al día siguiente en la plaza de España, frente al Cuartel de la Montaña.

* * *

Al otro día, 20, tuvo lugar, en efecto, el Alzamiento en Madrid.

Fracasó. En realidad, por cuanto apuntamos estaba fracasado de antemano. El Estado Mayor ruso lo había previsto todo. Se dieron instrucciones. Se circularon planos. Surgió la orden. Largo Caballero había anunciado lo que los militares llaman en su «argot» «la decisión». «Lo primero que tenemos que hacer—decía—es desarmar al capitalismo... al Ejército, la Guardia Civil, la Justicia. Y en su lugar, ¿qué? Esto: el armamento general del pueblo.»

ATENCION AL DISCO ROJO

La orden roja para la operación de Madrid—y lo mismo podríamos decir para otras ciudades, aunque haríamos de este modo interminable este artículo—distribuía la ciudad en cuatro sectores: el «primero» comprendía los distritos de Palacio, Universidad y Chamartín; el «segundo», Chamberí, Buenavista y Hospicio; el «terceron»,



Una «columna» marxista se dirige al frente después de haber saqueado el pueblo

LOS DOCE PILARES

«**P**OR su carácter programático, muchos de los puntos con que el Movimiento se inició continuarán con otros siendo un ideario iniciador; pero es patente que, en gran medida, ya están convertidos en sustancia de España, porque han sido el espíritu que ha dado aientos, sin desmayos ni claudicaciones, a la obra y a la propia estructura de nuestro Estado.»

Los 12 Principios del Movimiento Nacional, promulgados por el Jefe del Estado en la inauguración de la nueva Legislatura de las Cortes Españolas, tienen de común su preexistencia efectiva en la política realizadora del Régimen. De ahí su fuerza y de ahí su necesidad de existencia como normas concretas, programáticas y definitivas; de ahí su inalterabilidad y su inmutable permanencia.

Es cierto que la fuerza de las leyes y de los principios emana en su punto de partida de la autoridad que los promulga. Sin autoridad legítimamente constituida no hay ley ni obligación de cumplirla. Pero existe otra fuente de obligación y de deberes que radica en el término y fin de la ley: el bien común, hacia el que toda ley o principio ha de tender. En veintidós años la política del Régimen español no ha tenido más miramiento ni más fines ni otros propósitos —testigo es la sangre y los obreros— que el bienestar de España. Para que estos Principios del Movimiento Nacional fuesen medula y estructura de una política y realización de cada día en la vida española, se inauguró en una fecha angular de nuestra Historia la Cruzada nacional.

Cruzada es una guerra que se hace para que una nación considere "como timbre de honor el acatamiento a la Ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, única y verdadera y fe inseparable de la conciencia nacional...". Si en otro tiempo se hicieron levas y se murió heroicamente para que no fuesen profanados lugares santos, para que la fe en Cristo no se apagase en las almas de los hombres y su Cruz fuese santo y seña de las naciones, en otro tiempo otra Historia y otra Geografía tan cercanas a nosotros, que somos nosotros mismos, levas de hombres sanos con guerreras de soldados, camisas azules y botas rojas, se enrolaron en otra Cruzada con el mismo sentido, la misma fe, idéntico propósito.

Para que naciese la paz, para que España volviese a recobrar su pulso y estrenase su unidad entre los hombres y las tierras, su integridad sagrada, su sentido auténtico de autoridad, libertad y servicio, un carácter representativo en su orden político, una justicia, un reconocimiento del trabajo como origen de jerarquía, una salud física y moral desconocidas, unos Principios exclusivamente inspirados en el bien de la Nación y en el bienestar de los españoles; para esto y por esto hay una fecha clave en nuestra Historia que se llama 18 de Julio de 1936.

Desde entonces a hoy una virtud cardinal ha especificado y definido al Movimiento Nacional, configuración y concreción política de todas las aspiraciones españolas: el no haberse apartado ni un ápice ni una pulgada de aquella ideología inicial, de aquellos Principios que han pasado a la promulgación después de informar y dar vida a la arquitectura política de nuestro Régimen. Una línea recta, sin caprichosas curvas que marcaseen parciales intereses, sin baches en el camino ascensional de una reconstrucción total, con una meta fija y la andadura lo suficientemente abierta para perfeccionar todo lo perceptible, esa podría ser la gráfica constante de estos veintidós años que van a comenzar ahora la vigésimo tercera de su continuidad histórica.

"Constituimos una verdadera rectificación histórica, un orden nuevo, fruto del genio español, creado por nuestro Movimiento de 1936 en una hora de fracaso rotundo de los viejos sistemas". La Historia de más de un siglo quedó rectificada, en su fondo y en su forma, por el Movimiento Nacional. En el fondo de sus conciencias no podía existir ya recalitrante posible que no viese con sus ojos y palpase con sus manos el rotundo fracaso del viejo y caduco sistema."

En las Leyes Fundamentales, en los Principios del Movimiento, y desparramado ya con toda generosa amplitud por todos los rincones de España, convertido en vida y aliento, en fe y esperanza de cada español, este orden nuevo, sintetizado por el Caudillo y por su mano hecho realidad y obra es el origen fundamental, pilar y cimiento de la paz, seguridad y sosiego que hoy vivimos los españoles.

Congreso y Hospital, y el «cuarto», Latina e Inclusa. Se precisaban en la orden los cuadros y efectivos. Alrededor de 1.000 «hombres de asalto» en cada sector, más un número convencional de «milicias de resistencia y sindical, en destacamentos y reservas. Se distribuían convenientemente las armas. Se daba la «clave de cifra» exactamente: «Estado Mayor 54-52». Se indicaba el dispositivo: un enorme ángulo, con vértice en la plaza de Colón y extremos en Cuatro Caminos, por un lado, y en Atocha, por otro. Se disponía para la empresa, sin contar con el material últimamente sacado de los parques, con 25.000 fusiles, 30.250 armas automáticas y explosivos para equipar 20.000 hombres. Los «radios» disponían a su vez de 1.000 hombres. Las células las integraban diez, con un jefe. Todo estaba previsto. Todo estaba preparado.

¿Improvvisación? ¿Espontaneidad? Ya ve el lector... En la revolución roja, al revés, todo era cálculo, todo era preparación. De momento he aquí a las milicias rojas con inspiraciones rusas, con activistas y agentes rusos. Luego, poco después, sería ya el propio «Ejército ruso de exportación» el que aflorara aquí, las «Brigadas Internacionales», las «Organizaciones comunistas de aviación», los «carristas», etc. Los mandos rusos, en fin, ¡Ciento cincuenta mil «voluntarios» al servicio de Rusia!

He aquí el cuadro. Cuando los generales rusos habitaban en el Gaylor. Cuando el embajador soviético presidía los Consejos de Ministros. Cuando el Estado Mayor de Moscú advertía a Kulik que deberían abandonarse los planes de Largo Caballero para operar en Extremadura y aceptar los soviéticos que llevaron a las batallas de la sierra. De Brunete, de Teruel y del Ebro.

La revolución roja fué así. Nació rusa. Siguió siendo rusa hasta el final. Fué siempre rusa. España no hubo de hecho en nuestra guerra más que lo nacional. Lo otro era sencillamente la anti-España; la III Internacional. ¡Venidmos! ¡Pero estemos atentos! ¡Moscú no olvida! ¡Nj perdona! Sufre aún el bochorno de la lección española. ¡Guardemos nuestra paz, tan a duras penas conquistada! «¡Atención al disco rojo!» A los «frentepopulismos» de nuevo cuño. A los que «hablan mal del Ejército». A los que «maquinan entre cortinas». A los que dicen que las «revoluciones son espontáneas» y «tienen siempre justificación». A los siblitos que saben cosas ¡que no son ciertas! A los que «fingen sonreirse» cuando se fustiga a la «masonería». A los que entienden que hay que borrar diferencias» entre buenos y malos, entre vencedores y vencidos. A los que predicán la «coexistencia». A los que convienen que «no todo es malo en el comunismo». De éstos, de los «snobs», de los «arribistas», de los que pretenden «pescar a río revuelto», de las «gentes sin convicciones», sin moral, sin fe, sin ese espíritu ardiente de español..., de éstos, «¡libéranos, Dómine!» Los conocemos demasiado bien para que puedan otra vez engañarnos con las mismas mentiras...

J. DIAZ DE VILLEGAS

El Generalísimo Franco, en su puesto de mando en frente de Cataluña, estudia los planos de las operaciones



DE VICTORIA EN VICTORIA

CON LA FE Y EL VALOR, LA MEJOR ESTRATEGIA

LAS BATALLAS QUE NOS DIERON EL TRIUNFO

EN su aspecto meramente militar, la guerra de España, al margen su inmensa trascendencia política interior y exterior —que ahora se advierte claramente—, constituyó un ejemplo típico estratégico, táctico y operativo del más vivo interés. Sirvió para experimentar armas novísimas. Los carros, por ejemplo, que si habían intervenido en la primera guerra mundial, la verdad es que apenas si actuaron entonces más que en un solo campo: el aliado. Con la aviación ocurrió otro tanto. El material ya en 1936 había logrado grandísimos progresos. En España surgió el bombardeo en cadena y picado, por ejemplo. Y el sistema estratégico de «bolsas», luego tan generalizado en la última gran guerra. Y, en fin, en España se implantaron del mismo modo nuevos métodos de fortificación diluida, y alternan, en curiosa y rápida sucesión, las etapas de la guerra fulgurante y breve, a la «blitzkrieg», con las luchas tenaces, metódicas, de desgaste y material. Hay operaciones de guerrilleros —¿cómo no?—, y batallas campales de un rigorismo exacto. Lucha de trincheras y campal. Tal fué, en resumen, la estructura mi-



Momento en que las fuerzas nacionales llegan a Vinaroz

litar de nuestra guerra, en la que combatieron españoles y extranjeros, separados en dos bandos por la fuerza de una ideología radicalmente diferente. En ese batallar, que duró casi tres años y que costó no menos de un millón de muertos, toda esa sucesión de combates y batallas, de tan distinto sello, podría materializarse en un cierto número de éstas, que pudiéramos llamar tipo y capitales, que pretendemos sintetizar aquí y explicar, en su misma realidad y significación, de un modo breve.

LA BATALLA DE «APERTURA»

La primera batalla pudiéramos llamarla de «apertura». Es la batalla inicial, para situarse sobre el tablero del mapa nacional. En una guerra que tiene la indole de la nuestra, no entre dos naciones, sino entre dos bandos ideológicos irreconciliables, se comprende que esta primera fase sea no sólo interesante, sino curiosa y fértil en aspectos. Es, sobre todo, capital. «Nada en el mundo —venía a explicarnos Moltke— es capaz de corregir un equivocado despliegue inicial en una guerra»

Sólo que esta «batalla de apertura» no fué realmente un solo hecho de armas, sino muchos, pero concatenados entre sí por una sola voluntad y dirigidos, en conjunto, a la misma acción. Inclúyenos así en esta «batalla de apertura» los primeros movimientos, los primeros encuentros y los sitios heroicos de las guarniciones asediadas por las milicias rojas. No se olvide que Franco inició la guerra sin Ejército apenas. El que existía antes le había «triturado» Azaña. Los pocos regimientos peninsulares apenas si tenían en el papel 400 hombres, que en parte, por añadidura, habían sido incluso licenciados. Sólo las fuerzas de África, unos pocos —muy pocos— miles de excelentes soldados, constituían un núcleo compacto e imponente. ¡Pero estaban al otro lado del mar! Y no fué tarea fácil hacerlos llegar a la Península.

En cambio, fieles a las consignas rusas de «desmilitarizar al Ejército y armar al pueblo», los rojos tenían organizadas y en el acto comenzaron a actuar las «Milicias», preparadas, armadas e instruidas para la guerra concienzudamente. En total, 125.000 milicianos de «asalto», 100.000 de «resistencia» y 200.000 «sindicales». Añádase en seguida las Brigadas Internacionales, por cuyas filas pasarían durante nuestra guerra 125.000 comunistas reclutados por Rusia en todo el mundo y en todas las razas.

De este modo, muchas veces por el azar de cualquiera circunstancia, las más por la decisión de los mejores mandos, la España nacional se fraguó originariamente formando un gran núcleo Centro-Norte y diversos islotes en Andalucía, en torno de Sevilla-Huelva-Algeciras, Córdoba y Granada. En cambio, los rojos dominaban todo el Centro-Levante y el Norte cantábrico, las regiones en general más prósperas, más industriales, con más activos puertos y más densamente pobladas.

Entramos en la fase inicial de la guerra ligera, que gana casi siempre la velocidad y la decisión. Episodios gloriosos en Somosierra, Heroísmo en Guadalarranca, Epopeya en el Alto de los Leones de Castilla. La lucha en el vacío en el frente aragonés. La Brigada Móvil, en constante valvén, frente a las hordas de Durruti y de Ascaso. ¡Alcubierre! Las masas marxistas de Barcelona y Madrid se vuelcan en los frentes, que apenas son jalones débiles, pero activos y valientes en el campo nacional. Aragón hace de yunque. Sobre la Sierra caen las masas partidas de la capital. ¡Resistencia sublime! Pero alguien piensa que es menester retirarse al Duero. Al fin no es menester. ¡Faltan municiones! Y surge entonces el milagro del apresamiento del «Mar Cantábrico». ¡Los frentes fluctuantes, sin efectivos, casi sin material, logran, al fin, definitivamente fraguar! España está en pie tras de Franco. ¡Ah!, la guerra debería ser larga y penosa, re-

conoce el Gobierno marxista de Madrid. La esperanza de una rápida y fulminante dominación del Alzamiento que se había asegurado en la capital roja se ha difuminado. ¡La guerra, bien se ve, no hacía sino empezar! ¡Y de qué modo!

Gijón. Defensa numantina en Simancas y en el vecino cuartel de Zapadores. El coronel Pinilla va a resistir el asedio implacable de los rojos treinta y dos días. La proeza asombra. Al fin todo parece decidido. El coronel pide al «Cervera» que bombardee el propio cuartel. El comandante del buque aconseja que cifren el radiograma. Pinilla acaba: «No hay tiempo de cifrar.» Como un nuevo Sagunto, la defensa termina cuando no quedan defensores en pie. Y como Simancas, Santa María de la Cabeza, Nueve meses de asedio en plena serranía bética. Ocho meses de lucha. Unos pocos guardias civiles. Un héroe que se llama el capitán Cortés y muchos refugiados en el santuario. No es posible el socorro. Las ametralladoras, la aviación, la artillería y los carros, incluso, son empleados contra este puñado de valientes. Sólo cuando no queda ninguno la defensa cesa. El propio Cortés, herido, incapaz de sostenerse, sentado por ello en una silla, es fusilado por aquellos bárbaros del marxismo pocos días después de la gesta.

Y entre éstas, Oviedo. Allí está Aranda, que se mantiene firme, en una lección técnica y militar acabada, derrochando heroísmo con sus 2.300 soldados. Atacan 15.000, 20.000 y hasta 30.000 rojos sin cesar. La artillería media y la aviación arrasan la ciudad. Pero Aranda resiste hasta el 17 de octubre, en cuya fecha la plaza es socorrida. Y, en fin, Toledo, el Alcázar, es decir, Moscardó, ¡Otra gesta gloriosa! El Gobierno marxista ruga. Le irrita esta defensa que repercute, espléndida, en el exterior. Los periódicos de Madrid anuncian siempre la inmediata caída del Alcázar. Uno de ellos encabeza toda una página con este título sorprendente: «Ayer han vuelto a caer las torres del Alcázar». Para doblegar a Moscardó se asesina vilmente a uno de sus hijos. ¡Mal conocían al héroe...! Moscardó prosigue la defensa hasta que el 27 de septiembre, socorrida la plaza, cuadrado militarmente, saluda al libertador con estas palabras magníficas: «Mí general, ¡sin novedad en el Alcázar!»

La batalla de apertura tiene un colofón. El paso del Estrecho. Es el 5 de agosto de 1936. Saltan a la Península los soldados españoles de África. Nadie acepta la posibilidad de la operación. Sólo Franco tiene fe en su éxito. El la dirige desde El Hacho ceutí. El cañonero «Dato», el minúsculo torpedero «19» y unos modestos buques mercantes realizan la proeza. El acorazado rojo es batido ¡con fuego de fusil! desde el cañonero. Ya están los legionarios en Algeciras y Sevilla. Ahora es la «blitzkrieg». La guerra relámpago. La batalla en camión. Y el camión triunfal de la capital de España, Mérida, Badajoz, Guadalupe, Talavera, Toledo, Illescas. ¡La Ciudad Universitaria!, la puerta misma de Madrid. Sólo que el dis-



Histórica fotografía en la que aparece, recién liberado el Alcázar de Toledo, el entonces coronel Moscardó explicando al Caudillo y al general Varela, en el patio, las vicisitudes del asedio

positivo nacional ha dado tanto de sí que hay que evitar cualquier estiramiento. Podrá romperse. En Madrid los rojos han sido reforzados por el Ejército de la III Internacional. Allí están las Brigadas Internacionales, los soldados de Rusia.

La «batalla de apertura» ha terminado

DE MALAGA AL NORTE

Como ejemplo típico de «batalla-maniobra» del más puro sabor clasicista, a lo Napoleón, podríamos apuntar dos especialmente: la maniobra de Málaga y, dentro del cuadro general de la del Norte, concretamente la de Santander.

Málaga es la primera batalla de este tipo de la guerra. Los Ejércitos se han consagrado ya. Hay en la provincia andaluza tres divisiones rojas. Unos 50.000 hombres. Por entonces los contingentes de las Brigadas Internacionales —¡los primeros extranjeros llegados para combatir en España, entendiéndose esto bien!— sumaban ya entre 40.000 y 50.000 hombres. Naturalmente, ante semejante evidencia al campo nacional comenzaron por entonces, después de hacerlo los «internacionales», a llegar, a su vez, voluntarios. En los días de Málaga, sin embargo, los italianos desembarcados en Cádiz no deberían pasar de 3.000. Estos voluntarios, juntos con el Ejército nacional de Andalucía, se dispusieron al asalto del baluarte marxista. Se trataba de una conversión sobre el objetivo común. Como en las magníficas maniobras de Bonaparte en Italia. Como Moltke en Bohemia. Se parte por nuestros soldados de Marbella, la serranía de Ronda. Antequera... para incidir conjuntamente sobre Málaga. Desde Granada se caerá, al mismo tiempo, sobre Motril para cortar la retirada de los rojos. Es el 5 de febrero de 1937. El suelo es muy fragoso. Pero la operación es fulminante. El 7 se conquista Vélez-Málaga, y el 8, Málaga mismo. Se cogen en la maniobra —la primera gran «bolsa» de la guerra— 11.000 prisioneros, seis baterías, abundante botín de otras clases, barcos incluso abandonados en el puerto. Se acusa de hecatombe moral en el campo enemigo. Los generales rojos Asensio, Martínez Monje y Martínez Cabrera van a la cárcel... Comienza el ocaso de Largo Caballero, el «Lectin español», implicado en el desastre...

Santander constituye en realidad la fase central de la gran batalla del Norte. Es aquella una «operación maniobrada», del tipo de la de Málaga, sólo que más amplia por sus proporciones y por sus resultados. Antes, en 1936, había sido la liberación de Gulpuzcoa, el cierre de la frontera vascongada con Francia. Operación audaz, realizada con medios casi totalmente improvisados. Después, la conquista de Vizcaya. Maniobra de montaña y lucha tenaz en torno del «Cinturón de Hierro». Hay 45.000 combatientes por cada parte. Las fortificaciones de Bilbao parecen inexpugnables. Saltan, sin embargo, Bilbao cae así. Prieto recomienda a los suyos, infame, volar los puentes sobre la ría y des-



Pasarela y parapetos sobre el río Manzanares en el frente de Madrid

truir todas las fabricas de su orilla izquierda. Y, al fin, la maniobra de Santander. Los rojos despliegan en primera línea de 56 a 60 batallones; dejan de 18 a 20 en reserva inmediata y de 12 a 16 en la reserva general. Irrupción, como el modelo malagueño, a través de las montañas, hacia el objetivo común, en este caso la capital de la Montaña. En seguida, el 23 de agosto de 1937, la liberación de la ciudad. Huida roja. Exodo, diríamos mejor. Pero los nacionales han cortado el repliegue. Algunos marxistas han escapado en barcos, incluso en submarinos, pero allí quedan, en Santander, 40.000 prisioneros en manos de los soldados de Franco. Entre esta batalla y la de Vizcaya los rojos han sufrido 80.000 bajas. Por último, Asturias, Covadonga y Gijón. Y el parte anuncia que ha quedado eliminado el teatro de operaciones septentrional de España. Fue en el Norte donde se decidió la guerra, diría luego nuestro Caudillo.

Brunete es otro tipo de batalla, de gran estilo, de importantes contingentes y abundante material, de amplio frente y de ritmo lento y duro. En Alcalá de Henares se celebra a modo de un Consejo de Guerra. Del lado ruso actúan Kulik, el general soviético; Codovilla, «Alfredo» (que es el nombre de guerra nada menos que de Togliatti). Hay, naturalmente, «vodka», caviar y cigarrillos, ni que decir tiene que rusos igualmente. De parte de los españoles (¿) rojos Jesús Hernández (el «ministro de Stalin en España», como él mismo se llama), Díaz y alguno más. Pero manda Moscú. Ha llegado la orden, que trae en un pliego cerrado, desde Valencia, un motorista. Se traduce, Viene, naturalmente, escrita en ruso. Kulik la transmite: «No se hará en modo alguno la operación de Extremadura». Esta habría sido proyectada por Largo Caballero y sus asesores militares. En Moscú les pareció a los mandos soviéticos, sencillamente, disparatada. En cambio, Stalin daba, tajante, la orden: atacar en Brunete. ¡Y no había más que hablar!

El plan ruso consistía en atacar, en Brunete, en potencia y simultáneamente operaciones ofensivas

también de distracción en la Cuesta de la Reina, Usera y Casa de Campo. Se quería cortar la bolsa de Madrid. De envolver al Ejército de Franco, cuya punta estaba en la Ciudad Universitaria. Miaja puso en marcha la máquina del Estado Mayor rojo, que en realidad no le obedecía, como él mismo se lamentara. ¡Mandaban, sencillamente, los rusos! Para tomar posiciones fueron hacia Brunete las tropas del XVIII Cuerpo de Ejército rojo, con la plana mayor de los ases: «El Campesino», Galán, Zulueta, Lister, Walter el ruso, Modesto, Cipriano, Mera etcétera. En total, 55.000 hombres, con 130 carros de combate, mucha aviación y el apoyo inmediato de otro cuerpo de ejército, nada menos, en reserva. El campo de batalla es llano. Reina un terrible calor que obligará, en ocasiones, a combatir en los carros con las puertas abiertas. El combate empieza el 5 de julio. Hay una sorpresa inicial. Los rojos penetran en el dispositivo nacional, apenas esquemático en este sector. Hay lucha y heroísmo, desde luego. Pero nadie puede evitar que, ante su abrumadora superioridad de fuerzas, los rojos penetren hacia el Sur, y conquisten en empeños sucesivos Brunete, Villanueva de la Cañada y del Pardillo, Quijorna incluso. Franco manda, en seguida, reservas. Procura no debilitar demasiado el frente norte, porque el plan de los rojos, en Brunete, consistía precisamente en disuadirle de aquel ataque. Franco, sin embargo, no quiere aceptar la imposición. Y a la postre la batalla del norte prosigue simultánea. En Brunete aparecen, en fin, divisiones de «élite» del Ejército nacional. Las mandan los generales Alonso Vega, Asensio, Sánchez González, Sáenz de Buruaga, Barrón. La batalla se restablece en seguida. Combaten entre ambos bandos unos 100.000 soldados con 500 cañones y 250 aviones. La crisis ha sido superada pronto. Azaña se descomponen. Prieto y La Pasionaria, que con algunos «diputados» han llegado para presenciar la victoria desde cerca, se marchan mohinos. El 18 de julio son ya los nacionales, terminado el impulso rojo, los que contraatacan victoriosos. Se recupera gran parte del terreno per-

dido. Brunete, por cierto, desde luego. La batalla termina. Ha constituido una hecatombe para los marxistas españoles y un fracaso rotundo para el Estado Mayor de Moscú. Hernández Saravia informa a Azaña que el número de bajas marxistas, sin contar los muertos, pasa de 20.000. Los soldados rojos, desmoralizados, huyen en masa hacia Madrid, sin obedecer a sus mandos. El coronel Menéndez, ayudante del Presidente de la República, le informa que los generales rojos son gentes sin conocimientos. Solamente Modesto entiende algo de planos... Pascua, el embajador rojo español en Rusia, visita por estos días también al propio Azaña. Este le pregunta si en Moscú se cree aún en la victoria de los rojos españoles. Pascua contesta con voz apagada: «La creen muy difícil...»

TERUEL: SANGRE EN LA NIEVE

He aquí otra batalla de tipo diferente. Una batalla que recuerda, en sus métodos y en su desarrollo, a Verdún. Una batalla de material. De objetivos limitados. De larga duración. De rotación constante de efectivos, que desfilan por el campo de combate como una correa sin fin. Nos referimos a Teruel. Teruel es una pequeña ciudad provinciana, recoleta, enclavada en el interior de la pintoresca seña de su nombre. Apenas la guarnece una pequeña fuerza, porque corresponde a un sector en cierto modo pasivo. Pero los rojos ponen allí su atención. Se trata de una gran operación de diversión. Se piensa que un ataque a esta plaza puede ser suficiente para hacer malograr la gran ofensiva que se cree saber que los nacionales montan contra Madrid. Es necesario para el «Gobierno legítimo» conservar Madrid. Se atribuye a la retención de esta gran urbe cierto valor mágico. Tiene, en efecto, Madrid un aspecto político y moral, aparte de estratégico, que es inútil negar. El Gobierno rojo lleva adelante sus planes. Con gran sigilo concentra, en el invierno de 1937, nada menos que tres cuerpos de ejército en aquella región. El XII es situado al norte de Teruel. El XX sobre la carretera de esta población a Valencia. El XVIII, al sur de la primera ciudad citada. Añádase a tan importantísimos efectivos una brigada blindada y el apoyo, al menos, de siete escuadrillas de bombardeo. Y el 15 de diciembre del año, situado el ataque contra Teruel, se desencadena. Como es de rigor, la sorpresa produce algún éxito inicial. En Teruel hay 2.500 defensores. Combaten bien. En el acto el Estado Mayor nacional envía al campo de batalla importantes refuerzos. El día final de año el socorro de la plaza parece asegurado. Las tropas nacionales acampar casi en los arrabales mismos de aquella. Pero entonces surge lo imprevisto. Una gran nevada, con un frío horrible que hace descender los termómetros a 21 grados por debajo de cero (!!) paraliza los movimientos propios. No es posible auxiliar a Teruel y son los rojos los que expugnan de este modo la plaza. Al acontecimiento el Gobierno de Valencia intenta darle una repercusión excepcional. El nuevo año comienza penoso. El terrible tem-

poral impide todo movimiento. Sólo hacia el 22 de enero las tropas de los cuerpos de ejército nacionales de los generales Aranda y Varela inician el contraataque. Entre el 22 y el 24 del mismo mes, los rojos son al fin definitivamente situados. Ya no se moverán más y comienzan a sufrir la iniciativa contraria. La batalla inicia su fase de desgaste, lenta y dura. Se recupera Cúcut. Se empieza a luchar en «La Muela». Se ocupa Caudé. Al fin comienza la batalla del Alfambra; una batalla operativa, ágil, en medio de aquel cuadro táctico severo, cuadrado, meticuloso. En esta fase los rojos abandonan 8.000 prisioneros y sufren 15.000 bajas. La labor de lima de Franco empieza a dar sus frutos. El desgaste marxista es atroz. Entre 175.000 y 200.000 soldados rojos desfilan, en un amplio movimiento de noria, por el campo de batalla. Las divisiones se agotan una tras otra. La artillería nacional hace 655.050 disparos durante la batalla. Esta cifra equivale al lanzamiento, sobre el campo marxista, de 10.500 toneladas de explosivos. ¡Justamente la carga de 21 trenes! Al fin la resistencia cede. La batalla ha durado sesenta y siete días. Los rojos abandonan 77 cañones; 730 ametralladoras; 570 fusiles ametralladores. Las bajas marxistas se cifran en 55.000. Los prisioneros suman 20.000. Tras de la aplastante victoria de Teruel, el camino está expedito. Franco explota, con rapidez, el éxito. Victorias en el frente levantino. Y, sobre todo, alud incontenible a lo largo del frente aragonés del Ebro al Pirineo. Nada es capaz de contener el ímpetu de las tropas nacionales que avanzan rápidas hasta los límites mismos de Cataluña. En el avance arrollador un episodio interesante: Belchite. Los rojos hacen un mito de esta localidad. Moscú se ocupa de convertirla en inexpugnable. Envía Rusia blindajes de acero especial. Los planes de defensa son examinados y aprobados por el propio Stalin. La verdad, sin embargo, fué que, pese al mito, Belchite no resistió más que otro centenar de localidades semejantes. Los marxistas, tras de perder la plaza, debieron de idear un expediente que lo justificara. ¿Pero como? Al fin un «mandamás» debía suicidarse para cargar él solo con las responsabilidades que el Kremlin exigía.

LA DEL EBRO ES LA MAS «FEA»

La veloz carrera de las tropas nacionales, que han llegado al Mediterráneo, al sur del Ebro, es contenida luego por el desencadenamiento de la ofensiva roja en el valle de este río, entre Tortosa y el oesae de Gandesa. Se trata de otra ofensiva marxista que busca contener al Ejército de Franco. Porque nadie cree ya en el campo rojo en la victoria, pero Moscú exige siempre continuar la contienda, en busca de una inesperada posibilidad. A la postre, los que se baten no son rusos; ni es ruso el dinero que alimenta la lucha. Son los otros. La «Internacional», los milicianos, los que hacen la guerra al servicio de Rusia. El Kremlin no tiene prisa en acabarla. No ignora que no logrará el éxito. Pero, al menos, supone que la coyuntura de la lucha de

España puede serle útil algún día. ¿Por qué no, en efecto? La orden feroz que los soviéticos dictan es siempre la misma: «resistir, resistir, resistir».

La batalla del Ebro se inspira en esta fórmula. En Cataluña, la moral es muy baja. Urge el esfuerzo. Los rojos tienen su plan: «el Plan P». Pero no le gusta a Moscú, que impone la operación del Ebro. He aquí otra batalla, explica Hernández, de «inspiración netamente soviética». Se trata de buscar un éxito internacional que quizá abra el camino a una paz negociada. Toda la carne de cañón, en fin, el Gobierno rojo la pone en movimiento. El Kremlin presiona como sólo él sabe hacerlo. Ya tenemos organizado el nuevo Ejército del Ebro. Le mandará Modesto aparentemente. Detrás, los técnicos son rusos solamente. Integran aquél nada menos que tres cuerpos de ejército: el quinto, a las órdenes de Lister; el quince, a las de Tagufla, y el dieciocho, que queda inicialmente de reserva. En total, unas diez divisiones; es decir, unos 100.000 hombres que integran 31 brigadas, 131 batallones, más cuatro de carros de combate, que tienen el apoyo de 80 baterías, más otras 21 antiaéreas. En el frente elegido hay sólo una corvina nacional. Pocas fuerzas, porque, naturalmente, no se puede ser siempre superior en todos los puntos. Basta ¡y sobra! para vencer, con serlo justamente en el lugar elegido como decisivo para la batalla. Lo que Franco iba a conseguir poco después, El 25 de julio de 1938 los rojos desencadenan el ataque. Pasan el río. Penetran profundamente en la otra orilla. Se extiende la cabeza de puente sesenta kilómetros a lo largo de la orilla del Ebro y penetran, en flecha, hasta 30. La ofensiva, que fracasó en el Este y se para por disimuladamente ante Gandesa ha implicado la pérdida de las sierras de Caballs y Pandols. El general Dávila informa exáctamente que el Ejército nacional ha visto arrollada su vigilancia sobre el Ebro y el enemigo ha logrado constituir una amplia cabeza de puente inicial. Tal es la verdad. Sólo que los rojos exageran las cosas. Buscan la propaganda exterior. Mienten, como siempre. Pero la realidad es en sí guida muy otra. Franco restablece el frente. Le refuerza. Contiene primeramente a los rojos y concibe una táctica decisiva. ¡Va a aniquilar el Ejército marxista entre el frente y el río! Va sistemáticamente a triturarle sobre el propio lugar elegido por los rusos para combatir. Y así es. La batalla, tras de la fase espectacular y rápida inicial, toma un sesgo que supera el modelo turolense. La lucha es metódica. La batalla es de objetivos limitados. Se hace una táctica minuciosa. Se impone la técnica netamente al arte campal. Las tropas rojas se agotan así en una interminable pelea. Es la lucha de desgaste típica. La batalla de material. El 30 de octubre han pasado por el frente rojo no menos de 80.000 soldados marxistas. La moral roja se derrumba. Es menester dictar medidas terribles. El soldado que pierde su fusil, sin más, es fusilado. En los cinco días más duros de la batalla la artillería nacional dispara más

de 1.500.000 cañonazos. En el período crítico de la batalla el número de cañonazos nacionales asciende a 13.593 por día. En Teruel no llegaron a 11.000. Durante la centena de jornadas más penosas, las piezas en días de 149 dispararon por unidad 3.000 proyectiles; las de 155, 2.000, y las de campaña de 75, 11.000. El Ebro es, en efecto, también una batalla de artillería. Los nacionales empiezan, en seguida, a recuperar el terreno perdido inicialmente. Pero, sobre todo, su acción es aniquiladora para el Ejército marxista. La moral roja se desploma. Hernández confiesa que los rojos tienen más de 70.000 bajas. La realidad es que en esta batalla, también de «inspiración soviética», los marxistas sufren un terrible y decisivo descalabro; quizá 80.000 bajas, mientras que abandonan 20.000 prisioneros, 13.375 muertos; treinta millones de cartuchos y un ingente material de todas clases. Los aviones, igualmente destruidos, debieron ser de 300 a 400. Tal fué el balance tremendo de aquella batalla que duró justamente ciento dieciséis días y que culminó en sus combates épicos de Caballs y Pandols. ¡El Ejército rojo ha sido aniquilado!

Tras del Ebro, todo se derrumbó. Cayó pronto Cataluña. No hubo, a la postre, resistencia tampoco en Madrid. El Presidente del Gobierno, los «mandamás» más encumbrados comenzaron por huir, sin pérdida de momento, a Francia. En seguida fué la desbandada general. Sólo quedó el pobre miliciano español. El que Franco debiera realmente liberar a su vez. Así fué la paz. La paz casi justamente a los tres años de lucha por designio de Rusia y de sufrir un millón de muertos nuestra Patria.

UNA ELEVADA MORAL

A sus espléndidos, rotundos, decisivos éxitos militares hay que añadir otra, quizá más importante, victoria de Franco. ¡La que logró en la retaguardia! La guerra se ha hecho modernamente profunda. No sólo los campos de batalla penetran hondo en el interior, sino que incluso, en nuestros días, la guerra la hacen no sólo los ejércitos, sino también con ellos las naciones, el país entero. De aquí la inmensa importancia y trascendencia que tiene en la guerra la propia retaguardia. Franco lo dijo: «La guerra se gana en nuestra retaguardia» Y así pasó entonces, como siempre también.

La batalla de la retaguardia es la lucha de todos los días. De las atenciones morales. De las atenciones económicas. De las atenciones materiales. De las atenciones políticas. Es la lucha sin descanso contra los enemigos más diversos en acción frecuentemente coincidente. La pugna por los abastecimientos, por la propia compenetración, por la atención de las más perentorias necesidades, por lograr precaver las apremiantes exigencias del campo de batalla. Es la hacienda, el comercio, los transportes, la política, la producción, las obras públicas, la propaganda, la administración, la interior satisfacción... La tarea de Franco no fué ni sencilla, ni siquiera breve. La Es-



Caballería en el frente de Valencia, en el año 1938

paña nacional, alzada en armas, tuvo que hacerlo todo en la retaguardia. En primer término, poner la primera piedra de un nuevo Estado, empeño nada fácil. Y sobre todo crear el Ejército, no sólo para ganar a la postre la guerra, sino incluso para mantenerla desde el primer momento. Porque el Ejército español había acabado con «la trituration» de Azaña. Hubo que movilizar el país, crear los cuadros de mando, con las Academias Militares; montar una industria de guerra de la nada. Tarea preferente en la batalla interior fué la de la unidad, Unidad política, sobre todo; la «Unificación». Unidad militar de mando. He aquí la trascendencia enorme de la reunión de Campo Numodomo, el aeródromo salmantino, pasado a la Historia, por la repercusión del nombramiento de Franco a la vez como Caudillo de España y de su Ejército.

En seguida es la política de la austeridad. Asombra que Franco pudiera hacer cuanto hizo, en el orden estatal y militar sin ayuda monetaria y financiera exterior. En cambio, los rojos, para perder la guerra, empezaron por dilapidar todo el oro del Banco. Franco lleva certero el timón también de la política internacional, empresa nada sencilla en

el momento. Su política interna es también hábil y ponderada. La moral de la retaguardia es elevada. La propaganda, justa, concreta y formal. El país siente con ardor la fe en el éxito. Todo lo cual, junto a la enorme superioridad técnica del Ejército propio, hace que la España nacional se imponga a los rojos del modo decisivo que hemos relatado sucintamente arriba. Porque si la guerra duró tanto la culpa no fué del bando nacional, que prevalece desde el primer momento, incluso no fué tampoco de los españoles rojos, hartos de guerra y ansiosos de paz. ¡La culpa fué de Rusia! Al fin hacía la guerra, como a ella le gusta siempre, «por cuenta ajena».

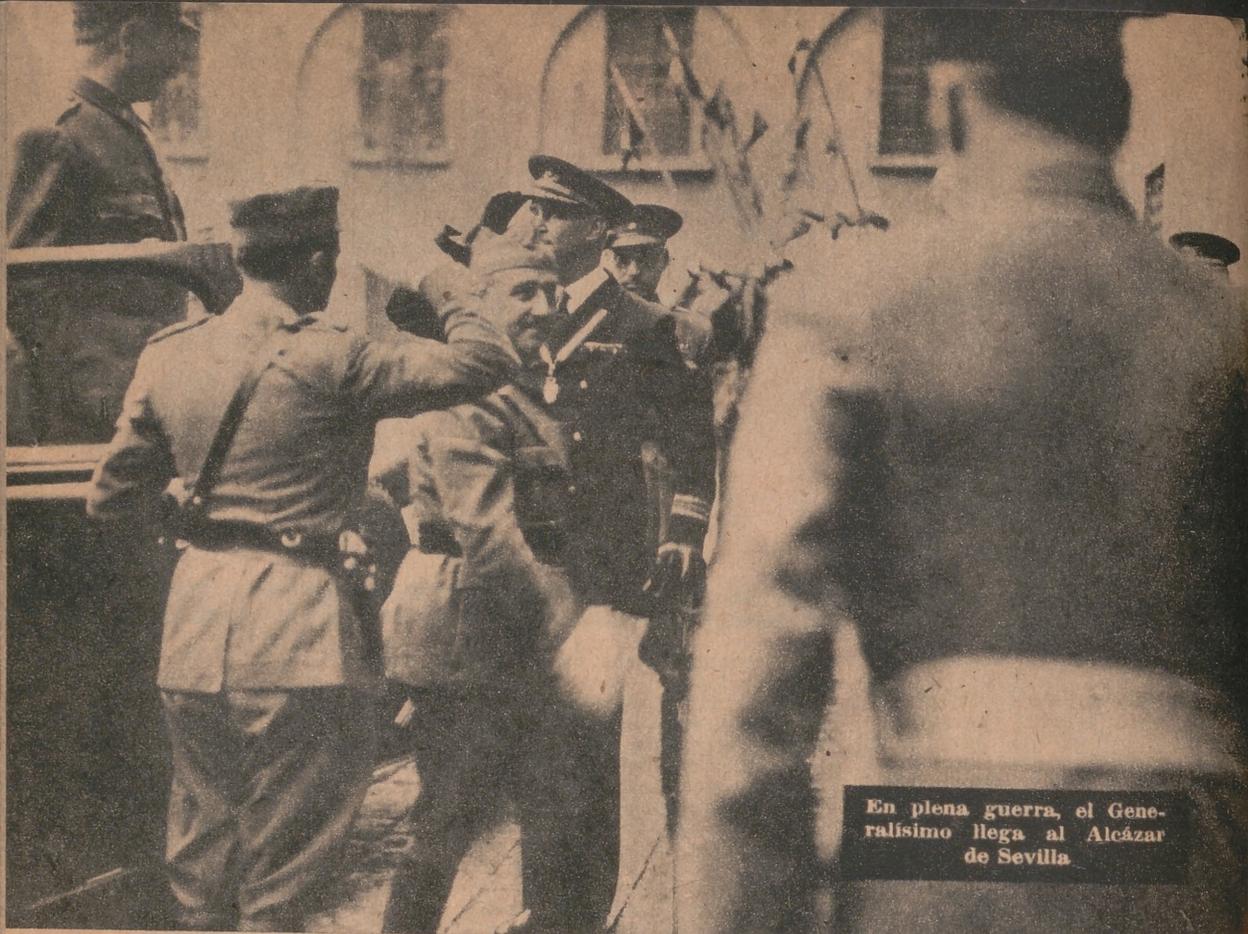
Las características de esta batalla de la retaguardia, en el campo nacional, diferían radicalmente de las del campo rojo. Allí, en éste, todo era, parcialismo, división, persecuciones, «chiquismo», hambre, miseria, desorganización, falta de confianza, terror y caos...

La guerra se ganó así, entonces como siempre, también en la retaguardia. La batalla interior fué, al efecto, tan decisiva como las más brillantes de las que se libraron en el frente, no obstante serlo tanto...

HISPANUS



Fuerzas nacionales en un parapeto del frente de Aragón



En plena guerra, el Generalísimo llega al Alcázar de Sevilla.

DE AÑO EN AÑO, UNA ESPAÑA MEJOR

LA OBRA DE UN REGIMEN, LOS HECHOS DE UN PUEBLO

CADA 18 DE JULIO, UNA CONQUISTA NUEVA

EN 1937 no hay tiempo para discursos ni conmemoraciones. Sólo allá en las trincheras y en las columnas en marcha, los hombres que pelean saben que la guerra tiene ya un año. En la retaguardia, la celebración se reduce a pequeños actos sin protocolo ni preparación apenas.

Franco está en Burgos, alojado en su Cuartel General Móvil del que se desplaza cada día al frente de combate. Los generales de la Cruzada se reparten todas las zonas de ataque. Ahora hablan las armas. El 18 de julio de 1937 está marcado por el signo de la batalla de Brunete; allá en el Norte los nacionales preparan la ofensiva sobre Santander que pretenderá ser estorbada por los rojos con el ataque sobre Belchite.

Desde los primeros momentos de la guerra de Liberación se vió que el Movimiento Nacional español no se trataba de una polarización reaccionaria. Los gritos de justicia social que llegaban de las trincheras rojas quedaron ahogados por la canción de un Estado que nacía con muchas más promesas de avance social, constructor y revolucionario, que las que se cifraron en las débiles y

desordenadas reformas de la segunda República.

Es un impulso primero en medio de las grandes preocupaciones que plantea una guerra tan compleja como la Cruzada española. ¡Primero, la justicia social!, es el grito del Estado que surge de una guerra difícil, heroicamente ganada. Guerra difícil como ninguna otra, grande y regular en todas sus ocasiones.

La división inicial de España en los dos bandos beligerantes, tan caprichosa, deja en manos de los marxistas las regiones de máxima importancia industrial y económica, el Norte, Cataluña y Levante, las tres urbes mayores del país y toda la costa, salvo las rías gallegas, el reborde del golfo de Cádiz y las riberas del Estrecho.

En los primeros momentos, con un Ejército muy reducido y teniendo que acudir a todos los frentes a la vez no era el empeño nacional fuerte en ninguno en el estricto sentido militar. A la capacidad ibérica de la improvisación fué preciso confiar muchas cosas.

Con tantas preocupaciones y problemas que no admitían demora, ya la Junta de Defensa es-

tablece su programa de acción social.

En el campo de la Previsión aparecían sólo tres instituciones, un retiro obrero que, después de cuatro lustros de vida no presentaba la menor modificación; un modesto seguro de accidentes que a través de treinta y nueve años de existencia apenas inició algún tímido avance, y un seguro de maternidad con muy limitada aplicación, ya que sus beneficios recaían solamente sobre el reducido número de obreras afiliadas al régimen de retiro, quedando desamparada una enorme masa femenina de la población trabajadora.

EL BRAZO QUE SE EXTIENDE

Así las cosas, inicia el nuevo Estado su labor social y su brazo se extiende a todas partes; allí donde hay una necesidad, hay un remedio.

La evidencia de que la causa de la España nueva es la causa de la justicia social queda subrayada por el hecho de una constante preocupación del Estado por el cumplimiento de la doctrina social de la Iglesia, de la doctrina



Año 1958. El Caudillo de España inaugura en Castellón la Casa de la Falange

de León XIII, de Pío XI, de Pío XII.

Un nuevo Estado—católico y social; a la vez tradicional y representativo—surgía de una manera paralela a la organización de un nuevo Ejército. Al mismo tiempo que Franco se revelaba como un gran táctico y un gran estratega, demostraba ser también un buen organizador y estadista. La España nacional le seguía ciegamente y la Providencia parecía guiar sus pasos.

El 5 de junio de 1939, ante el Consejo Nacional de F. E. T. y de las J. O. N. S. reunido en Burgos, Franco sintetizaba la actuación del nuevo Estado con las siguientes palabras: «En estos dos años y medio de duro pelear no sólo se labró y cimentó el triunfo, sino que a su compás, se creó una potente industria de guerra, se promulgaron leyes y establecieron mejoras sociales para que no faltase el pan ni la lumbre en los hogares».

PREMIOS A LA NATALIDAD Y PROTECCION A LAS FAMILIAS

Desde el momento de la exaltación del Generalísimo a la Jefatura del nuevo Estado comienza a organizarse la acción social y asistencial con premios a la natalidad, préstamos a la nupcialidad y ayuda a las familias numerosas. También se desarrolla la Medicina social, especialmente en el aspecto de lucha contra la tuberculosis.

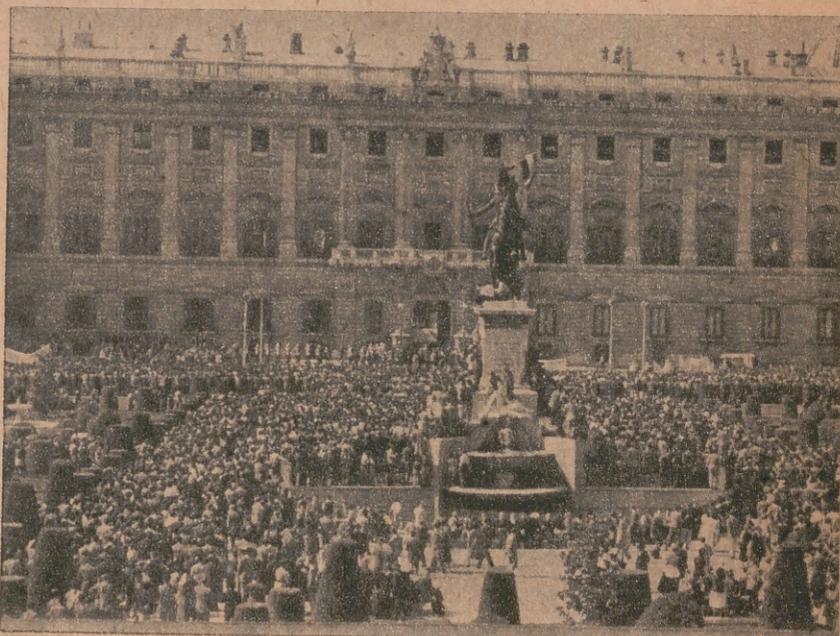
Una de las primeras secretarías en crearse—esbozo de departamento ministerial—es la que se llama de Acción Social, de la que saldría lo que es hoy el Ministerio de Trabajo.

La misma creación de Auxilio Social ya en los primeros meses de la guerra, reforzada con lo que se llamó Auxilio de Invierno, indica bien claramente esa preocupación por los trabajadores y por las familias menesterosas. Por pueblos y ciudades de la España liberada se leen letreros en los que se dice que no puede darse por caridad lo que se debe dar por estricta justicia social. Se insiste en que la caridad es una virtud altísima, pero que no pue-

de sustituir, en el plano humano, a la obligación, muy cristiana, de la justicia social.

NI EL DERECHO A LA VIDA

Las dos retaguardias acusan un desenvolvimiento y unas actividades notoriamente discrepantes. Mientras en la retaguardia nacional se vivía en un clima de fe y de orden, en la retaguardia roja los odios y el caos se habían desatado y no solamente justicia social, sino ni tan siquiera resquicio de justicia había quedado.



1 de octubre de 1958. Los españoles testimonian su inquebrantable adhesión a su Caudillo

EN LA UNIDAD, LA FUERZA

La unidad política dice siempre relación a unificación de criterios en las directrices y marcha de la nación. Los partidos lo son precisamente porque tienen dividida la opinión y tienen partidos los criterios de mando, de ideología y de ejecución política. Su razón de ser estriba en aquello que políticamente les diferencia, divide y distingue de los demás. Ya no vale aquella vieja argumentación liberal que quería hacer buenos a los partidos hablándonos de confrontación y reajuste de opiniones, de que la luz sale de la discusión, de que cuatro ojos ven más que dos. Naturalmente que cuatro ojos ven más que dos, pero siempre que los cuatro no sumen más dioptrías que ocho, siempre que se pudiese sentar como probada una hipótesis que nunca ha tenido comprobación histórica: la sinceridad de los partidos y la buena voluntad de hacer para conseguir el bien común de la Nación. De lo contrario tenemos pruebas de sobra. Pruebas hay de la falsedad, de las promesas abundantes para ganar, mediante el engaño, más prosélitos, o más escanos, o menos compromisos. De la discusión puede nacer la luz, cuando las tinieblas no lo cubren todo, cuando la sombra de mezquinos intereses no ciega la claridad del bien para todos, cuando la voluntad y la intención de quienes discuten no es precisamente intención y voluntad de obcecación en el error y en el engaño.

Los partidos políticos basan su fuerza en el número, no en las razones de su acción social o política. Cuando un partido político sube al Poder, no es en razón de su obra, de su programa cumplido. La es en razón de una suma de votos y en razón de sus fáciles promesas. Luego, cuando se constituye en Poder, ya no tiene necesidad de cumplir programas, ni de buscar el bienestar para todos, ni de accionar en orden al bien común del pueblo, sino de dar a sus afiliados las suficientes migajas para que no se cree el descontento, para que no cunda el desánimo o la deserción, para que el número no disminuya, porque en el número está la fuerza y la razón. De aquí el hecho que explica esa falsa continuidad de ciertos partidos constituidos en Poder. Y si la continuidad, en este caso, se explica simplemente por la inactividad, por el "dejar hacer", la disconti-

nuidad tiene su explicación en la acción negativa. Si las migajas no son suficientes, entonces el turno abre su marcha y comienza el desfile de trienos de mando, con programas que la misma escasez de tiempo impide ver realizados. Empieza el desfile del Poder repartido y cambiado al son del "yo me quito para que tú te pongas, y yo no hago para que tú creas que haces".

Pero, al margen de reflexiones, de nuestro lado tenemos una larga y pensada experiencia que nos habla de algo más de un siglo de partidos políticos en España. Bastaría con recorrer, aunque sólo fuese a vuelo-pluma, los hechos fundamentales que se suceden en España desde septiembre de 1833, en que se instaura la democracia liberal inorgánica, hasta el 18 de julio de 1936.

Entre una y otra fecha median exactamente ciento tres años. En ellos España sufrió: once cambios de régimen; tres destronamientos de Reyes; dos destierros de regentes; cuatro atentados a la Corona; dos Repúblicas; ocho Constituciones; dos Dictaduras; tres guerras civiles; cuatro jefes de Gobierno asesinados; 109 Gobiernos, con una media de un Gobierno cada once meses; 25 revoluciones sarras. Y, a la par, guerras, separatismos, pérdida de nuestras posesiones coloniales, absoluto desastre económico, constantes conflictos sociales, terrorismos permanentes, llegando a la "apoteosis liberal democrática" de un Gobierno de Frente Popular que culmina su gestión asesinando al jefe de la oposición parlamentaria e intentando entregar España en un miserable gesto de humillante vasallaje, en manos del Kremlin.

La herencia de esos ciento tres años la recibió la España del 18 de julio de 1936. Y la recibió con alegría, con un heroísmo desmedido, sin renuncias a un testamento que no mereció, con la esperanza firmísima de que todo volvería a rendecer. Hoy, sólo a la distancia de veintidós años, vemos que la esperanza de entonces es la realidad confortable y risueña de nuestro tiempo. La unidad política, la unidad en la gestión, en la directriz y en la fe que los españoles pusimos en el artifice de esta unidad son los pilares sobre los que se mantiene la España de hoy, la España que no cree, ni puede creer en los partidos políticos.

Por todos sitios se establecen «controles» y «comités» que lo intervienen todo. Basta una delación sin fundamento, un rumor o un capricho para que un hombre pierda la vida. No se respeta ni el más elemental derecho humano a vivir.

El gobierno marxista, lejos de poner coto a semejantes situaciones, decide, por decreto de 23 de agosto, crear oficialmente los Tribunales populares que son casi un reconocimiento oficial de las «checkas». García Oliver, designado Ministro de Justicia, dice en un discurso pronunciado en Valencia: «La justicia debe ser cálida y viva; la justicia no debe encerrarse en el cuadro de una profesión. La justicia no debe ser solamente popular, sino primitiva. Si no justifica, al menos excusa el robo, la violencia, el asesinato.

Había sonado para los rojos el principio del fin. Los Ejércitos marxistas se preparaban para su última y definitiva batalla. El ataque sería por sorpresa. Pero los nacionales se hallaban perfectamente informados. Por eso los soldados que pretendían celebrar en muchos frentes la conmemoración del segundo aniversario del Azañamiento fueron trasladados rápidamente hacia Aragón. Apenas comenzado el mes de julio y de toda la España nacional afluyen hacia Aragón los contingentes de tropas veteranas y bisoñas. Aquel 18 de julio fué día de vigilia. En el Bajo Ebro, las brigadas 11 y 12 y las divisiones 11 y 46 esperaban la ofensiva que habrían de contener primero y de barrar después. En ese segundo aniversario, todos los españoles patriotas persaban en las tropas que siete días más tarde entrarían en combate cuando los rojos cruzaran el río.

LA CARTA MAGNA DEL TRABAJADOR

En la España de Franco aparte de la ayuda a los hospitales y los frentes se establece una auténtica acción asistencial a las familias. Transcurre el segundo año triunfal cuando el Generalísimo promulga, en Burgos, el Fuero del Trabajo, verdadera Carta Magna del trabajador español que aunque es una exclusiva declaración de derechos y deberes—declaración de principios—tiene la enorme concreción de marcar toda una línea de conducta.

Según el Fuero, el trabajo ha de concebirse con un sentido humano por lo que ha de ser un lazo de armonía más que un arma de discordias de clase. Se muestra protector de los seguros sociales y declara la necesidad de mejorar los existentes.

El Instituto Nacional de Previsión, cuya sede central de Madrid queda aventada por los acontecimientos y cuyos archivos emprenden una peregrinación errante a Valencia, Barcelona, y para caer después en manos nacionales muy cerca de la frontera de Francia, se reorganiza en la España Nacional y los Seguros Sociales se mantienen y mejoran en los tiempos de la guerra. Muchos de los directivos del Instituto han logrado pasar al lado de la justicia social y el orden.

UNA REALIDAD LOGRADA

En los barrios destruidos del

Madrid mártir, los pueblos de Aragón, los puertos de Barcelona, Valencia y Alicante se han emprendido las tareas de la reconstrucción nacional. Cuando llega el 18 de Julio, todos tienen tiempo de testimoniar a Franco su lealtad y agradecimiento por la victoria conseguida y su eficaz dirección de la paz, apuntada claramente en el poco tiempo que mediaba desde el histórico parte de guerra del primero de abril.

En Madrid las gentes acuden al paseo de la Castellana. En otras ciudades se reúnen en grandes plazas o avenidas; el objetivo, aunque Franco no puede hallarse presente en todos los lugares para recibir las muestras de gratitud, es siempre el mismo.

Al mismo tiempo que Franco va ganando las batallas de la guerra, obtiene también las grandes victorias diplomáticas. Al aislamiento de los primeros meses cuando muy pocas naciones reconocían al Gobierno nacional viene paulatinamente el reconocimiento de las grandes potencias. España cuenta en la política internacional. Con Petain, mariscal de Francia y embajador de su país, llegarán también las representaciones diplomáticas de los principales países.

Aunque la guerra de Liberación concluye, en todos los países la amenaza de la segunda contienda mundial. Los grandes estadistas buscan el favor de nuestra Patria. Pero España, salida de una guerra agotadora, decide permanecer al margen en una neutralidad digna y serena que ha sido muchas veces menospreciada por algunas naciones que tanto deben a ella.

Solamente cuando se inicia la guerra con Rusia, España envía unas tropas de voluntarios, nuestra gloriosa División Azul, que desean combatir en Rusia a los que vencieron en España. Aquello no fué nunca una violación de la neutralidad, puesto que esas tropas sólo fueron empleadas contra uno de los aliados, precisamente contra el que se arman hoy todos los países del mundo libre.

EN LAS MINAS DE PUERTOLLANO

En la segunda de las conmemoraciones celebradas en la paz de Franco, los Sindicatos españoles fueron los encargados de representar a toda la Nación en el magno homenaje al Caudillo de España. Encuadrados en la Organización Sindical, los trabajadores aclamaron en Madrid a Francisco Franco, en un espontáneo plebiscito que significaba la gratitud por la victoria de la guerra y el esfuerzo de la paz.

Unos meses antes, el 5 de febrero de aquel mismo año, el Caudillo visitaba las minas de Puertollano. Ante los mineros reunidos para escuchar su palabra, Francisco Franco dijo: «Yo os pido a vosotros je para la batalla de la paz, para la batalla de la producción, para la batalla contra el paro, para dar la batalla y que la justicia resplandezca con esta España Una, Grande y Libre».

Los hombres que en los tiem-

pos de la «República de trabajadores de todas clases» se veían condenados al paro y a la desesperación comenzaban a sentir ahora lo que significaba la seguridad del salario y la protección del Estado para el trabajador.

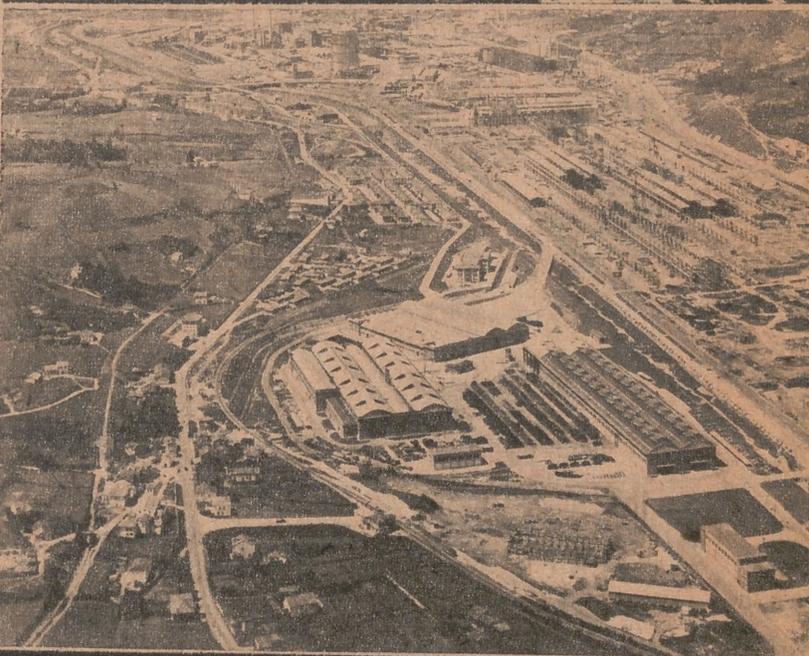
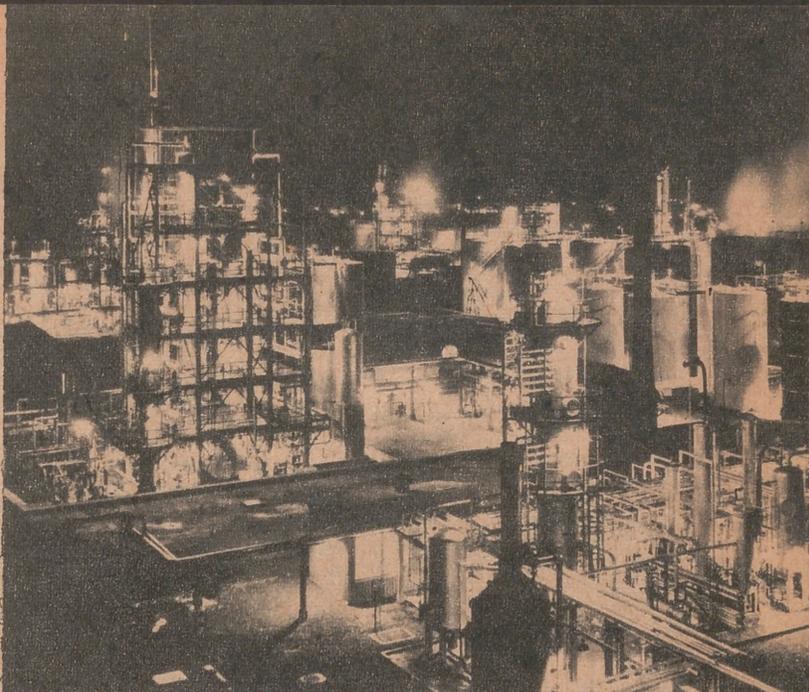
En noviembre de 1935 el número total de obreros parados en España alcanzaba la cifra de 806.221. Cuatro años más tarde y en ese mismo mes, la política del nuevo Estado había conseguido reducir esa cifra a 464.140. Desde entonces hasta ahora la cifra de parados ha experimentado progresivas reducciones hasta llegar a cifras exiguas que demuestran claramente como el nuevo Estado ha hecho desaparecer para siempre el fantasma del paro.

LA BATALLA DE LA ECONOMÍA

Aquel 18 de julio de 1941, en un

discurso dirigido a todos los españoles el Caudillo comunicaba el parte de una de las batallas de la paz: «Hemos pasado y superado los dos años más difíciles de la vida económica de nuestra Nación».

Tras el 1.º de abril de 1939 los hombres que habían conseguido la victoria para España hubieron de emprender una nueva lucha para ganar la paz. Los campos estaban abandonados, faltaban aperos de labranza, granos y enseres destruidos por los rojos en su definitiva retirada. En las ciudades las industrias habían quedado casi totalmente aniquiladas; faltaban también viviendas que sustituyeran a las desaparecidas por los efectos bélicos. Y frente a estas necesidades no podíamos contar con dinero suficiente. El oro de España, junto con los bienes de muchos espa-



Complejos industriales jamás conocidos en España, como Puertollano y Avilés, han surgido bajo el Movimiento Nacional

ñoles había sido robado por los rojos y ahora yacía en las cajas fuertes soviéticas y en los bolsillos de los dirigentes marxistas españoles en el exilio.

Durante aquellos dos años el mundo había comenzado la segunda gran contienda del siglo y ninguna ayuda podía llegar hasta España. Todos los esfuerzos de las grandes naciones se dirigían hacia las necesidades de la guerra. España, país neutral, hubo de luchar para ganar su propia paz.

El 4 de junio de 1940 se crea el Consejo de Economía Nacional, organismo autónomo de trabajo consultivo, asesor y técnico en todos los asuntos que afectan a la economía española. Ya habían pasado afortunadamente para España las etapas del Estado proclamado indiferente por los liberales. A la política del *laissez faire, laissez passer* propugnado por éstos sucedía ahora la completa vigilancia en pro del engrandecimiento de España y de los españoles.

Al año siguiente, el 25 de septiembre de 1941 nace el Instituto Nacional de Industria, como la empresa gigante en la que se aunarán los esfuerzos del Estado y de los particulares para acometer la tarea de industrializar España. Antes del 18 de Julio de 1936 las fábricas españolas desempeñaban un papel muy secundario en relación con el conjunto de las actividades nacionales. La mayor parte de las necesidades industriales eran cubiertas con las importaciones. Nuestras escasas factorías eran muchas veces deficitarias y no estaban preparadas para hacer frente a la competencia con las poderosas industrias extranjeras. Después la guerra destruyó gran parte de las instalaciones fabriles. Había que empezar de nuevo para llegar a cimas más altas.

Esa tarea se ha cumplido. Los números índice de nuestra producción industrial con base igual a 100 en el período 1929-30-31 reflejan el aumento experimentado. Hoy estos números índices arrojan la cifra 217 para la producción de carbones; 236 para la de gases combustibles; 151 para

el lingote de hierro; 136 para el cobre; 572 para el estaño; 165 para el lingote de acero y 316 para el cemento. Algunos sectores de la producción industrial, ahora muy amplios, eran totalmente desconocidos antes de la guerra, en otros casos, las nuevas factorías no admiten parangón con las antiguas; tal es el caso de la industria del aluminio cuya producción es hoy trece veces mayor.

Al mismo tiempo que comenzaba el renacer económico de nuestra Patria proseguía la política social emprendida desde los primeros días del Alzamiento. El 3 de agosto de 1941 una nueva ley establece los beneficios a las familias numerosas que alcanzaron entonces a 200 000 hogares, cifra en constante incremento al calor de la protección del Estado nacido en 1936.

Mientras tanto nuestros divisionarios comenzaban en los campos de Rusia la nueva epopeya contra el comunismo soviético.

PROMESAS CUMPLIDAS

La paz de España cuenta ya más de tres años. Mientras en Europa las viejas naciones se destrozan en la más dura de las guerras, España se restablece con entusiasmo de sus gloriosas heridas. El 18 de julio de 1942, Francisco Franco hace simbólica entrega de la medalla de la Vieja Guardia a José Antonio. Pocas horas después, el Ministro Secretario, la depositaría sobre la tumba del Fundador.

Las promesas que Franco hiciera en los primeros momentos de la guerra de Liberación hallan cumplida realidad en estas fechas. Un día antes, el 17 de julio, el Jefe del Estado español ponía su firma al pie de la Ley de creación de las Cortes Españolas. El viejo parlamentarismo que muriera con los primeros disparos de seis años antes quedaba enterrado para siempre. En su lugar surgían ahora las Cortes tradicionales, auténtica representación orgánica del pueblo español, llamado así a participar en las tareas del Estado. A la anti-

gua y artificial representación de los partidos políticos sucedía ahora ésta auténtica del Municipio, el Sindicato, la Administración y todas las entidades que alcanzan importancia dentro de la vida nacional. De entonces en adelante, las Cortes Españolas han preparado y elaborado todas las leyes del Estado español, constituyéndose en fiel reflejo de la voluntad popular y de los principios del Movimiento.

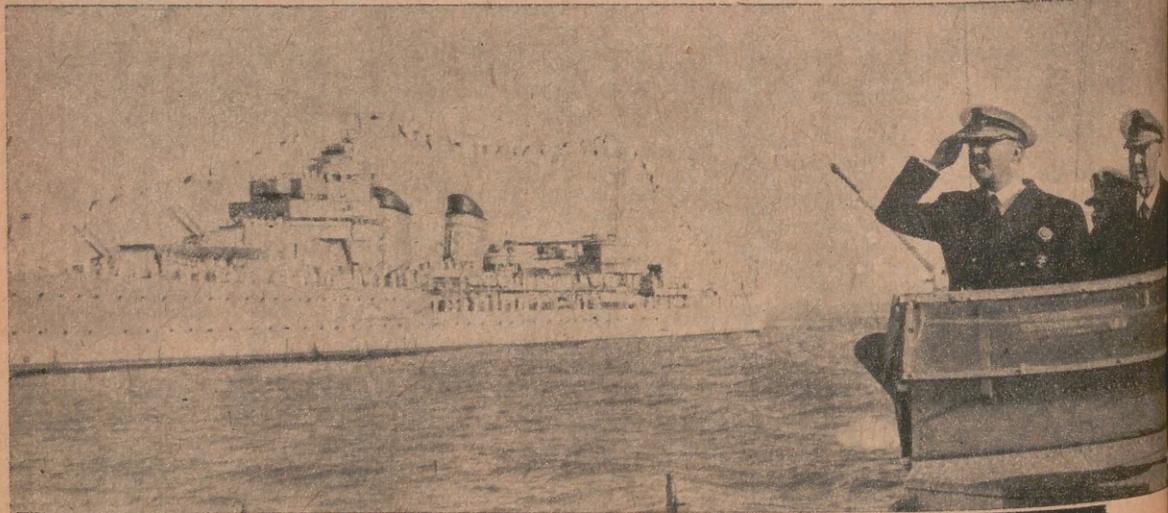
Antes de que el año finalizara, una nueva ley venía a transformar la estructura de la sociedad española. El 14 de diciembre de 1942 se creaba el Seguro Obligatorio de Enfermedad.

Al miedo a la miseria engendrada por enfermedades, común a todos los trabajadores en las épocas del Estado liberal sucedía ahora la plena seguridad en un futuro vigilado por el propio Estado. Desde aquella fecha no unirían a los males de la propia enfermedad los derivados de la carencia de medios económicos con que hacerla frente. Catorce años después, al concluir el año 1956 el número de beneficiarios alcanzaba la cifra de 10.039.106 y el de Empresas aseguradas era de 432.877. La obra emprendida entonces había dado copiosos frutos.

MAS COLEGIOS MAYORES

Frente al sol de julio, entre los jardines y estatuas de la inmensa plaza de la Armería de Madrid, la multitud esperaba la llegada de Franco. Cuando el Caudillo se asomó a uno de los balcones de palacio, 100 000 personas le aclamaron hasta enronquecer. Era la escena, siempre repetida y siempre nueva del entusiasmo despertado ante la aparición de Francisco Franco. Era igual que en tantas otras conmemoraciones, igual que años después, en aquel día de diciembre de 1946 cuando la gran plaza resultó pequeña para albergar a un pueblo que allí acudía a testimoniar a Franco su inquebrantable adhesión, tras las asechanzas de la conjura internacional contra España.

En aquel 18 de julio de 1943, interrumpido por las constantes



El Generalísimo pasa revista a la Flota en una lancha rápida

aclamaciones, el Caudillo señaló en su discurso una de las más importantes directrices de su política: *La primera de nuestras tareas es la de elevar al hombre como portador de valores eternos, despertarle la conciencia de su personalidad e interesarle en el valor político del nuevo Estado.*

Una vez más, antes que con palabras, Franco argumentaba con hechos. Para la empresa que había acometido era indispensable el engrandecimiento cultural de nuestra Patria y aquí, como tantas otras veces, el Caudillo contaba con un balance favorable.

Ocho días antes se había hecho pública la convocatoria de los premios del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que de acuerdo con la Ley de 16 de diciembre de 1942 eran establecidos en la cuantía de 50.000 pesetas cada año para Letras y Ciencias.

El nuevo Estado cuenta pronto con un grupo de nuevas instituciones que constituyen los jalones de este esfuerzo por elevar el nivel cultural de los españoles. El 13 de agosto de 1940 se crea el Consejo Nacional de Educación como órgano supremo de la Administración Consultiva del Ministerio correspondiente.

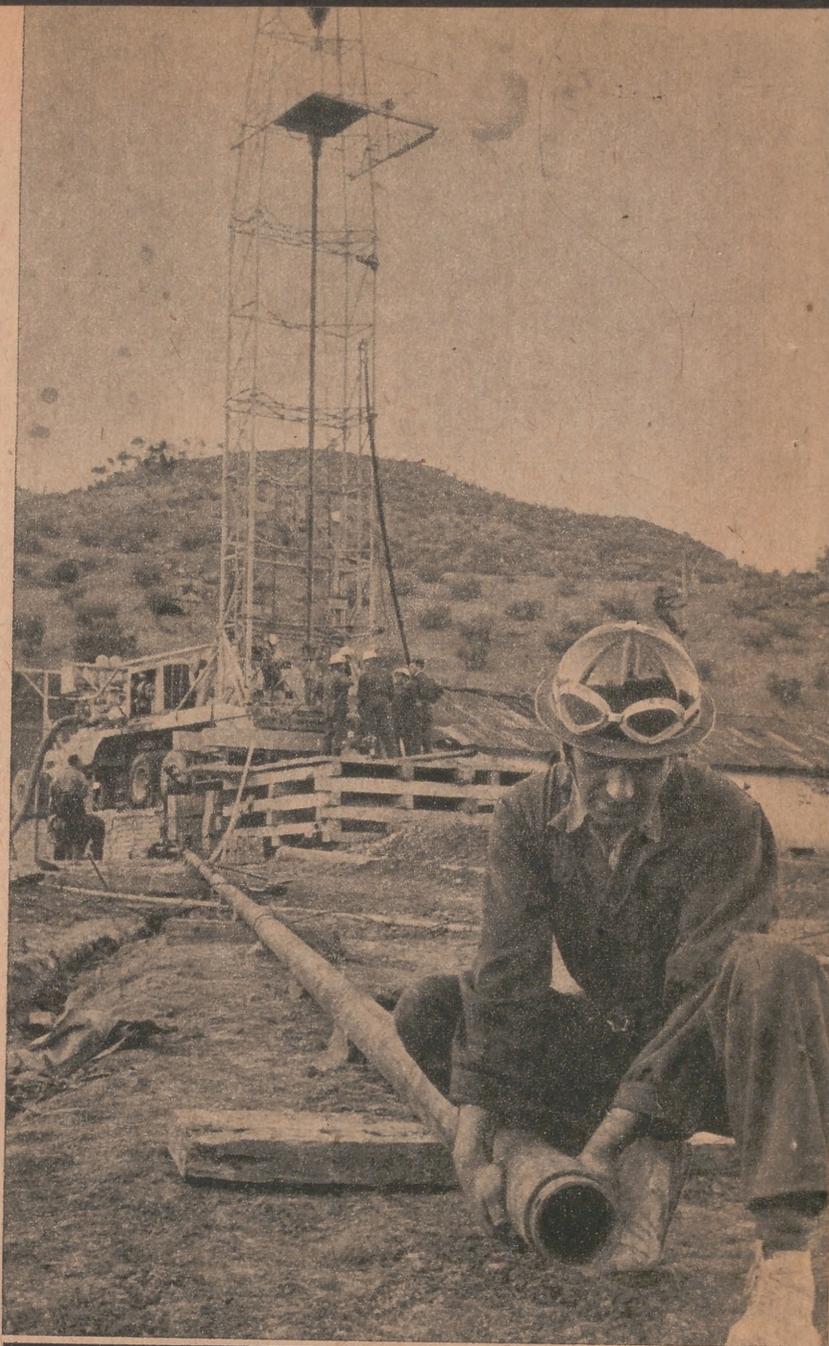
Después, el 19 de febrero de 1942, se constituye la mayor parte de los Colegios Mayores que hoy albergan a buen número de universitarios. Para colofón de estas primeras tareas, e día 10 de abril de ese mismo año, el propio Ministerio de Educación Nacional recibe una nueva estructura, ágil y modernizada para hallarse de acuerdo con las necesidades del momento.

EN LAS RIBERAS DEL JARAMA

Las tierras donde se alzan ahora las antenas e instalaciones de una de las más potentes emisoras del mundo eran antes de nuestra guerra una zona insalubre y pantanosa por la proximidad de las riberas del Jarama. Ante aquel paisaje transformado por los hombres de la nueva España inauguraba el Caudillo, ahora hace catorce años, la Emisora Nacional de Onda Media de Arganda del Rey.

Radio Nacional de España tenía ahora una voz con la que proclamar al mundo la realidad de España. La nueva estación contó desde sus comienzos con una potencia de 120 kilowatios, cifra considerable si se tiene en cuenta que la potencia total del resto de las emisoras españolas no llegaba entonces nada más que a 83 kilowatios.

Desde que las primeras emisiones de radio Salamanca y radio Burgos iniciaron en los comienzos del alzamiento su contribución a la causa nacional fué preocupación constante del Caudillo el dotar a España de una estación lo suficientemente potente para hacer llegar nuestra verdad más allá de las fronteras. A pesar de todos los obstáculos, España pudo disponer a partir de aquel año de una excelente emisora. El hecho es tanto más destacable cuanto que es preciso tener en cuenta las dificultades en la construcción y montaje de las instalaciones. Con escasas y difíciles importaciones



La labor de colonización desde el 18 de Julio de 1936 no ha tenido parangón con ninguna época de la historia de España. He aquí sondeos del Plan Jaén

de los necesarios equipos técnicos, la empresa parecía imposible y, sin embargo, fué coronada con un amplio éxito.

EL FUERO PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

En aquel verano de 1945, España siguió constituyendo una vez más un oasis en una Europa recién salida de la guerra. Mientras en nuestra Patria las gentes comienzan sus vacaciones y gozan de un merecido descanso, en otras naciones del continente el hambre se enseñorea de grandes masas de población. La reunión de Potsdam ha servido para confirmar la entrega a Rusia de los países de la Europa Oriental. Entre vencidos y vencedores, arruinados por la larga guerra cunde el desánimo rápidamente aprovechado por las quintas columnas del comunismo. Rusia se preparaba para llegar hasta el Atlántico.

Sólo España podía disfrutar de

orden y paz. Así nació en aquel año el Fuero de los Españoles, el documento definidor de nuestras libertades cívicas y sociales y que al mismo tiempo incorporaba a la legislación del Estado español los ideales del Movimiento que no se hallaban incluidos en el Fuero del Trabajo.

La igualdad ante la ley, el derecho al honor personal y familiar, la libertad de creencia y de culto privado sin perjuicio del carácter oficial de la religión católica, que es la del Estado, hallan cumplido cauce en el Fuero de los Españoles. Igualmente ampara la ley, las libertades de correspondencia y de residencia, de reunión y asociación, la inviolabilidad del domicilio, la inmunidad personal y los derechos de la familia. De esta manera el Fuero nacido cuatro días antes de la conmemoración del 18 de Julio se convierte en el compendio de todos los derechos que los españoles poseen dentro

del orden y la paz del nuevo Estado.

En la mañana del 18 de julio se entregaban en toda España 10 000 viviendas protegidas. Pese a la magnitud de esta cifra representaban, sin embargo, una de tantas aportaciones del esfuerzo común para hacer frente a la necesidad de viviendas de una España en constante crecimiento.

EL NUEVO BRUNETE

A 31 kilómetros de Madrid, junto a la carretera que llega a San Martín de Valdeiglesias, hay un pueblo grande y nuevo con un nombre glorioso; se llama Brunete. Calles, plazas, Ayuntamiento, iglesia y casi todos los edificios son de reciente construcción. La batalla que pasó sobre estas tierras abatió o inutilizó el 97 por 100 de las edificaciones.

El 18 de julio de 1946, tras una solemne inauguración, nace a la vida de España el nuevo pueblo. Un año antes había sido entregado el primer lote de viviendas y ahora toda la obra de la reconstrucción se hacía realidad en aquella mañana calurosa. Las armas de la paz habían borrado de la tierra el rastro de la guerra.

Aquel mismo día comenzaba el boicót antiespañol ordenado directamente desde Moscú a la Federación Mundial de Sindicatos. Desde el 18 de julio al 18 de agosto habría de desarrollarse la campaña que debía culminar con el sometimiento de España a las consignas comunistas. Tras el fracaso de este ataque se prepararon después las sanciones diplomáticas, comerciales y aislacionistas que fueron secundadas por los partidos marxistas de todo el mundo. España aislada y perseguida, atravesó tiempos difíciles. Sin la ayuda de nadie, el pueblo español supo hacer frente a las nuevas adversidades y salir triunfante del empeño.

En el interior, el Estado prepara las soluciones a los problemas planteados por el propio crecimiento y progreso de la población española. Nuestro mezquino consumo de energía eléctrica en el período anterior a la guerra de Liberación se había visto aumentado en una inmensa proporción durante los años del nuevo Estado. Se había llevado la electricidad hasta pueblos apartados que antes carecían de ella; las nuevas y poderosas industrias consumían grandes cantidades de energía y los españoles utilizaban ahora en el hogar multitud de aparatos eléctricos, índice de la constante elevación del nivel de vida. Este aumento del consumo coincidió con unos años de terrible sequía que detuvieron el crecimiento de nuestra producción hidroeléctrica. Hacían falta nuevos saltos de agua y por toda España comenzaron a surgir casi milagrosamente las redes hidráulicas más modernas. Al mismo tiempo, la producción hidroeléctrica se complementaba con la creación de grandes y poderosas centrales térmicas, próximas a los lugares donde se obtenía el combustible. Una vez más, las cifras revelan claramente la grandiosidad del esfuerzo realizado. Nuestra producción de energía eléctrica es hoy seis veces mayor que la de 1929. En 1957 la producción to-

tal alcanzó los 15.000 millones de kilowatios-hora, mientras que en 1940 fué solamente de 3.617. Estos resultados se reflejan de igual manera en los índices de producción que siempre con idéntica base (período 1929-30-31 = 100) pasan de 153 en 1941 a 595 en octubre de 1957. El avance experimentado es tanto más sensible en la producción de las centrales térmicas cuya producción total es hoy cinco veces más que la de 1941.

LA AFIRMACION DE LA VOLUNTAD ESPAÑOLA

En el paisaje urbano del barrio de Salamanca, el sol cae lacerante. La comitiva acaba de llegar desde el otro extremo madrileño, desde Carabanchel. Allí acaba de ser inaugurado una gran y emotiva obra, el Orfanato Nacional. Allí niños sanos sin padres han rodeado al Caudillo de España como bandadas de palomas, con sus ojos inocentes y sus uniformes blancos. Ahora el Generalísimo y su comitiva sienten de lágrimas casi escozor en los ojos. Estos niños que ahora les rodean son como ángeles simples, ángeles con las alas rotas para poder volar por la vida. En este 18 de Julio de 1947 la obra de España ha llegado también hasta los pobres niños deficientes mentales. Se ha inaugurado en esta mañana la Escuela de Anormales. Aquí se les atiende y lo que es más por el profesorado especializado se les hará rendir todas las posibilidades que se puedan alcanzar de sus mentes paradas. Nada hay tan doloroso para una madre como tener el hijo anormal como un bulto en la casa. Ellas, las madres, están ahí en el gran patio, en la puerta, en la calle aguardando el paso de Franco. Una de ellas se adelanta y deshecha en llanto dice apresuradamente para que el Caudillo que pasa no pierda ninguna de sus palabras: "Gracias, muchas gracias. Ya no llamarán más a mi hijo "el tontito"..."

Esta mujer del hijo enfermo, aquellas otras de los hijos sanos como todas, hace unos días han formado interminables filas para poder entrar en los locales donde estaban las urnas del Referéndum. Era emocionante ver como las mujeres españolas estaban solas o junto con sus padres, con sus maridos, con sus novios y sus hermanos no queriendo faltar con su voto en esta gran afirmación de la conciencia nacional. Hasta las ancianas han acudido. Muchas se han llevado sus sillas mientras los hombres aguardaban impertérritos, firmes, sin cansancio, gozosos de poder expresar su voluntad. Tampoco faltan los ancianos. Ellos no pueden olvidar la Justicia que se ha hecho con ellos. Cuando al término de la vida, el viejo obrero era un bulto sin poseer ni un céntimo propio, ahora en este mismo año, el Gobierno español se acordó en su justicia también de la ancianidad y se creó el Subsidio de la Vejez.

El resultado del Referéndum ha sido el espaldarazo de la verdad de España ante muchos y por él ha entrado el Régimen en una normalidad constitucional.

El triunfo de la magna votación tiene un enorme alcance político, puesto que acusa que se han incorporado a la vida pública todos los españoles cualquiera que haya sido su filiación. Por esto la repercusión del Referéndum no se puede medir y su resonancia internacional ha sido enorme y aleccionadora.

POR LOS CAMINOS DEL EXTERIOR

Quando en este día de la exaltación del Alzamiento los españoles contemplamos la entrega de obras nuevas, de viviendas, centrales eléctricas o de embalses que como el pantano de El Pintado redimirá del dolor de la sed a pueblos pequeñitos de los contornos de Cazalla de la Sierra, no podemos olvidar que gracias a este resurgir en todos los órdenes del país se conoce la obra ingente que realiza España y en el extranjero nos abren sus puertas liberándonos del injusto bloqueo. Cuando este año de 1948 ha empezado, el director general de Comercio y Política Arancelaria ha dicho. "Nuestro comercio de exportación es cualitativamente más amplio cada día. Solamente en este año en las exportaciones llevadas a cabo con Inglaterra de naranjas, vino y mineral de hierro se ha alcanzado un valor de 12.725 libras esterlinas.

Asimismo se firma un importante acuerdo por el que Argentina concede a España un crédito de 1.750 millones de pesos.

También se firma un tratado comercial hispanosueco y en Damasco se hace un canje de notas entre España y Siria.

Por entonces ya se han levantado y están en pleno funcionamiento las dos fábricas de la Enasa, una en Madrid y otra en Barcelona, que fueron creadas por decreto de mayo de 1946. De estas fábricas saldrá el "Pegaso" que sorprenderá a técnicos de todas las naciones. La capacidad de estas fábricas en cada una de ellas es de 1.500 camiones de ocho toneladas. Y se fabrica en serie el autobastidor "Pegaso II".

OTRA REALIZACION IMPORTANTE

La fábrica de aluminio y manganeso de Valladolid produce 5.000 toneladas. Asimismo en este año ya está en funcionamiento la central termoelectrica instalada en Ponferrada compuesta de cuatro turbogrupos de 31.250 kilovatios amperios cada uno y los cuales proporcionarán una potencia total de 125.000 kilovatios amperios. En Escatrón, Puertollano y Fuente Rodríguez y Ribagorza, siguen sus grandiosas obras y se terminan las obras del pantano de El Pintado, en Cazalla de la Sierra, que recoge las aguas del río Vias y sus afluentes.

LA TIERRA Y LAS FABRICAS

Pueblo pequeño este de Canillejas, de calles mínimas y escasas viviendas. Pueblo cercano a Madrid en el que, sin embargo, las gentes viven alejadas del

tráfico de la urbe. En esta mañana el pueblo entero se ha agolpado en las calles. Muchos de ellos van a dejar las viviendas insalubres por una de esas 169 viviendas claras, alegres que van a ser entregadas en esta mañana del 18 de Julio del año 1949. El Caudillo de España está allí cerca de ellos, junto a los rudos labradores, al lado de esos obreros que quizá trabajan en el Madrid cercano. Esta España que llega a lo pequeño y se preocupa del problema individual es también la que está poniendo en marcha la gran obra de la Nación. El Instituto Nacional de Industria abarca ya una fabulosa y extensa red de realizaciones que van a poner en marcha la electrificación e industrialización de la Nación en un espacio de tiempo tan corto como no se había podido imaginar. Los Ministerios de Obras Públicas y Agricultura, a su vez no dan descanso a su ingente labor por todas las provincias y tierras españolas. Y el Instituto Geológico y Minero alumbrá con sus equipos por todas partes las aguas subterráneas de que es rico nuestro subsuelo. En Asturias sigue a pasos acelerados esa obra de titanes que es el embalse de las aguas del Navia, en el salto el Salime, con su gigantesca presa de 132 metros de altura y para la que se ha hecho necesario emplear 700.000 metros cúbicos de hormigón.

En el orden laboral, el Delegado Nacional de Sindicatos crea el Consejo Asesor de la Obra Asistencial, organismo que trazará un gran plan de beneficios extensivos a todos los trabajadores españoles.

En el campo internacional, España está ya fuera del bloqueo a que fué sometida. En este año también el Presidente Elpidio Quirino firma el tratado aéreo hispano filipino, en el campo intelectual se designa Madrid para la celebración del Congreso Internacional de Filosofía.

La tierra y su producción es preocupación constante del Gobierno y de sus organismos. Así tiene lugar en Sevilla el Congreso Sindical de la Tierra, en el que toman parte cientos de agricultores. El Instituto de Colonización asienta ochocientos colonos en los términos de Valdebuena del Duero, en Valladolid; Parada Rubiales, en Salamanca, y Albalate, en Sorla.

Pero la conquista más grande es de tipo social. Se crea el bachillerato de enseñanza media profesional que llevará a los hijos de los obreros españoles a las Universidades Laborales.

12.000 ESCUELAS PRIMARIAS DE NUEVA CREACION

Por las sombreadas avenidas del palacio de El Pardo avanza un grupo de hombres. Animadamente hablan con la satisfacción reflejada en los rostros. Dentro de unos minutos les recibirá el Caudillo, que va a poner en sus manos los títulos que los acreditarán como productores ejemplares y también se premiará a las empresas modelo. Hombres de la-



Por las cincuenta provincias españolas han surgido modernos complejos sanitarios para los trabajadores españoles.

boratorios madrileños, de las fábricas catalanas, hasta del orense pueblo de Barco de Valdehorras, donde se levanta la fábrica de la Compañía Española de Industria Electroquímica. Se mezclan los acentos regionales y se funden todos en una sola ansia de superación cuando el Caudillo les habla. Mientras en El Pardo tiene lugar este acto en la conmemoración del día 18 de julio, en toda España se inauguran escuelas. Escuelas primarias que en número de 12.000 han sido creadas. En este año de 1950 ha culminado la terminación de un amplio plan realizado a través de ocho años. Por él también ha sido elevado el número de maestros, que ahora suman 60.121, cuando anteriormente sólo existían 49.218.

LA AYUDA A ESPAÑA

A través de centrales hidroeléctricas, factorías, astilleros, regadíos y pueblos nuevos, España llega también a un gran auge en su industria química en la que se ha podido alcanzar gran rendimiento porque nuestro subsuelo es todo él como un fértil depósito de minerales. En 1951 España cuenta también con reservas de trigo y otros productos.

El 18 de julio de este año

nos damos palpablemente cuenta de que la ingente obra realizada es abrumadora. Por toda la superficie de la tierra española han sido entregadas hoy 5.779 obras y se inician 4.935. Las obras entregadas son las siguientes: Colonización, regadíos, traídas de aguas, 1.605. Electrificación, 101. Bibliotecas, 223. Carreteras, caminos y urbanizaciones, 104. Obras benéficosociales, 33 y obras diversas, 317.

Hace unos días tan sólo que Norteamérica ha enviado a España, quizá a contemplar toda esta maravillosa labor realizada, al almirante Forrest Sherman, jefe del Alto Estado Mayor. Ya se perfila con esta visita la ayuda americana a España. También vuelven los embajadores. Otros, de entrañable afecto hacia España ya lo habían hecho. Uno de los países primeros que mandó su nota en los tiempos difíciles fué Perú. En ella se decía: "Estamos unidos por la identidad del lenguaje, la religión, las costumbres, la sangre y el espíritu."

LOS OBREROS ESPAÑOLES DISPONEN DE INMEJORABLES INSTALACIONES SANITARIAS

Día grande este del 18 de julio de 1952. El Caudillo y su co-

mitiva están recorriendo en esta obra de estas inauguraciones de parte a parte de la metrópoli madrileña. Paseo de los Pontones, calle de Modesto Lafuente, calle del Doctor Esquerdo, calle de Alenza y Ciudad Universitaria. Dispensarios antituberculosos. Dispensario Anticanceroso de la Obra "18 de Julio". Instituto de Medicina, Higiene y Seguridad del Trabajo. Los trabajadores pueden estar tranquilos, pues cada año se ha llevado a cabo la apertura de nuevos centros sanitarios dotados de todos los adelantos modernos. Así en esta mañana, el Caudillo dice al entregar estos dispensarios y este Instituto modelo: "Los trabajadores españoles tienen instalaciones sanitarias inmejorables y que pueden ir a la cabeza de las mejores del mundo."

Pero no sólo en España se han montado sanatorios, clínicas y dispensarios de la Obra "18 de Julio", en cuyos dispensarios se viene pasando un promedio de dos mil consultas diarias, sino que la lucha contra la tuberculosis ha sido una de las preocupaciones del nuevo Estado para prevenirnos contra la "peste blanca". Se creó el Instituto Nacional de Tisiología y hasta por los pueblos pequeños y comarcas rurales se montaron dispensarios en la lucha preventiva. En 1952 se ha llegado a tener en los sanatorios antituberculosos 17.000 camas disponibles y las colonias infantiles son 127 en las que se atiende a 12.170 pequeños. El Tesoro invierte en esta lucha 203.593.000 de pesetas.

En este día también se ha dado a conocer el Plan Nacional de Urbanismo que atenderá a las necesidades de los españoles hasta el año 2010. Por él también surgirán la Gran Barcelona y el Gran Bilbao como asimismo el Gran Madrid en el que el comisario de Urbanismo y el Alcalde de Madrid en esta tarde del 18 de Julio recorren las obras de ensanche por la zona norte. Por este Plan el Gran Madrid se fedimirá del suburbio, se aplicará la política del suelo y se crearán zonas verdes y espacios para los juegos infantiles.

LA RAZON EN LO INTERNACIONAL

España vive el 18 de julio de 1953. España camina en la mejor y más completa fase de su madurez en todos los órdenes. La unidad interior de los españoles, agrupados bajo el mando de su Caudillo, está refrendada por los importantísimos triunfos conseguidos en el terreno internacional y en el campo económico. No hace mucho todavía, Barcelona acababa de celebrar el Congreso Eucarístico Internacional, donde España demostró al mundo católico la fortaleza de su fe espiritual y material.

Los grandes planes de industrialización comienzan ya a dar, en cantidad masiva, sus gigantescos frutos. El complejo industrial de Puertollano, una de las más fantásticas realizaciones industriales de toda la historia económica de España y de la moderna ingeniería europea, es inaugura-

do por el Jefe del Estado. El pantano del Ebro, también en el periodo que va desde el 18 de julio de 1952 al 18 de julio de 1953, deja ya oír el ronco sonar del agua cayendo por los aliviaderos.

Para el campo español, para la agricultura española, los regadíos de Zambrana puestos en plena producción por estas fechas son otra señal de la voluntad inquebrantable de un Régimen. El ferrocarril de Zamora a Puebla de Sanabria, anhelo de aquella región durante tantos años de vida, sólo ha sido realidad bajo el mandato de Francisco Franco.

La sólida razón de España en lo internacional se abre camino. Las potencias extranjeras han comprendido la razón de España, y cuando 1952 se acaba, España ingresa en la U. N. E. S. C. O. y poco después, el 2 de enero de 1953, los países hispanoamericanos apoyan y piden el ingreso de España en la Organización de las Naciones Unidas.

Así, el Estado español es una sólida unidad llevada por una voluntad inquebrantable.

ESPAÑA, PAIS CATOLICO

El 18 de abril de 1954 puede registrarse en su cronología uno de los acontecimientos diplomáticos más trascendentes de la historia de España. España nunca dejó de ser país católico. Las persecuciones, los martirios, la sangre de tantos sacerdotes de tantos religiosos, de tantos fieles asesinados por el comunismo, fué, por el contrario, siembra multiplicadora. España y la Santa Sede han firmado el Concordato, modelo de documento, no sólo como pieza tal, sino ejemplo para todos los países católicos.

Los españoles, enteramente, han recibido la noticia con alegría y con satisfacción. La conciencia de la responsabilidad, de la justicia y de la necesidad en esta materia ha sido comprendida por los treinta millones de españoles, comprendida y celebrada con júbilo y con gozo.

Los aciertos de la recta política económica llevada a cabo desde el mismo 18 de Julio de 1936, encuentran nuevos jalones de éxito cuando, desde el 18 de julio de 1954, se mira atrás la mirada. La cuenca del Ribagorzana, visitada por el Jefe del Estado, cuenta con cuatro nuevos e inaugurados saltos de agua; para el Plan Jaén se destinan 4.000 nuevos millones de pesetas; el canal del Cinca recibirá, para sus obras, cerca de 2.000 millones de pesetas; el Caudillo inaugura el Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas; continúa en plena actividad el Plan de Colonización de la zona de Los Monegros; el Plan de Modernización de la Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles marcha a pasos de gigante; la Obra Sindical pone en marcha un gran Plan que llevará a la construcción de 500.000 viviendas en todas las provincias...

España entera está al lado de su Caudillo. Meses antes, el 1 de octubre de 1953, la plaza de Oriente ve llegar nuevamente a los españoles que acuden a testimoniar a su Caudillo la inquebrantable adhesión de la Nación,

y poco después, unánimemente, en el Estadio de Chamartín, 200.000 productores aclaman al Jefe del Estado.

La fortaleza y prestigio del Estado español, nacido entonces hacía dieciocho años, sigue creciendo en todos los terrenos. España y Estados Unidos firman sus importantísimos acuerdos; Su Santidad el Papa concede, dos días antes de Nochebuena, la Orden Superior de Cristo al Jefe del Estado español, distinción concedida en muy pocas ocasiones y que demuestra la constante e inmutabile política del Generalísimo en defensa de los principios católicos.

EN LA ESTRATEGIA DE EUROPA

Hace ya más de un año que la nueva ley de Bases del Régimen Local, una de las piezas jurídicas de la Administración Municipal más importantes de toda la historia de España, acababa de ser elaborada por las Cortes, y ahora, 18 de julio de 1955, se encuentra en pleno vigor. Es así que el Municipio español, célula y base fundamental del Estado, ha adquirido la importancia justa que en la vida de la Nación le corresponde. Este 18 de julio, pues, en este sentido hay fiesta mayor en los 10.000 Municipios españoles.

Pero tal vez es en esta época donde más claramente se acusa la victoria de España en el campo internacional. Una victoria conseguida y hecha posible merced al genio de un hombre que en 1936, había iniciado la salvación de España. España es, por entonces, miembro de la Organización Europea de Cooperación Económica y, además, ha enviado ya un observador a la O. N. U. Por otra parte, la ayuda americana ha entrado en vías de realización en lo que la posición española en el terreno de lo internacional está definitivamente consolidada.

Este 18 de Julio, Fiesta del Trabajo, son precisamente los trabajadores españoles los que pueden contemplar la auténtica transformación económica y rificada en nuestra Patria. Son ellos mismos los que trabajan en las nuevas naves de las nuevas industrias, los que conocen los beneficios de las reglamentaciones laborales, los que saben que pueden ir a veranear a cualquier punto de España o a los más renombrados del extranjero merced a las residencias y los viajes de Educación y Descanso; ellos mismos han podido comprobar cómo industrias que jamás se pensaba pudiesen existir en España alzan hoy el perfil de sus instalaciones en una fase de la mejor y más sana expansión económica; automóviles, aviones, fundiciones, productos químicos, astilleros... España tiene ya, por conquistado, su fuerza, una plena y propia salud económica.

En el terreno de lo militar, a la progresiva modernización de las tres Armas de nuestro Ejército se ha venido a sumar la consideración tenida para con España incorporándola a la estrategia del mundo libre.

La asistencia del Generalísimo a las maniobras de la Escuadra de los Estados Unidos realizada

en el Mediterráneo y la visita del Ministro español del Ejército a los Estados Unidos, donde se entrevistó personalmente con el Presidente Eisenhower, así lo confirman.

EN LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS

La fecha del 18 de julio de 1956 puede contar, en los trescientos sesenta y cinco días que le precedieron, el capítulo final con que España cierra, de la manera más honrosa para ella, las actitudes injustas y arbitrarias que años antes habían venido del extranjero.

El 4 de diciembre de 1955 España ingresa en la Organización de las Naciones Unidas. España es un Estado soberano que quiere, por su propia voluntad, registrarse bajo la mano providencial de Francisco Franco y según las normas y directrices del Movimiento Nacional.

El 18 de julio de 1956 tendría que echar la vista siglos atrás para que en aquellos momentos la diplomacia del Estado español pudiera ofrecer otro ejemplo semejante de seguridad e independencia política. La auténtica fortaleza y razón de un pueblo, guiado por el pulso firme e inalterable del hombre que lo salvó de la desaparición, puede vanagloriarse de un triunfo legítimo, pleno y definitivo.

Además, este año, año de la plena lozanía de la nueva diplomacia española, guiada personalmente por el Caudillo, vienen a España ilustres personalidades, como el propio Foster Dulles, el Presidente del Brasil, los Reyes de Jordania... España es en estos momentos eje y centro del mundo político internacional.

Por otra parte, la línea segura y preñada de la economía española sigue su marcha. Por el Jefe del Estado son inaugurados diversos centros de investigación científica dotados de los más modernos instrumentos de la técnica. Se ratifica el Acuerdo de Cooperación Atómica entre España y los Estados Unidos de América y nuevas centrales eléctricas, como las de Pont de Suert, indican su producción.

Por primera vez en la historia de España, la cifra de visitantes extranjeros alcanzan los dos millones de personas. Dos millones que se llevan para sus tierras, para sus casas, el espectáculo inigualable de una Nación de treinta millones de habitantes en paz, unida, ilusionada y en constante y continuada superación.

LOS MAYORES INDICES EN LA PRODUCCION INDUSTRIAL

Así como los años que precedieron al ingreso de España en la Nación Unidas llevaron el signo de lo internacional, estos años, concretamente los años a partir del 18 de julio de 1956, es decir, el año que se resume en el 18 de julio de 1957, lleva el completo signo del trabajo nacional.

Y ello es así porque, superadas y desaparecidas aquellas injustas circunstancias externas que influyeron poderosamente en el ritmo de expansión de nuestra economía, España puede ahora dar un mayor impulso a los planes de



Aviones de moderna fabricación en las factorías españolas

industrialización que si bien estaban trazados y pensados con gran anterioridad, no podían en ciertos momentos cumplir las etapas previstas por las dificultades en las importaciones o por las negativas de países extranjeros a vendernos materias necesarias.

Ahora, julio de 1957, España, unida y en justa paz, se dedica a su expansión interior. Y muestra de ello son los índices jamás conseguidos en la producción de materias básicas, tales como carbón, acero, electricidad, cemento, etcétera... Por otra parte, es precisamente en este año cuando el Plan Nacional de Electricidad hace posible conseguir unos porcentajes de instalaciones superiores a los medios europeos, y cuando las fábricas españolas, en su gran mayoría, proceden a la completa renovación de su utillaje, aquellas que lo necesitan, o a la ampliación de sus factorías para atender en ventajosas condiciones de precio y calidad el aumento constante de bienes de consumo de toda la población española.

Poco después, y coincidiendo con los sucesos de Oriente Medio, tiene lugar el levantamiento del pueblo húngaro contra la dominación soviética. La voz de España, que condenó energicamente la sangrienta represión soviética, pide se lleve a cabo una política internacional de dignidad y firmeza que se oponga a los intentos turbios de la U. R. S. S.

DOCE PUNTOS FUNDAMENTALES

Dieciocho de julio de 1938. Hace veintidós años, Francisco Franco Bahamonde, general del Ejército de España, guiado por la mano de Dios, inició la tarea de salvar a España.

Hoy, veintidós años de aquella fecha, España, desde entonces salvada, se encuentra en lo mejor, más plena y más madura situación política y económica de su historia.

El día 17 de mayo de 1938 las Cortes Españolas aclaman al Jefe del Estado español cuando éste da lectura a la Ley Fundamental por la que se declaran los Principios Fundamentales del Movimiento Nacional. Los doce puntos en ella contenidos son la base y el resumen de la actual conciencia

política del pueblo español. Son la comunión de los españoles que dieron su vida de la Cruzada; son los principios permanentes e inalterables del Credo político de España; pieza básica, completa, acabada; texto proclamador de cómo España, bajo la Jefatura de su Caudillo, ha llegado a la mejor y más completa madurez de un pueblo.

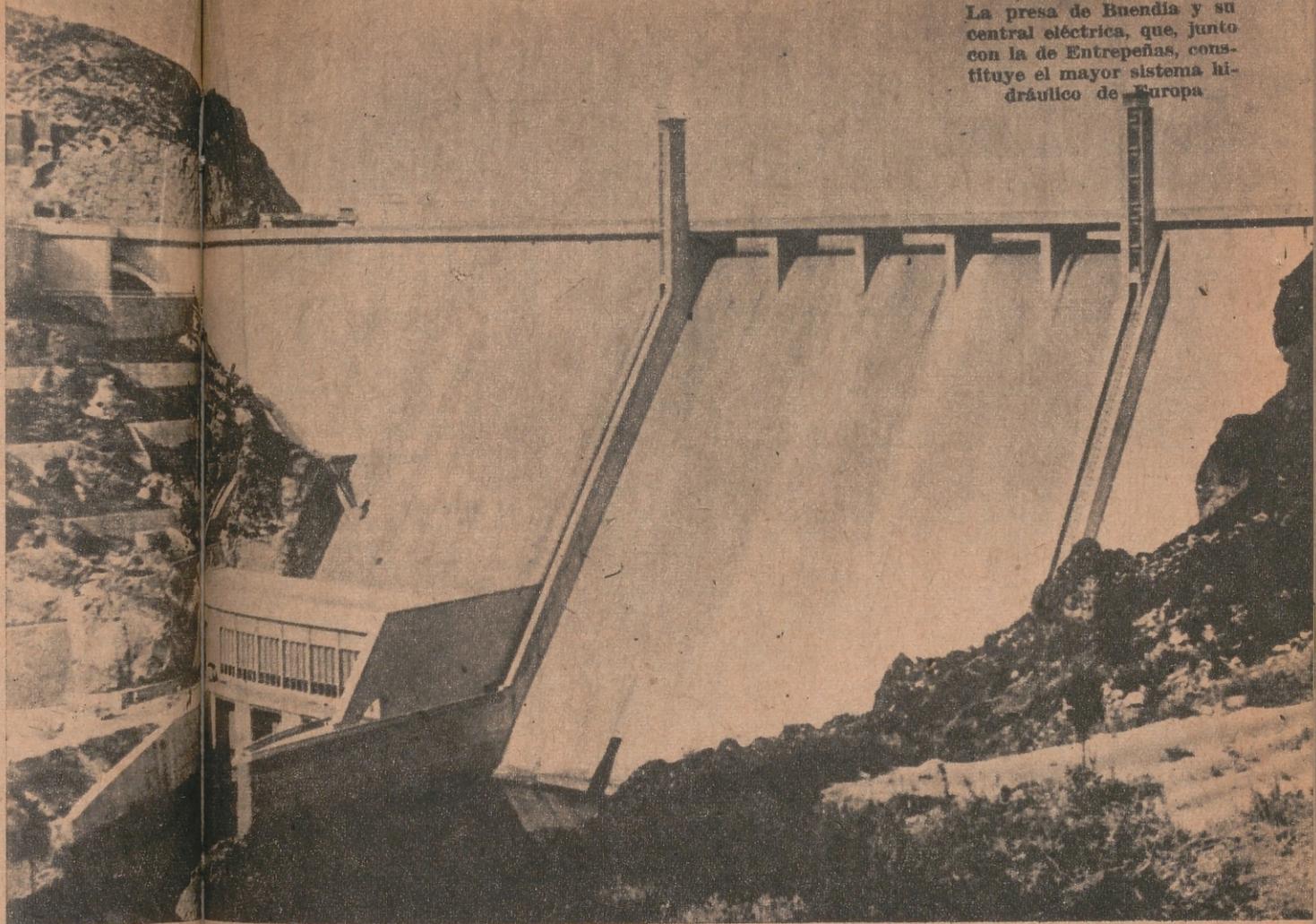
En lo económico, la marcha es igualmente firme y decidida. Avilés, Escombreras, regadíos de Badajoz, de Cáceres, de Jaén, Colonización de Los Monegros y de Las Bardenas, pantanos de Entrepeñas y de Buendía, fabricaciones de toda clase de productos con arreglo a las mejores y más modernas seguridades de la técnica.

En el terreno de la Administración Pública, las Cortes Españolas alcanzan importantísimos textos legales, tales como la Ley de Presupuestos y Reforma Fiscal, ejemplo de legislación en materia de Hacienda Pública; la nueva Ley de Enseñanzas Técnicas que coloca a España, en estos enseñanzas, a la cabeza de las naciones europeas; la Ley de modernización de la Administración del Estado y diversas leyes, tales como la de que concede 5.000 millones de pesetas para la construcción de buques mercantes y la que establece el crédito cinematográfico que atenderán a importantes sectores de la economía española.

En este 18 de julio de 1958, veintidós años después, por ventura para España, el mismo español que dió la voz de alarma, que condujo a su pueblo a la victoria, Francisco Franco Bahamonde, Generalísimo de los Ejércitos nacionales de Tierra, Mar y Aire, sigue presidiendo el destino de los españoles y conduciendo a la Nación con idéntico pulso sereno, con igual prudencia y con las mismas cualidades de gran político, de genial estadista y de hombre entrañablemente español en todos los actos de su Gobierno. Esa misma mano, en guerra y en paz, dada por la Providencia para la auténtica salvación de España, ha hecho posible que España sea hoy 18 de Julio de 1956, un auténtico Estado soberano, con un Caudillo y con un régimen querido, deseado y aceptado por treinta millones de españoles.

ENTREPEÑAS-BUENDIA

EL PANTANO MAYOR DE EUROPA



La presa de Buendía y su central eléctrica, que, junto con la de Entrepeñas, constituye el mayor sistema hidráulico de Europa

PODRIAN FICAR EN EL TODAS LAS ESCUADRAS DEL MUNDO

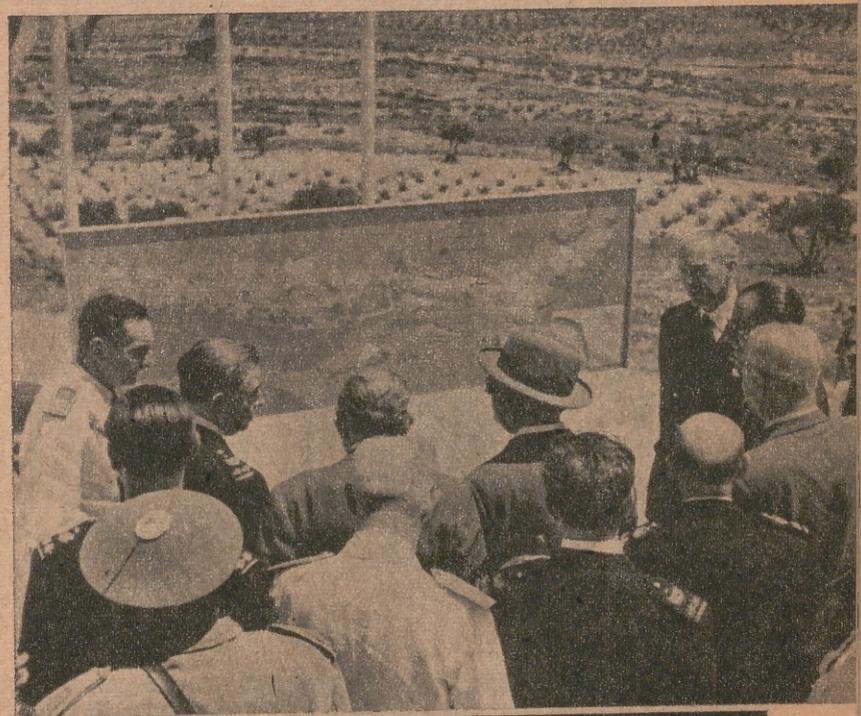
El pasado lunes, día 10, llegó a Sacedón. El día 11, la vieja torre parroquial, que alienta la vida menuda de tantas aldeas españolas, a las doce de la mañana, se hizo hacer hincapié en el Sacedón de una manera especial y para la Alcarria, es una hora histórica. El Jefe del Estado iba acompañado por los ministros de Obras Públicas, de Cultura e Industria, y de otras muchas personalidades, operando el momento de la inauguración, las autoridades de Guadalajara, el obispo de Sacedón. Miles de alcarreños de diferentes puntos de la comarca, aparte, claro está, de los obreros que han trabajado con su trabajo y su esfuerzo en esta obra gigantesca que es Entrepeñas-Buendía.

En la geografía española, comienzan las inauguraciones de la fecha 10 de Julio se nos acerca y otra vez la comparación y la equidistancia. Este año, venturoso para España, de 1953. Franco, entre nosotros. Desde el mirador que da a la presa de Entrepeñas-Buendía se asomó al abismo, contempló aquel alarde de trabajo que marca la hora de la gran recuperación. Ha

al menos uno lo ve así, el refrendo oficial a tantas incomprensiones y a tantos sacrificios anteriores de una comarca, corazón geográfico de España que venía arrastrando incomprensión y abandono en anteriores regímenes.

Uno, que se precia de conocer a su gente, ha visto los rostros curtidos por este sol alcarreño, y los pañuelos alegres de nuestras mozas, aplaudir con frenesí al Caudillo, cuando desde el cerro inauguraba el "Rollo", reproducción exacta del de Trujillo, y que es un monumento a los que han contribuido a esta empresa orgullo de la Patria. Abajo, laderas y montes, cosecha en granazón, agua para todos y luz suficiente para las necesidades de España; el paisaje parecía cantar la jota brava de la tierra. Cerca al alcance de la mano, Sacedón, pueblo protagonista de la jornada excepcional.

Sacedón está en plena Alcarria. Sobre el paisaje seco, casi desértico de la subida, se acuestan los pueblos diminutos e ignorados. De pronto a este paisaje, de cera y miel, contraste y rara luz, le salen, casi por generación espontánea, dos cultivos importantes, que a la hora de echar cuentas la familia campesina es dinero abundante: los olivos y las vides. Creo que el aceite y el vino son las princi-



En las dos fotografías restantes, Su Excelencia el Jefe del Estado en dos momentos de su recorrido por el complejo Entrepeñas-Buendía

países riquezas de Sacedón. Es este un pueblo desconocido, y eso que aquí han sucedido y están sucediendo cosas importantes.

Cuando acompañado del Alcalde don Antonio Gil Peiró giraba una visita, sabía que se trataba de un descubrimiento. Tú te echas un mapa a la cara. Miras un punto insignificante de esta Alcarria rejuvenecida y lees con dificultad: "Sacedón". Y te imaginas que aquello no merece la pena. De ahora y para siempre te digo que sí. Y eso que el pueblo no tiene ni castillo ni palacios señoriales ni grandes edificaciones. ¡Lástima! No conozco su historia. Para el pueblo ha nacido otra historia más actual, vertical y aleccionadora. Y la han escrito, la están escribiendo, digo mejor, sus mismos moradores. Esos que en gesto de renunciación y en oleada de entusiasmo han sacrificado lo mejor de sus tierras. Porque sabían que allí, justamente, era donde aleteaba la esperanza de sus trojes repletas y de pan para sus hijos y donde se fraguaba un venturoso porvenir para la Patria.

Al paisaje bravo, que se encarna y subyuga, que atrae y da vértigo, le han nacido dos pantanos. Mejor dicho —esa es la realidad—, uno solo: Entrepeñas-Buendía. Entre la barahúnda de cifras y de mecánica, uno que nunca gustara de datos técnicos y que se horroriza y asusta con las complicaciones, siente el deseo imperioso de decir algo. De proclamar a los cuatro vientos de nuestra geografía un venturoso porvenir que ya es carne de nuestra carne. De esta carne de la Alcarria, tierra de miel y de ilusiones, pobre antes y siempre señera

Era justo, me lo decía entre palabras de entusiasmo Gil Peiró, un buen Alcalde y un buen hombre, que Sacedón encontrase una compensación. Había de recuperar su pan y a cambio una importancia de la que todavía carece. En el turismo es donde

este rincón afortunado ha de encontrar su bienestar futuro.

—Nosotros —palabras son del Alcalde— estamos dispuestos a una repoblación forestal en masa, a la construcción de varios establecimientos hoteleros que acojan y conforten a los visitantes, cada día más numerosos.

Sacedón está a unos sesenta y tantos kilómetros de Madrid. Los domingos y jornadas festivas, la carretera que serpentea a montaña cortada a tajo, con visera de roca en alarde casi circense, sabe del paso de grandes autobuses de pequeños turismos, de motos y de bicicletas. Gentes heterogéneas que acuden a saturarse de sol y de belleza. A pescar en estos lagos que juegan a mar y no con muchas diferencias. La luz se tamiza e irisa sobre la superficie arrancando tonalidades que van del morado al verde difuminado pasando por una gama indescriptible.

HERMANOS GEMELOS

El pantano de Entrepeñas, al que desde aquí y para siempre me atrevo a denominar pantano de Sacedón—creo que es lo correcto—, se extiende, competentemente lleno, hasta la plaza de toros del pueblo. Ahora, con las tres cuartas partes de su capacidad, lame suavemente las tapias del viejo cementerio. Se construyó con el fin de aprovechar las aguas del río Tago. El muro de contención—al fin vinieron los datos y no hay manera de soslayarlos—tiene una altura de 80 metros con una longitud en su coronación de 280. Se utilizaron en su construcción 450.000 metros cúbicos de hormigón. Si quieres, a efectos de estadística, saber el cemento empleado, te diré que casi las 100.000 toneladas.

De Entrepeñas a Buendía, su hermano gemelo, mejor aún siamés, hay poca distancia. Apenas cuatro kilómetros. Uno y otro están comunicados por un túnel de enlace, cuya longitud es de tres kilómetros y medio, más una

propina de otros 13 metros. La gran perforación se ha efectuado, además de por las bocas de entrada y salida, por tres pozos, determinando todo ello un volumen de excavación de 307.570 metros cúbicos.

Buendía tiene una altura de 78 metros y una longitud de coronación de 350. Fueron necesarios 500.000 metros cúbicos de hormigón y se emplearon 103.000 toneladas de cemento.

De la trascendencia de estos dos pantanos siameses, que el pasado lunes inaugurara el Caudillo de España y varios de sus Ministros, con el túnel que los convierte en vasos comunicantes, necesario es, antes de la literatura, su filiación completa. Antes he dicho que se trata de un hecho histórico. Necesaria es, pues, la biografía íntegra. Porque esto pasará ya a la historia.

LA ALCARRIA, PUERTO DE MAR

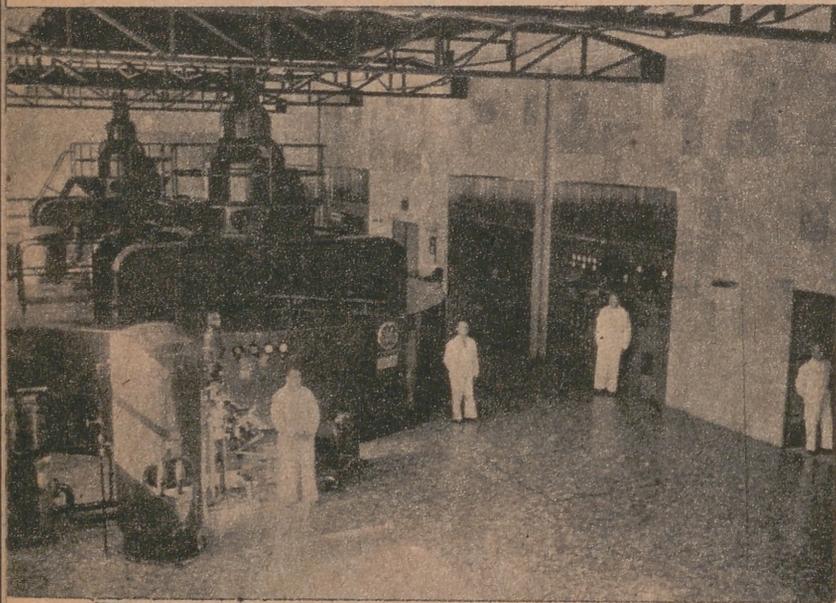
La capacidad de embalse de Entrepeñas-Buendía es de 2.462 millones de metros cúbicos. De buenas a primeras, el de mayor capacidad de Europa. A la altura se halla, y eso para nosotros es importante, del lago suizo de los Cuatro Cantones, en lo que a superficie de agua se refiere. La seca Castilla tiene, pues, puerto de mar. Si miras sus aguas, verdiazules, rápidamente piensas en las rías de Arosa o de Vigo. Mira lo que son las cosas y comprende que también los números merecen la pena. En esta superficie podrían fondear con demasiada holgura todos los barcos del mundo. Y conste que incluyo tanto a los mercantes como a los de guerra.

El peso del agua retenida, me lo decía uno de los ingenieros mientras bajo el sol fuerte y casi saboteador de esta tierra mirábamos olas diminutas jugando a mar, es tal, que habría que multiplicar por 14 el peso de todos los habitantes actuales del mundo —2.700 millones— para en imaginaria balanza, establecer el equilibrio. Unos 750 millones de pesetas gastó nuestro Estado en su construcción. Ahora, su valor rebasa los 6.000.

Fué construido durante unos años, 48-52, no precisamente fáciles para nosotros. Entrepeñas-Buendía puede regar más de 160 mil hectáreas de terreno. Algo así como cuatro veces la huerta de Valencia y vez y media el llamado Plan Badajoz.

Queda todavía otra cosa interesante. Por estar situado a casi 800 metros de altitud puede ser un depósito de vital importancia para la distribución puramente hidráulica. Porque una cosa es evidente: España, en un futuro más o menos próximo está abocada a una redistribución en este aspecto. Repartidas las lluvias irregularmente, día llegará en que será preciso traer agua de las regiones ricas en lluvias a las peor dotadas, y un pantano como éste, a casi 800 metros de altura, puede jugar decisivo papel.

Nos queda todavía un dato interesante para cerrar el "capítulo biográfico". La producción hidroeléctrica. No vamos a insistir en la capital importancia que los



La potente y novísima maquinaria que generará los millones de kilovatios de electricidad

dos embalses recién inaugurados desempeñan en relación con los saltos de San Juan y Picañás, en el Alberche y en cuanto a su aprovechamiento hidroeléctrico la potencia instalada en Entrepeñas es de 38.000 kilovatios hora, con una producción anual de 115 millones de kilovatios hora. En Buendía, estas cifras son de 57.000 con 60 millones de producción media anual, con la unión de ambos pantanos con línea de 132 kilovatios y el de Buendía con Bolarque, con línea de 320, así como con la central térmica de Escatrón. No se puede tampoco incurrir en la omisión de la unión con línea de 132 kilovatios de los saltos del Alberche con el salto de Castrejón —debajo de Toledo— y éste, a través de los saltos de pie de presa de Cifara y Puerto Peña con la central térmica de Puertollano para a su vez unirlo con la línea de igual tensión con Sevilla y Cádiz. De esta forma, las centrales de la cuenca del Tajo podrán trasvasar energía a otras cuencas, principalmente a las del Guadiana y Guadalquivir. Estas a su vez servirán las líneas ya citadas para llevar al centro de España la energía térmica de las centrales a bocamina de Ponferrada, Escatrón y Puertollano. No creo que sea necesario más para resaltar la importancia que como puente desempeñan las instalaciones Entrepeñas-Buendía.

RECTIFICACION DE CAMINOS

Para que esta obra, hoy inaugurada, se haya llevado a feliz realidad, ha sido necesario ejecutar diversas variantes de carreteras.

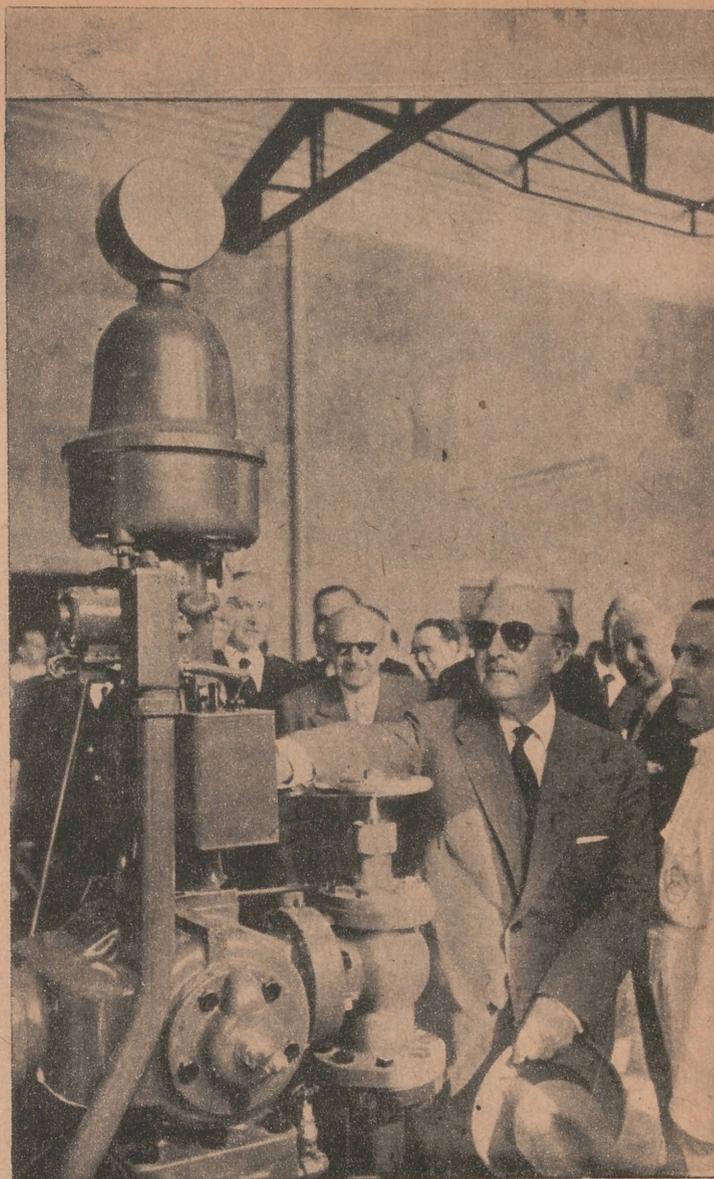
En la de Masegoso a Sacedón se ha dividido el tramo en seis trozos; en la de Albacete-Guadalajara por Cuenca, en otros seis, y la de Carrascosa a Sacedón, en tres. Estos, junto con la variante del camino local. Los Cabozos, en Alcozer, han representado una longitud de 87 kilómetros y medio.

Dichos trabajos suponen: 1.181.895 metros cúbicos de desmonte, 1.006.984 de terraplén, 128.300 metros cúbicos de piedra para afirmarlo, 14.030 toneladas de cemento y 1.261.504 jornales. Para todo ello se levantó en Sacedón una fábrica de cemento con una producción de más de 50.000 toneladas al año.

DOS PUEBLOS HAN DESAPARECIDO

Es lógico que para la construcción de estos dos auténticos colosos hubiera necesidad de innumerables extensiones. Para el de Entrepeñas fueron 3.050 hectáreas y para el de Buendía, 7.125. En total, 10.185.

A la colaboración que los pueblos de Auñón, Sacedón y Buendía han prestado por medio de cesiones de terrenos o por expropiaciones adecuadas, merece resaltarse, por lo que de homenaje entraña, lo que al pueblo de Poyos se refiere. Desapareció totalmente bajo las aguas, ya que éstas sobrepasarán los tejados de las casas, pese a estar situado en la zona alta del tér-



Su Excelencia el Jefe del Estado inaugura el mecanismo generador de energía

mino. La Isabela duerme hoy arrullado por las olas de Buendía. Si recorres su superficie en motora, cuando pases por encima de su viejo campanario dedica un recuerdo a los que supieron sacrificar recuerdos y añoranzas. Creo que es justo y que se lo tienen merecido.

Es claro que el Estado español se ha preocupado de recompensar tantos sacrificios. A los campesinos de estos dos lugares de la Alcarria se les ofrecieron en su día tierras y viviendas en otras zonas agrícolas o en fincas creadas por el Instituto Nacional de Colonización.

El dolor de estas gentes humildes al dejar sus casas, sus tierras labrantinas, los lugares de niñez y de lo que era para ellos ilusión de trojes repletas, se ha disipado. La renunciación, plato fuerte de una comarca, santo y seña de una geografía sorprendente, es hoy gozo. Precisamente hoy, cuando el Caudillo de España inaugura solemnemente las instalaciones, ellos en su lejanía física se sentirán importantes. Contribuyeron de ma-

nera directa y decisiva a la gran obra, orgullo de la Patria en paz. **SACEDON, ENTRE EL AGUA Y LA ESPERANZA**

Para mí, este pueblo alcarreño marca como ningún otro el momento actual de España. Con motivo de la visita del Jefe del Estado y de varios de sus Ministros, el pueblo ha sido aireado por toda la Prensa y ha recorrido en triunfo la geografía hispana. Una compensación a su esfuerzo y un homenaje a tantos sacrificios. Porque aquí no todo ha sido de color de rosa. El pueblo, humilde como todos los de su comarca, cumplió con su deber. Era necesario en aquella coyuntura histórica desprenderse de sus tierras mejores: trigales en sazón, pan de los hijos y esperanza de próximas trojes plenas de fruto. Porque los sacedonenses sabían que se iba a crear un ingente manantial de riqueza con nombres propios: Electrificación, Industrias, Trabajo para muchos españoles. Regados...

De esta postura suya, ma'a pa-

sada de una topografía sin par, podía sentir la vanguardia que atajó las inundaciones en tierras altas, en campos de Aranjuez. Ellos, siempre firmes en su puesto y sin abandonar esa posición, daban seguridad, aplomo y agua distribuida equitativamente para otras tierras necesitadas.

No conté en aquellos momentos ni el pan de los vivos ni el reposo de sus muertos. Se saltó por encima de todo, porque entrañaba una conquista y una mejora sin precedentes. Después, el Gobierno volvió los millones, y los españoles pusieron su aportación personal. Y a esta Alcarria, tierra seca y estéril, la nació de la noche a la mañana, ya lo hemos dicho, su mar. Buen sitio para la práctica de los deportes acuáticos y para la pesca. Se soltaron crías de lucios, se procede a la repoblación de sus laderas. El oasis de Sacedón es una sorpresa del paisaje. Diría más. Para mí, que lo veo como el premio a tantas renunciaciones.

Sacedón, sin embargo, tiene todavía problemas. Y eso que gracias a las gestiones de Gil Peiró, más que Alcalde, un poco padre de todos, por la limitada orografía local han ido surgiendo mejoras. Las obras nuevas prestan un apoyo distinto, definido y actual. En este viaje por aquellas tierras hemos subido al cerro de la Coronilla, en cuya cima, atalaya de los contornos, el monumento al Corazón de Jesús traza junto a las nubes la impronta de religiosidad y de fe. Tiene una altura desde su base de 28 metros. Sirve de plataforma una bóveda con cuatro amplios ventanales en arco, desde los que se divisan los dos embalses, las casas de Sacedón, apretujadas, los olivares y viñedos. La estatua posee una altura de 7,80 metros y la distancia de dedo a dedo —ya que tiene los brazos en cruz— es de cinco metros. Gil Peiró quiere adenderar el camino de acceso, con el fin de colocar un vía crucis y organizar algunas peregrinaciones.

Pero, sin duda alguna, las esperanzas del pueblo están cifradas en su canal. Realizados los trámites pertinentes en la Confederación Hidrográfica del Tago, éste será posible en breve. Gracias a su construcción podrán ser puestas en regadío unas 1.700 hectáreas, tierras de buena calidad y que sólo necesitan suficiente dotación de agua. Y no sólo el término de Sacedón ha de ser el beneficiado, sino también los terrenos que sobreviven a la construcción de Entrepeñas y Buendía pertenecientes a El Poyo y La Isabela. Dicho canal ha de tener una longitud de 15 kilómetros y alimentará a su vez una serie de acequias secundarias, con un caudal de 1.000 litros por segundo. La toma se hará en pie de presa del pantano de Entrepeñas, con un depósito regulador de 3.000 litros por segundo.

LA ALCARRIA, MONDA Y LIRONDA

Al amanecer estuvimos en pie. El pueblo, en aquel preciso instante, despertaba a la brega de

sus diarias ocupaciones. Creo que el tiempo se ha detenido en cualquier recoveco de la serranía. He saboreado unos bollos, regados con la correspondiente copita de anís. La gente de la Alcarria, elaboradora de miel que ha dado justa fama a la comarca, es acogedora y simpática. Y sobre todo, ha sentido de pronto el acicate de mejorar su situación.

El campo, este campo en el que a diario miles de agriultores se afanan y sudan en pos de cosecha abundante para mantener su prole, estaba abandonado y solo. Están ya lejos los viajes de Ortega y sus exclamaciones tremendistas.

Eso es sólo recuerdo. Y no es que nosotros pretendamos, como acertadamente decía uno de nuestros mejores periodistas locales, José de Juan García, director de "Nueva Alcarria", "la exaltación de un cursi y zarzuelero color local".

—Lo que queremos es dejar al descubierto el nervio tenso y seular de una raza, sin levantar pedestal ni abrir caja de resonancias para encubrir quizá ambiciones de diocesis caseros.

—¿Cuál es el deseo en esta postura alcarreñista?

—Simplemente, reivindicar lo nuestro. Es el imperativo y clamor angustiado de una tierra bella y noble.

Invito a todos, a los de dentro y a los de fuera, a visitar esta tierra y a dar una vuelta conmigo en esta mañana de julio, aún sin calor, mientras en los pueblos se encienden las hogueras de las cocinas para calentar las clásicas migas adornadas con chorizo y torrezno de la tierra, y ver el desfile del primer reñón conducido por anciano mayor camino de pastizales y vegas, collar que asfixia los lugares.

—Y a la hora de comer —habla José de Juan—, en cualquier ventorro del camino pueden, si lo desean, probar las ricas y jugosas alubias de Escariche, bañadas en aceite basto de nuestros molinos, cuya descripción borda el en aje de la prosa azoriniana. Después, magras de los cerdos de Molina o Cifuentes, criados en la santa tranquilidad campesina, alimentados con la col plantada en el huerto familiar. Si lo pedimos, aún nos darán patatas doradas y redondas de las vegas de Yunquera, regadas con el agua gorda del Henares. De final, nueces, miel —¿cómo no?— y tintillo de Illana, alabado en rancio castellano por el arcipreste pechugón.

Esto es todo de la tierra. Y a los que andamos por ella con toda libertad, por ser la casa propia, nos brinca el corazón de gozo, porque vemos el diario esfuerzo realizado desde Segovia hasta Priego y desde Meco, en tierras madrileñas, hasta la línea zaragozana, donde la jota se escucha tras la yunta y los zagales, en las trasnochadas, aprenden a tocar la guitarra y la vihuela. Podrían enseñarte ahora, así de recorrido, Cifuentes o Jaldraque, Pastrana o Molina. Sin embargo, estamos en Sacedón.

centro geográfico de la Alcarria corazón de superaciones.

Si todos los habitantes de Madrid se percataran de las bellezas del paisaje —y existen muchos que ya las han admirado—, no pasaría mucho tiempo sin que las carreteras que a él confluyen arrojaran vehículos y más vehículos en busca de un rincón que ha sacudido su pereza de siglos con vigor envidiable.

Cuando volvemos de nuestra visita a Entrepeñas-Buendía. Gil Peiró, lazarillo de excepción me introduce por sus callejas y por sus plazas. En Los Olmos, la clásica rueda de viejos teje al fresco y a la luz de su ilusión el bello cuento de una visita —la del Caudillo— que ya por siempre será historia viva del lugar. Y así nos enteramos que las obras más importantes efectuadas de cuatro años a esta parte han sido la instalación del teléfono, la reparación del grupo electroar, en el que se invirtieron más de 800.000 pesetas. Tiene Sacedón un cementerio nuevo, calles pavimentadas con riezo asfáltico, aceras recién estrenadas, colector para aguas pluviales y alcantarillado. Si prefieres todo en pesetas, pon alrededor del medio millón.

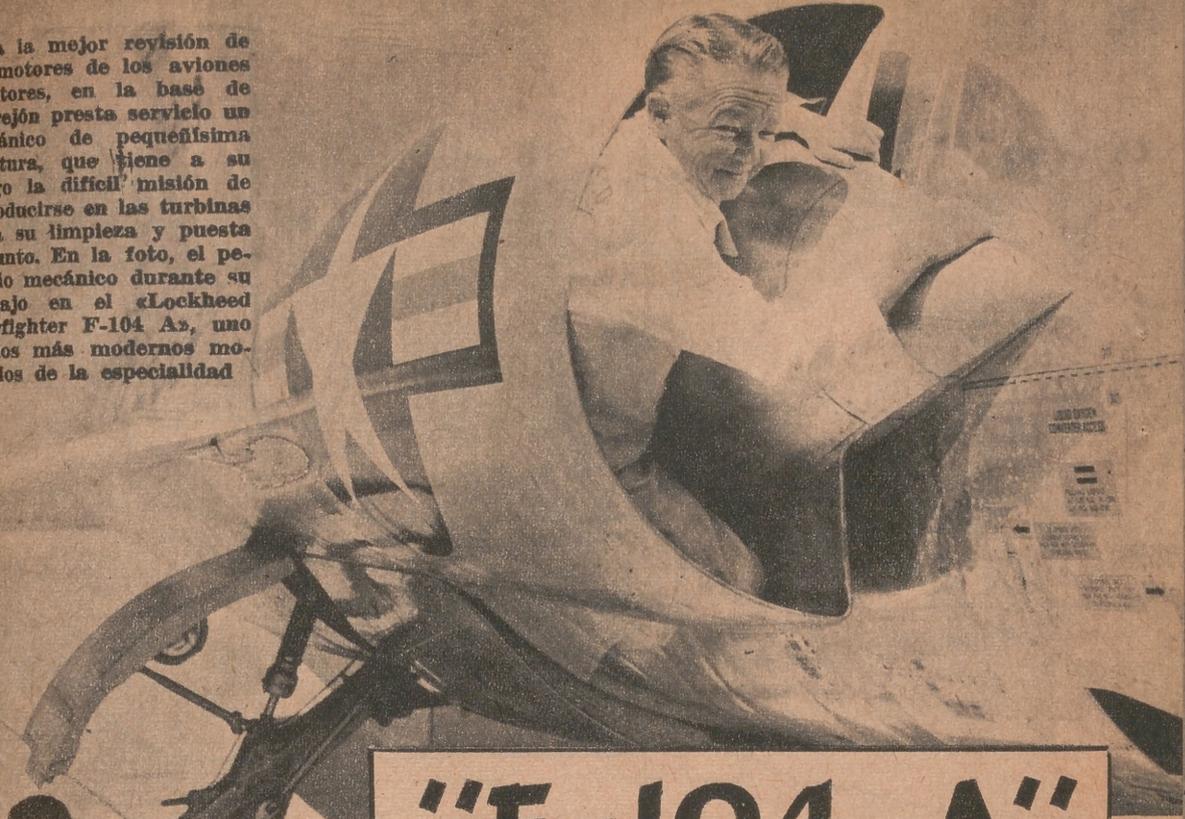
Sacedón tiene una gloria preciosa. En ella se ha colocado la estatua en mármol conocida por el nombre de "Mari Blanca", trasladada desde La Isabela, hundida por Buendía y que allí estuvo desde que la mandó erigir Fernando VII frente a su palacio.

Y mira, aquí justo es el límite. No sé exactamente si termina Guadalajara o si es el empuje de Cuenca. La fugaz visión de la Alcarria, vestida de fiesta, se nos va. Bien es verdad que, como la cogimos. Un poco a pespunte. Pero cuenta has podido darte de que merece la pena. A gusto subiría contigo hasta Pastrana, de regreso a Madrid, y veríamos sus calles en cuesta con la huella de la santa abulense, y la colegiata y esa colección de tapices orgullo de España. Puede que en Brihuega, la vega se te mellese tanto en los ojos que no quisieras salir de allí. O que te hicieras pescador en Cifuentes o monje en Lupiana. Te dije al principio que la Alcarria más que desconocimiento es contraste. Y eso que nada hemos dicho de Sigüenza, la mitrada ciudad. Con su catedral joven, hermosa, señora y un jardincillo con pozos de agua verdinegra donde si suerte tuvieses, hasta p. día pescar sirenas.

Esta es la visión rápida de la Alcarria, orgullosa y señora. Y por eso resalta, por lo que de importancia posterior encierra, la visita del Gobierno español presidido por el Jefe del Estado. Es el comienzo de una auténtica renovación. La sutura impalpable, pero exacta de dos tiempos Unidos por el puente mágico y maravilloso, cemento, agua y esperanza, símbolo entrañable y eterno de una común tarea y de una sabia distribución de la riqueza nacional.

José DE LA VEGA
(Enviado especial)

Para la mejor revisión de los motores de los aviones reactores, en la base de Torrejón presta servicio un mecánico de pequeñísima estatura, que tiene a su cargo la difícil misión de introducirse en las turbinas para su limpieza y puesta a punto. En la foto, el pequeño mecánico durante su trabajo en el «Lockheed Starfighter F-104 A», uno de los más modernos modelos de la especialidad



"F-104 A"

**SOBRE TORREJON DE ARDOZ A
2.300 KILOMETROS POR HORA**

**ALTURA Y VELOCIDAD, DOS
RECORDS PARA W. W. IRWIN**

DELANTE del edificio, ante la torre de control de vuelos, hay un parche de hierba sobre el cemento. La hierba amarillea bajo un sol de justicia, y un chorro de agua brota tímidamente sin apagar nunca la sed de ese pedazo de naturaleza incrustado en una obra de los hombres. —Riego por aspersión— dice alguien bromeando.

Pero nadie le hace caso: todos estamos pendientes de una sencilla ceremonia que se está celebrando cien metros más allá, junto a un estrecho y largo aparato. El capitán W. W. Irwin, del Mando de la Defensa Aérea de los U. S. A., entrega al teniente coronel Manuel Alonso Alonso, una maqueta del "F-104 A" y un llavero con la silueta del avión. Son las diez menos cinco minutos de la mañana del día 10 de Julio de 1958, y Manuel Alonso es el primer aviador español que vuela a bordo del "Lockheed Starfighter F-104 A", avión supersónico de caza y bombardero.

W. W. IRWIN, EL HOMBRE DEL RECORD

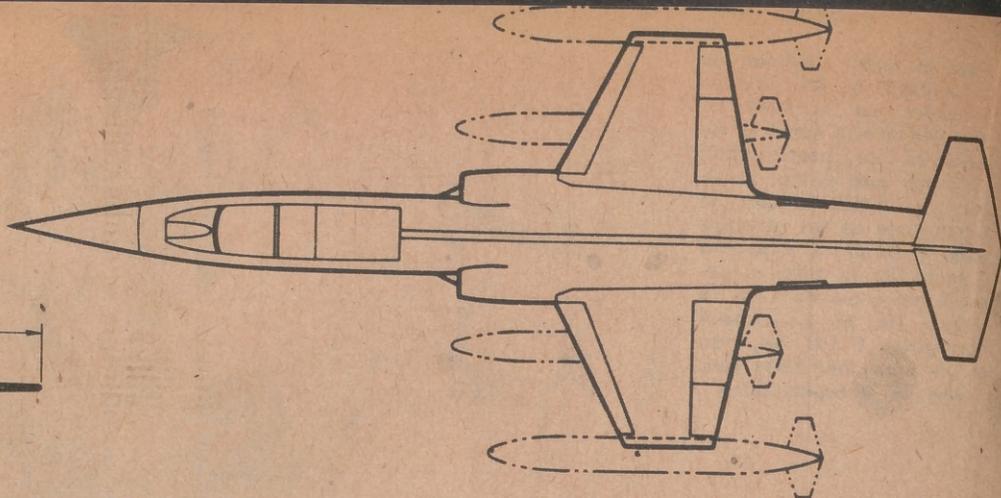
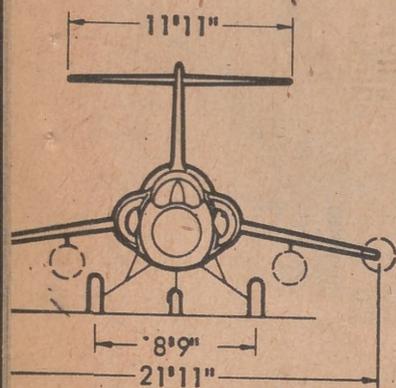
Los adelantos técnicos, que han dejado anticuados a los aviones de la segunda guerra mundial, han hecho lo mismo con el piloto de pruebas a la antigua. Su misión no consiste ya en llevar un avión a 15.000 metros de altura, lanzarse desde allí en picado vertical y observar si las alas se desprenden.

El piloto de pruebas de hoy en día debe ser un aviador de primera y, al mismo tiempo, un ingeniero competente, además de poseer una constitución física excepcional y unos nervios bien templados.

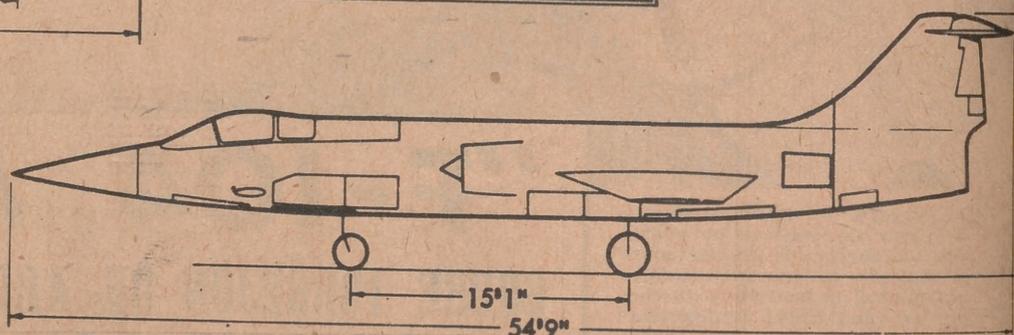
No demasiado alto, 1,75 de estatura, rubio (el pelo ya le escasea sobre la frente y la cor-



El general español De Frutos, del Ejército del Aire, acompañado del general norteamericano Donovan y el piloto del avión «Lockheed F-104 A»



LOCKHEED STARFIGHTER
U.S. AIR FORCE F-104A
DAY-AND-NIGHT FIGHTER



Planta, perfil y alzado del «F-104 A», apto para vuelo nocturno y diurno

nila), de ojos azules y voz repósada, el capitán W. W. Irwin responde a las características anteriores. Va vestido con un mono de vuelo de color verdoso y ha entregado su casco a uno de los mecánicos. Somos muchos a preguntar y él va respondiendo como puede.

—Sí, batí el record de velocidad el 16 de mayo pasado, en la base de Palmdale, en California.

El teniente coronel Jorge Schenkein, que va traduciendo preguntas y respuestas, añade por su cuenta y como información complementaria:

—Días antes había establecido un nuevo record de altura, subiéndolo con este mismo aparato hasta los 27.812 metros de altura.

Hay un momento de silencio. Cada uno debe estar calculando lo que serán esos veintisiete kilómetros, y cómo se verá la tierra desde arriba. Después, la curiosidad se desata en torno al hombre rubio, que sonríe y se deja fotografiar.

—Sí, el capitán Irwin es casado —dice el teniente coronel Schenkein.

—¿What?—pregunta Irwin.

Traducción. Una sonrisa más amplia y la respuesta. Nueva traducción.

—Y tiene tres hijos.

Yo creo que todos se alegran de que tenga tres hijos. Eso le acerca más a los mortales vulgares y corrientes, que empazamos a verle como un ser fantástico que vuela a mucha mayor

velocidad que la del sonido, 27,81 metros de altura.

Fuera del grupo suena una voz:

—¡Irwin!

Llama uno de los ayudantes del general Donovan.

—Yes, sir.

Irwin se disculpa y se aleja del general.

Son las diez y cuarto. Algunos aviones vuelan sobre la base norteamericana de Torrejón de Ardoz. El aluminio del «F-104 A» brilla bajo el sol, y los mecánicos se afanan a su alrededor.

Hoy es un gran día para la enorme y arriesgada familia de la aviación.

UN «JET» PARA TODO SERVICIO

El reactor evoluciona sobre el campo buscando la pista para tomar tierra. Cuando sus ruedas tocan el cemento, de la cola del aparato sale un relámpago blanco, que salta hacia atrás impulsado por la velocidad. Una décima de segundo más tarde se ha convertido en un paracaídas que frena la marcha del ingenio.

Estos paracaídas de resistencia aerodinámica tienen un capítulo en su historia, lo bastante elocuente como para dar una idea de lo que cada nuevo avance técnico supone en el campo de la aviación a chorro. La historia es ésta:

Hace unos años, se cuentan con los dedos de una mano y sobran dedos, el capitán Richard Harer recibió el encargo de pro-

bar estos paracaídas de freno, pero no en tierra y corriendo sobre la pista, sino a 6.000 metros de altura. Se pensaba que si se podía reducir bruscamente la velocidad en pleno vuelo, la maniobra podría tener algún valor en combate.

El avión de Harer estaba equipado con un disparador manual para que el piloto pudiera desprenderse del paracaídas después de la prueba. Si el disparador no funcionaba, podría descargar un pequeño explosivo para partir la cuerda del paracaídas. Y si ambos mecanismos fallaban, Harer tendría el recurso de lanzarse en picado y maniobrar hasta que el paracaídas fuera alcanzado por una de las llamaradas de su tubo de escape.

Bien; todo estaba previsto, todo menos lo que en realidad sucedió.

Harer se elevó a 6.000 metros y abrió el paracaídas. El avión empezó a dar tumbos violentos en el aire. Se supone que Harer hizo funcionar el disparador manual y luego el explosivo. Pero los dos fallaron, y unos minutos más tarde, iba lanzado en picado hacia el lecho seco de un lago, a una velocidad de unos 800 kilómetros por hora. El avión bajó dando bandazos y vueltas, sin que el mortífero paracaídas se pusiera nunca frente a la llamarada del tubo de escape.

Harer se estrelló, y su avión se convirtió en una enorme hoguera instantáneamente. Pero Harer no murió. Hora vive con unos pies artificiales y cobra semanal-



El avión supersónico americano, probado en la base de Torrejón, en el momento de emprender el vuelo

mente una pensión del Estado.

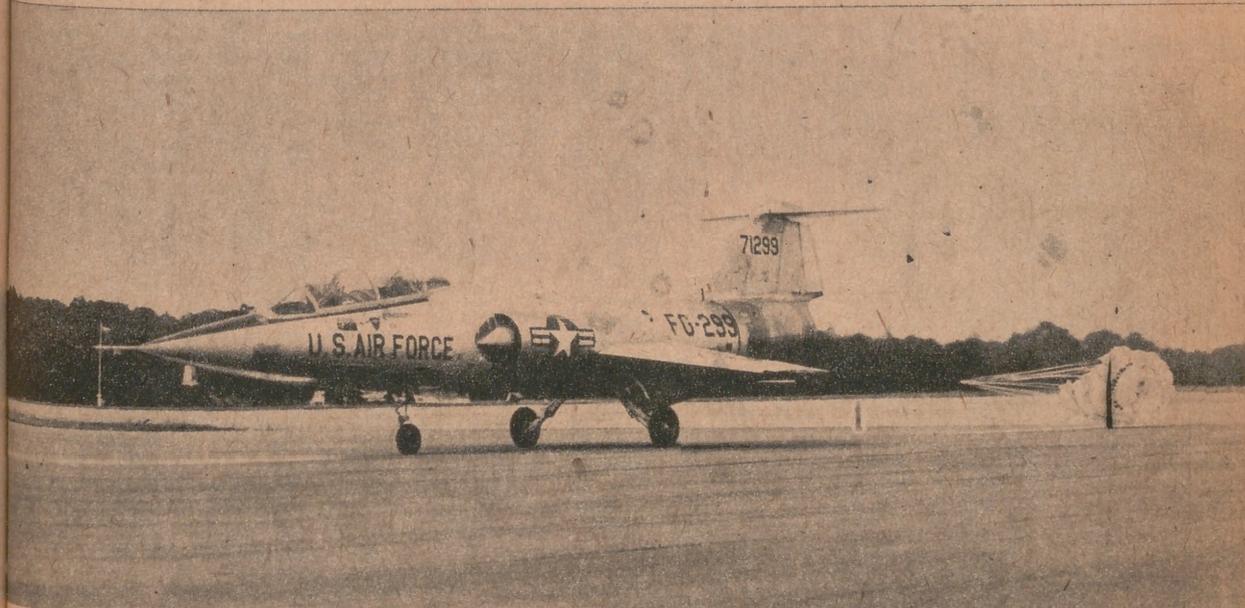
Yo recordaba la historia de Harer y el paracaídas mortal viendo cómo el "F-104 A" recobraba el suyo camino del estacionamiento. Después, la presencia del avión me hizo olvidarme de Harer y prestar más atención al "jet" que había delante de nosotros.

Es feo, endiabladamente feo, ¿para qué negarlo?, pero da tal

sensación de potencia, eficacia y velocidad, que uno se queda pasmado viéndolo. Sus alas son cortas, de bordes agudos como la hoja de un cuchillo. Lleva el morro y el tubo pitot pintados en dos tonos de verde, uno más oscuro que el otro, y el resto del fuselaje brilla a veces como plata bruñida. Sobre el aluminio lleva pintadas las señales distintivas propias y el ya tradicional

"U. S. Air Force". Junto a la carlinga van pintados en negro los siguientes nombres: "Pahundale, California, Azores, Germany-Swenden-Holand", y mañana o pasado, o quizá esta tarde misma, le añadan otro: "Torrejón de Ardoz, Spain".

El "jet" "F-104 A" está realizando un viaje de instrucción y orientación, a los jefes y oficiales del Mando Aereo Conjunto.



El «Lockheed Starfighter» en el momento del aterrizaje con el paracaídas de cola

para que estos conozcan "sobre el terreno" lo que ya conocían antes por referencias.

Este reactor supersónico va equipado con un motor de reacción de 6.804 kilos de empuje y puede alcanzar una velocidad superior a los 2.000 kilómetros por hora. Este que ha venido a España (en realidad son dos, el "FG-299" y el "FG-300", pilotados por los capitanes Smith e Irwin, respectivamente) es biplaza, pues está considerado como avión de entrenamiento. Los que emplea el mando de la Defensa Aérea de los U. S. A. son monoplasas y cargan proyectiles dirigidos. Pueden volar tanto de día como de noche y, en caso necesario, llevar una bomba atómica, aunque generalmente este tipo de avión se emplea para proteger a la Infantería de asalto.

EL PRIMER GENERAL ESPAÑOL Y EL PRIMER GENERAL NORTEAMERICANO QUE VUELAN EN UN "F-104 A" DESDE LA BASE DE TORREJÓN DE ARDOZ

El general Donovan, jefe de la XVI Fuerza Aérea, se ha quitado el uniforme y se ha puesto el traje de vuelo. Junto al "FG-300" le espera el general De Frutos Dieste, que recibe información del capitán Irwin a través del teniente coronel Alonso Alonso.

Los dos generales se saludan, y después le un corto cambio de impresiones, el general Donovan se dirige hacia el "FG-299", que pilota el capitán Smith.

Diez minutos después, los aviones ya no se ven. Sólo mantienen comunicación con tierra a través del hilo invisible de la radio. Los periodistas nos refugiamos en el edificio de vuelos, huyendo del sol y de la prohibición de fumar en las pistas. Cigarrillo y cuarto más tarde, los dos reactores están a la vista. Han volado hasta Arcos de Jalón, a 12.000 metros de altura. Desde allí, antes de picar hasta los 6.000 y regresar a Torrejón, los aviadores han contemplado las cumbres de los Pirineos.

Y ahora están aquí otra vez, surgiendo sobre la pista. Se abren las carlingas y el ceremonial se repite. Los generales De Frutos y Donovan reciben de manos de los capitanes Irwin y Smith las maquetas y los llaveros que recuerdan este día. Aquí no hay discursos eternos y grandilocuentes ni masas que rugen enfervorizadas. Sólo unos cuantos hombres, dos aviones y un par de apretones de manos. Eso es todo.

Y, sin embargo, un acto tan sencillo tiene su importancia. Por vez primera, un general norteamericano y un general español han pasado la barrera del sonido partiendo de la base de Torrejón de Ardoz, a bordo de dos nuevos aviones que por primera vez vienen a España. Y con ellos, el hombre que ha batido dos marcas mundiales, la de velocidad (2.259,8 kilómetros a la hora) y la de altura (27.812,7 metros sobre el nivel del mar).

Quizá convenga recordar aquí

lo que significan estas dos marcas conseguidas por el mismo hombre con un avión de serie.

EL "F-104 A", POR ENCIMA DEL "MACH 2"

Cuando se proyecta un avión, a la hora de llevarlo del papel a la realidad, se construye primero un prototipo, es decir, un avión distinto a los que más tarde se construirán en serie. Hay que dejar bien marcadas las diferencias: no es lo mismo hacer un servicio regular que batir un record, como no es lo mismo tampoco un coche "Mercedes" de competición que otro de la misma marca destinado a ser conducido por un ciudadano normal y corriente. El primero es mucho más caro y consume mas gasolina que el segundo; también tiene mayor potencia y alcanza mayor velocidad. En resumen, un gasto general mayor, que se compensa por la aplicación a los modelos corrientes de las enseñanzas y experiencias conseguidas en el prototipo.

Por lo tanto, a la hora de hablar de records es necesario distinguir entre los prototipos de ensayo y los productos de serie.

En el borde del importante desierto de Mojave, unos 150 kilómetros al nordeste de Los Angeles (California), se halla el centro de pruebas de Edwards, donde la fuerza aérea de los Estados Unidos ensaya toda aeroplano militar experimental. Cuatro organismos del Gobierno y veinte compañías constructoras de aviones desarrollan sus operaciones en Edwards.

La Bell Airwait Corporation, por ejemplo, prueba allí sus aviones cohete, tales como el "X-1", con el cual en 1947 se logró romper la barrera del sonido por primera vez. El "X-2" se está aproximando a la barrera térmica, que espera alcanzar a más de 3.200 kilómetros por hora. En el mes de agosto de 1956 se anunció que un "Bell X-2" había llegado ya a los 3.900 kilómetros por hora.

Naturalmente, se trataba de un prototipo, de un avión experimental, no de un avión de serie, como es el "F-104 A". Este ha rebasado ya los dos mil kilómetros por hora, y no sería descabellado pensar que un prototipo de la misma marca alcanzase los 3.000. Pero, es preciso repetirlo, los aviones que han estado en Madrid son de serie y además de entrenamiento. Y el "F-104 A" se ha puesto por encima del "mach 2". (La medida "mach" equivale a la de la velocidad del sonido, es decir, a la que lleva un avión cuando recorre 340 metros en un segundo.) Y así ha nacido ese record de 2.259,8 kilómetros por hora.

EL FANTASTICO "PELIGRO B"

Lo que los técnicos llaman "peligro A" queda atrás cuando el aviador alcanza la velocidad del sonido y bordea las 700 millas por hora. Ese peligro se supera cada vez que un avión a chorro se lanza en picado, y esto es ya cosa corriente.

La barrera térmica aparece por encima de los 3.000 kilómetros por hora y aún está en estudio. Las altas velocidades te permiten alegrías cuando estás en juego la vida de un hombre.

Y luego, el día 11 de abril de 1945, apareció el tercer peligro, tan fantástico que resulta increíble. Se dice que en ese día el doctor Sant y el capitán Mayo sobrepasaron las 1.000 millas por hora en el avión de propulsión a chorro "F. S. 2". Lo que él manifestó haber descubierto está en íntima relación con las teorías de Berliner, matemático alemán muerto en el año 1910. En 1912, Wasserman revisó uno de los libros del matemático: sólo el título ya hace estremecer: "Las células vivientes y su relación con el tiempo; con una observación sobre el tiempo en cuanto el tiempo está unido con la velocidad y con el espacio".

Berliner sostiene que el tiempo adelanta al hombre, no que el hombre sea barrido por el transcurso del tiempo. Es decir, que moviéndose a suficiente velocidad se puede adelantar al tiempo. Y la mayor velocidad únicamente la puede conseguir el hombre volando. Sant afirmaba que en aquella mañana de abril de 1945, Mayo y él habían rejuvenecido en diez años durante algunos minutos.

A este hecho (si es que en realidad fué un hecho) Sant le llama "el peligro B".

¿Fantasía? ¿Realidad? Queda a juicio del lector.

A 27.812,7 METROS DE ALTURA

El "F-104 A" ha batido otro record: el de altura. El anterior estaba en posesión de un "X-1 A", que en el día 26 de agosto de 1954 alcanzó los 27.450 metros de elevación. Este aparato iba pilotado por el mayor Arthur Murray, casado y padre de cuatro hijos.

Un "B-29" modificado llevaba al "X-1 A" alojado en el compartimento de las bombas. Subió hasta los 10.000 metros, y desde allí, el pequeño "X-1 A" se elevó en línea casi vertical hasta alcanzar la altura antes indicada.

A los 18.000 metros se formaba detrás del aparato una estela blanca. El avión sube como una bala... "Mach 1"... "Mach 1,5"... "Mach 2"... Aquí se detiene. Los controles son sacudidos. A los 24.000 metros se ha terminado el combustible. El avión "cae" hacia arriba...

Lo mismo le ha sucedido al capitán William W. Irwin, encerrado en su "F-104 A". La diferencia mayor, aparte de los detalles puramente técnicos, estriba en que ha superado la marca de Murray en 462 metros, y la del coronel Marion Carl en 1.497.

Un nuevo record. Ahí queda una marca, un paso más en el camino del hombre hacia las estrellas.

Fantasía: "el peligro B" y los viajes siderales. Realidad: dos "F-104 A" en Torrejón de Ardoz, España.

G. CRESPI



EL CERCO

NOVELA

Por Carlos PRIETO HERNANDEZ

NI una sola montaña en muchos kilómetros a la redonda. El mar está muy lejos. El pueblo se levanta en uno de los bordes de la meseta de Castilla. Se llama... Poco importa. Quizá no sea justo escribir aquí el nombre. Los nombres de los pueblos no merecen parabienes ni censuras. Los hombres que viven en ellos son los únicos sujetos de justicia.

No llegan a la docena los árboles que crecen en todo el término municipal. El cementerio está muy cerca de las últimas viviendas levantadas junto a la carretera que lleva a la ciudad. Casi todas las casas son de un piso. Sólo unas cuantas pregonan con un segundo a cuestras la prepotencia de sus dueños.

* * *

Jani a los nueve años era un habitante más revoltoso, enredador, audaz, pícaro. Todo un poco desbordado para su poca edad. Pero Jani era así por temperamento. Sus padres se preocuparon siempre de su educación. Hicieron con él el primer sacrificio grande cuando tomó la primera comunión. El traje blanco que lució Jani el 14 de mayo de 1942 no tenía que envidiar al que llevaban el hijo del notario o el del dueño del comercio grande de la plaza.

Nunca faltó a la escuela ni a la catequesis. Qui-so ser monaguillo porque en las bodas a los acólitos les daban buenos platos de almendras gara-

piñadas. Y lo consiguió. Le apreciaba el maestro, y el cura llegó a interesarse por él. El párroco era un santo. Creyó que de aquel muchacho despejado podría hacerse algo bueno.

El 25 de septiembre de 1944 entraba por la puerta grande del Seminario. Aquella noche Jani no pegó los ojos. Continuaba en mitad de las sombras recordándose ante el espejo. La sotanilla que su madre hizo de una ya vieja de don Antonio le caía muy bien. El rojo fajín cercando su cintura le hacía aparecer, junto con la esclavina bordeada de un cordoncillo también rojo, como un obispo de juguete. Recordaba también las docenas de vueltas que dió al bonete en su cabeza hasta dejarlo quieto, un poco ladeado a la derecha. Su cara no parecía tan niña asomándose por encima del alzacuello almidonado y blanco.

* * *

Diez años más tarde, cuando iba a cumplir los veinte, Jani abandonó los estudios. El disgusto que proporcionó a sus padres desbordó en volumen al de todos los sacrificios que habían hecho por él. Aquel de su primera comunión después resultó, entre cientos, el menos importante.

Juan Andrés lo pensó fríamente antes de decidirse. Había llegado, sin darse cuenta exacta del avance, ante las puertas de la primera ordenación. Siempre fué el benjamín de su curso. Nunca se dió cuenta de que era necesario pensar a dónde se lanzaba. En los ejercicios espirituales de aquel año se planteó el problema.

Al final sentía miedo de aceptar la solución. Dedicadamente no tenía vocación. Pensó al principio que ya era tarde para retroceder. Sería cura aunque éste no fuese su camino.

Algo notaron sus amigos. Ya no era Juan Andrés el revoltoso, el inquieto de siempre. No jugaba al fútbol ni a la pelota durante los recreos. Ya no saltaba por encima de las mesas cuando entraba en las clases. Huía de los demás. Y lo que más extrañaba a todos: desaprovechaba las ocasiones de hacerles reír como antes.

A Juan Andrés le herían las miradas curiosas de sus compañeros. «Cobarde». De fijo no sabía a quién le había oído aquel insulto. Pero estaba convencido de que lo oyó. Y de que se lo habían dirigido a él. Una noche lloró. Como seis años antes al enterarse de que a Enrique le habían dado en latín un punto más que a él.

Al día siguiente se despidió de todos. Ni uno solo dejó de abrazarle. Muchos dijeron que era preciso ser valiente para irse así, de pronto, a aquellas alturas.

* * *

La noticia cayó en el pueblo como una bomba.

—Veremos a ver lo que hace ahora—decían unos.

—Lo que debía hacer su madre era llevarlo a trabajar con él—opinaban otros.

Sus padres no le dirigían la palabra. Los comentarios que corrían por el pueblo le dolían tanto como la desertión de su hijo. El padre sólo recibía los pesamos—casi ninguno sentido—cuando iba o volvía del trabajo. El seguía ocupado en ganar, el pan para todos. Para su mujer y para la hija que vivía con ellos. Ahora también para Jani.

La empresa no era fácil. No bastaban ocho horas. Y trabajaba doce. La madre cosía por las tardes en la solana. Las vecinas que lo hacían con ella se pasaban horas y horas hablando del muchacho. Por los oídos de la buena mujer entraban como puñaladas que se clavaban en la carne aquellos comentarios. Hablaban de su hijo. Y le dolía como si todavía lo llevase en las entrañas. Callaba porque sufría. Y porque, a fin de cuentas, ella había soñado con ser algún día madre de un sacerdote.

Una noche la hermana llegó a casa corriendo con la última novedad a flor de labios. En la sala de labor del colegio las chicas decían que a Jani lo había trastornado Luisita Rodríguez.

* * *

El muchacho no había contado con este cerco que ahora se alzaba ante él. Se veía obligado a cerrar los puños con frecuencia. Tenía que morderse los labios demasiado a menudo. Aquella atmósfera que llenaba su casa le dificultaba la respiración.

Pero sólo allí inclinaba la cabeza. Por la calle andaba erguido, recto, como retando las miradas de los que murmuraban a su espalda. A él se le antojaba absurda esta actitud de los que antes se dedicaban en elogios. Una tarde la madre de Emiliano, el estudiante de Medicina que necesitaba junios y septiembres para aprobar los cursos, le preguntó si pensaba seguir otra carrera. Cuando le contestó que sí sorprendió en el rostro de doña Tomasa un gesto de disgusto. Entonces comprendió todo de pronto.

Era la minoría de los adinerados los que llevaban la voz cantante en el concierto. Los demás lanzaban pestes contra él porque habían oído las opiniones de éstos y sin analizarlas les daban la razón.

Juan Andrés comprendía ahora toda la gestación de aquella oposición alzada absurdamente. Si hubiera sido cura todo hubiera marchado sobre ruedas. A eso tenían derecho los pobres. Esa carrera—él siempre pensó que era algo más—podía estudiarla cualquier desarrapado. Al darse cuenta ahora de que iba a poner los codos sobre otra clase de libros, surgían los malestares. Aquella manifestación verbal, a veces agresiva, era sólo una forma de manifestar lo que pensaban. Jani no tenía derecho a elegir otra carrera. Era el hijo de un pobre. Intentarlo suponía disparar contra el blanco de un orgullo que les iba matando lentamente. Suponían excesiva la decisión del chico. Sería igual que sus hijos, quizá más. Porque Dios—eso lo sabían todos—le dió para el estudio facultades con largueza.

* * *

Jani se rebelaba contra estos pensamientos. Pero estaba convencido de que ellos eran en cabezas ajenas, la causa de tanta hostilidad. Admitía que en el fondo aletease un algo de piedad para sus padres. Pero sólo una parte pequesísima. El «quid»

para él estaba en el disgusto que causaba su intento de saltarse a la torera la división de clases.

—Todavía hay clases—decía con frecuencia don Teodoro, un rico nuevo que no pisó la escuela y había adquirido el don enseñando billetes de los grandes. Si Jani se salía con la suya iba a dejar la frase sin vigencia. Esto era lo que sacaba de quicio a los que criticaban. Y lo que a Juan Andrés ponía furioso.

Más tarde se daría cuenta de que ahora lo que sintió fué desprecio, a lo sumo asco. Jani reconocía que el pecado capital que le dominaba era la soberbia. Quizá por eso sufría intensamente cuando veía cometer una injusticia. Y ahora la estaban cometiendo con él. Nadie había comprendido el sacrificio de su abandono. Ninguno se había dado cuenta de que su actitud llevaba implícito un corte heroico de la vida. A él le hubiera sido más fácil seguir adelante. A la vuelta de poco más de un año se hubiera encontrado con el porvenir resuelto, con el título de licenciado en el bolsillo y un camino para ir tirando hacia adelante. Podría haber realizado oposiciones a canónigo, a capellán del Ejército, a profesor del Seminario... Pero él lo que no quiso fué el tener que ir tirando. No le agradaba un futuro donde una tormenta de insatisfacciones le llegase cada tarde hasta hacer de él un carácter inaguantable, irascible, inconformista.

Ahora tenía que empezar de nuevo. Había troncado voluntariamente su vida por la mitad. Todo el andamio levantado con paciencia, día a día, durante diez años, se venía abajo estrepitosamente. Era un viraje en redondo, brusco, peligrosísimo, el que acababa de dar conscientemente. Con un sentido de la responsabilidad que le extrañaba a él mismo. Pero ninguno veía aquello.

¿Y lo de Luisita? Era absurdo que pensasen aquello. Además no era cierto. En su opinión ninguna mujer merecía que un hombre abandonase por ella el camino emprendido. El no lo hubiera hecho por ese motivo. Claro que en muchos casos parecidos al suyo fué ésta la única razón. Era una actitud de cobardes, una decisión de espíritus que no tenían la fuerza de alzarse por encima de su virilidad. A todos los que lo hacían por eso Juan Andrés les negaba su hombría por demostrarla demasiado. Mejor, por enseñar algo que se le parecía, por airear una virtud humana que les faltaba en la entraña de los huesos. El suyo fué un acto heroico.

—Un problema de conciencia no puede compararse con un problema de faldas.

A Jani le hizo retroceder el formar conciencia de su responsabilidad en una empresa sobrehumana para la que se sentía sin fuerzas. Responsabilidad e indignidad. Aquí estaba la clave del problema. Esas fueron las únicas palabras que le lanzaron a la calle. El motivo tenía ya en su arranque un profundo sentido de heroísmo. Había habido humildad en aquella actitud del muchacho. Humildad a pesar de que Jani estaba convencido de que la soberbia le dominaba demasiado. Pero entonces creyó no merecer que un día, y para siempre, su ser entero recibiera como una marca que no podría borrarse, el carácter sacerdotal. Después no habría remedio. Aun en el mismo infierno él seguiría siendo sacerdote. Ni Dios podría ya hacer que no lo fuera. Hasta sintió escalofríos el muchacho cuando pensó estas cosas.

Gritó en su habitación como queriendo que el pueblo entero le oyese.

—Era indigno de aspirar a esa grandeza. Por muchas cosas, sí. Pero no porque me haya enamorado de Luisita.

Eran amigos, incluso la quería. Pero el amor tiene cien colores diferentes, son muchas las maneras de aplicarlo. Juan Andrés podía jurar que era posible la más pura amistad entre una chica y un joven.

* * *

Decidió poner cuanto antes manos a la obra. Faltaban cuatro meses para junio. Se examinaría entonces de reválida. En septiembre haría el preuniversitario. Más adelante vería si estaba preparado para llevar a cabo un plan en toda la amplitud. Si aprobaba necesitaba una beca para continuar los estudios. Intentaría ganarla cuando saliesen a oposición. Después...

Cuando llegaba aquí el muchacho se dedicaba a soñar. Le gustaría hacer Filosofía y Letras. Los estudios que tenía le ayudarían bastante. Otras veces se decía que lo mejor era estudiar Derecho. Su amor a la justicia le obligaba a pensar de esa ma-

nera. Había otra actividad, otra carrera, en la que él veía una continuación de su fracasada vocación. En aquel campo podría hacer mucho bien. También allí encontraría sobradas ocasiones de combatir las injusticias y de defender la verdad.

Juan Andrés empleaba la sinceridad ante sí mismo. Sabía que no era recta su intención. Le animaba a luchar, a perseguir el triunfo, un profundo deseo de revancha. Haría lo imposible porque aquellos estúpidos tuvieran que envidiarle. Si fracasaba se retiraría de él. Imaginaba la alegría que iban a sentir cuando supiesen que lo habían suspendido, que no tenía dinero para ir a la Universidad o que se conformaba con meterse en una oficina o hacer el Magisterio.

Lo último era grande, una carrera noble y bien retribuida. Pero aquellos imbéciles tenían la opinión de que era otra salida para pobres.

El padre trabajaba doce horas. Jani tomó ejemplo. Adquirido ya el hábito de estudio, dedicaba a fuerza de las veinticuatro horas que tiene el día a estar sobre los libros. Estudiaba con toda el alma puesta en su trabajo, con los cinco sentidos bien despiertos. Y cuando no estudiaba le daba vueltas mentalmente a lo que había leído.

Íba perdiendo kilos a medida que pasaban las semanas. Pero el ansia del triunfo podía con el sueño y los desfallecimientos. Su madre no pudo aguantar más. El sacrificio del muchacho le rompía el corazón.

—Vete a la cama, hijo, que son las tres y media.

* * *

30 de septiembre de 1953. Tenía Jani recién estrenados los veintinueve cuando cogió aquella mañana el tren de las ocho en la estación del Norte. Después de pagar el billete aún le sobraba un duro. Desde allí mismo envió un telegrama a sus padres. Le había salido todo a medida de su deseo. Veinticuatro horas más tarde ya estaría de vuelta en el pueblo.

Allí estaban sus padres a esperarle. Le abrazaron haciendo un gran esfuerzo por sujetar las lágrimas. El muchacho venía con las ojeras llenándole la cara, pálido, amenazadoramente delgado. Había perdido ocho kilos de peso desde el día que decidió estudiar en serio.

Lo pasado ya no le importaba. En todo el día anterior había probado bocado. Vendió por cuatro duros la pluma estilográfica para pagar el coche que le trajo a su casa desde la última estación. Podía haberle pedido las veinte pesetas a cualquiera. Nadie se las hubiera negado. Había en el garaje, como todos los días, muchos paisanos suyos. Pero Jani no quiso. Así no tendría que agradecer ni un solo favor.

Venía de Madrid, donde ocho días antes llegó por vez primera con 500 pesetas en el bolso y un traje azul prestado por su mejor amigo. Jani no tenía ropa decente para presentarse en aquellos sitios. Se lo dijo José a su madre. Y la señora Emilia llegó a casa de Jani con el traje más nuevo de su hijo envuelto en una sábana. Y Jani entonces se le saltaron las lágrimas. Le daba vergüenza, por un lado. Pero también notaba que apreciaba aún más a José y a su madre.

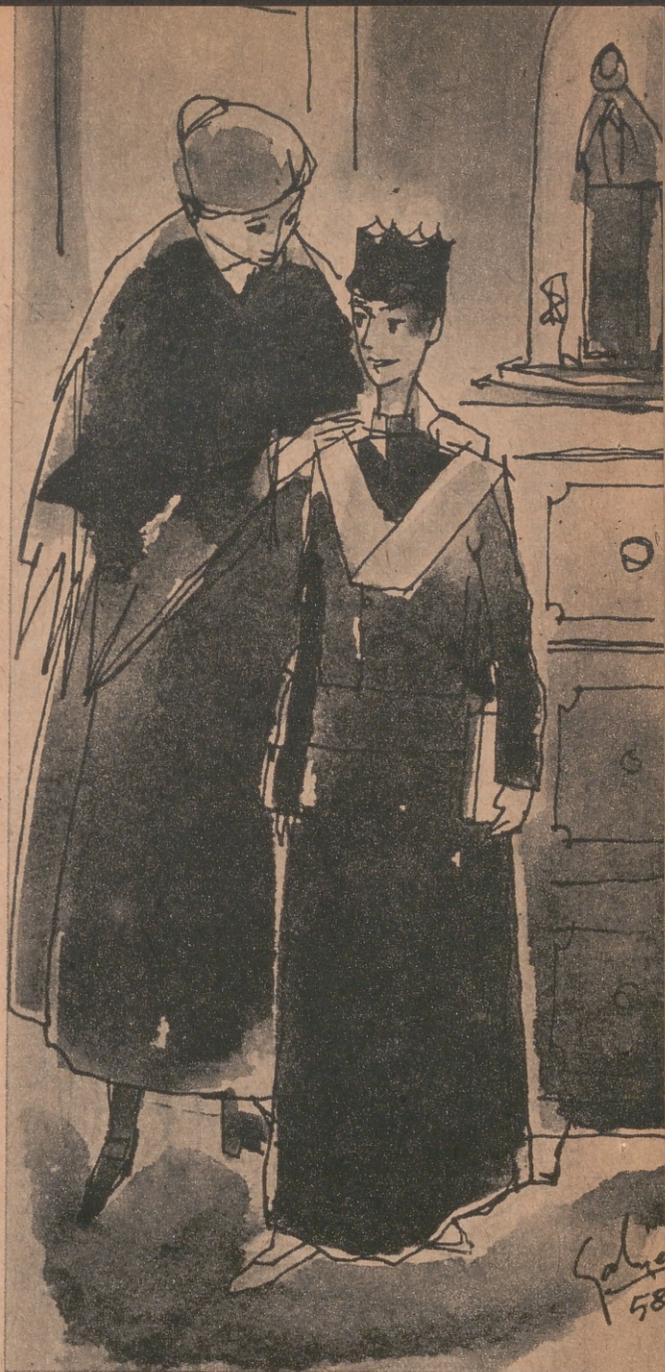
Pero poco importaba todo aquello. Lo importante era su triunfo. En junio aprobó la reválida. Ahora había dado el primer paso para conseguir su tercer sueño. Tenía ya andado un pequeño trecho del último camino. Se había ventilado entre muchos, en un examen, el derecho a una beca. Y se la habían dado. Pocos días antes, en la papeleta de examen de preuniversitario, el viejo secretario del Tribunal había escrito su «apto».

A Juan Andrés le parecía un sueño. Le costaba trabajo creerlo. Pero allí, en su cartera, estaban los papeles que lo certificaban. Ya sólo le quedaba cumplir sus promesas. Hasta el 1 de enero rezaría el rosario cada día y no volvería al cine.

Pero su triunfo envenenó la sangre a demasiados. Ni uno solo dejó de felicitarle cuando lo encontraron por la calle. Algunos tuvieron la osadía de llegarle a su casa a darle la enhorabuena.

Al muchacho se le revolían las tripas. Sentía ganas de vomitar. No podía remediarlo. De sobra conocía sus últimas intenciones. Eran unos hipócritas, unos perfectos actores de teatro. Se les notaba claramente en la sonrisa, que enseñaban en los labios casi como una mueca dolorosa.

La muralla volvía a alzarse más fuerte entre las sombras. Se consolaban pensando en un futuro tropiezo. Conocían a Jani. Era un soberbio y tenía



que chocar forzosamente. Ya se enfrentaría el alocado cuando el contrario pudiese «hacerle migas».

La envidia volvió a morder en la carne y la fama de Jani. Doña Tomasa lo había dicho:

—Lo aprobaron porque se agarró a las faldas de los curas. Por recomendaciones... Tenía engañados a los infelices padres y ahora le echaron una mano. Si no, ¡de qué...! A mí chico lo suspendieron dos veces en reválida y no tiene nada de tonto.

Se lo contó Luisita. Juan Andrés rió de buena gana. La enhorabuena de su amiga fué la única que recibió el muchacho con patente de sinceridad.

* * *

Madrid se presentaba a los ojos del joven estudiante como una floración fantástica de cosas presentidas. Procuraba siempre que podía ir recorriendo calles paso a paso, aprendiendo sus nombres. Poseía un sentido natural de la orientación. Adrede se metía en el dedalo de calles que se multiplicaban geoméricamente por los barrios más típicos. Cuando al final desembocaba en una calle céntrica siempre sentía la satisfacción de no haberse perdido.

Con frecuencia recordaba las últimas recomendaciones de su madre. Le gustaba hacerlo mientras iba paseando con despreocupación. La buena mujer le repitió cien veces que tuviese cuidado con los coches, que llevase el dinero bien guardado y que

fuese muy bueno. Casi le divertía recordar sus cotisejos. No conocía ella la perfecta regulación del tráfico que hacía casi imposible un atropello ni acertaba a comprender que a nadie que fuese soldado o llevase unos libros bajo el brazo intentaban quitarle la cartera. La ciudad no era tan peligrosamente tentadora como su madre la pintó. Brujuleaban las mujeres de vida nada limpia. Pero él iba a lo suyo. No le importaban aquellas tentaciones de carne por la acera. Le repugnaba aquella provocación al instinto. Hubiera sido igual de todos modos. El no tenía dinero para pagar aquellas cantidades que decían los amigos. Con 500 pesetas él tenía suficiente para vivir medio mes. El peligro de tantas tentaciones era muy relativo. Para Juan Andrés, completamente nulo. Estaba convencido de que podía ser bueno en cualquier sitio. Siempre había defendido la idea de que el hombre podía portarse como un perfecto caballero en los ambientes más dispares. Era cosa de formación. Bastaba tener una conciencia medianamente recta.

Ahora respiraba. Oía quejarse a muchos de la vida agitada que era forzoso llevar. A veces él también se sentía cansado, casi agotado físicamente. Tenía que desplazarse de unos sitios a otros con el tiempo contado.

Pero aquí era feliz. Nadie se preocupaba de los otros. No había lugar a realizar el acto heroico de hermanarse con la alegría del prójimo. Pero también faltaba la ocasión de frotarse las manos conociendo las desgracias ajenas. Aplastaba el anonimato entre miles y miles de personas que se ignoraban mutuamente. Cuando pasaba por la Gran Vía aquella muchedumbre de gentes le parecía como una lluvia de hombres que hubiera caído a las doce de la mañana. Pero en seguida descendía con los ojos a la hondura. No eran gotas de carne. Tenían todos un alma. A cientos les lanzaría la prisa a arreglar su problema. Otros llevarían metido bien dentro el dolor de saber a un familiar enfermo. Todos no paseaban. Encontraba «botones» que corrían ganándose su pan, empleados de Banco que pateaban el asfalto para cumplir con su deber. Posiblemente muchos de aquellos hombres que lucían en el cuello una pajarita limpiísima y una camisa immaculada bajo un traje impecable no estaban perdiendo el tiempo. No estarían matando su aburrimiento tanta gente como llenaba las cafeterías. Alguno habría que estuviera esperando a otro señor para ventilar un negocio importantísimo. También en Madrid se trabajaba. Lo había visto él. Lo que ocurría era que en la capital amanecía dos veces. Los metros se llenaban a las ocho y mucho antes de los que trabajaban muy temprano. Después se llenarían las calles de los que iban de prisa a la oficina a ocupar su sitio detrás de un mostrador. Cada uno ganaba su pan como podía. Sólo aquel desconocimiento general desconcertaba a Juan Andrés. Nadie se decía adiós. Era difícil encontrarse con alguien conocido. A veces el cemento, la altura de los grandes edificios y el ruido de los coches aplastaba como la losa de una sepultura.

A pesar de esto, Madrid, comparado con su pueblo, le parecía el paraíso. No se palpaba aquí la envidia, aunque él no se atrevería a jurar que no la hubiera.

Sufrió demasiado aquella primavera para olvidar aquel infierno ardiendo en uno de los bordes de la meseta de Castilla. Aquí era feliz. En poco más de un mes había llegado a olvidarse de los rostros de todos los que le apuñalaron por la espalda. Alguna rasgadura llevaba infeccionada en el espíritu. De cuando en cuando, aun no queriéndolo, por su cerebro destilaban los comentarios de entonces. El muchacho luchaba por no recordarlos.

Pero la gente se empeñaba en ver a Jani desde lejos, en seguirle los pasos a la espera de volver a poner las lenguas en batalla.

Alguien recién llegado de un viaje familiar había asegurado que Jani llevaba una vida de golfo, que medio Madrid lo conocía ya.

—No me extraña. Porque es un descarado—dijo doña Tomasa.

—Ya lo dije yo—repitió en la sacristía la presidenta de la Cofradía del Carmen.

—Lo había profetizado, ¿no?—repitió a sus clientes con aire de triunfo don Luis en el comercio.

Se lo contó por carta el amigo que le dejó su traje para venirse a examinar. Juan Andrés se rió de buena gana. Cuando terminó de leer soltó una cargada redonda y grande como el anillo de una plaza de toros.

—Son unos cretinos. Menudo sinvergüenza fué al pueblo con el cuento.

Juan Andrés sabía que había hecho mal uso de su nombre para alejar de su persona los comentarios de la gente con motivo de su viaje «familiar».

• • •

Sólo llevaba ocho días en casa y ya se decía Juan Andrés que no debió venir. Presagiaba iba a ocurrir algo desagradable. Lo sorprendió en las miradas que le dirigían cuando paseaba con Josefina por la plaza.

Josefina era la hija mayor del señor Francisco, el ricachón del pueblo. Una muchacha agraciada y simpática. Sólo tenía un defecto: el dinero de su padre—las gentes aseguraban que sumaba millones—se le había subido un poco a la cabeza. Es una forma ya hecha de decirlo. Porque lo cierto es que se le había bajado hasta los pies. Lo demostraba en la manera de andar.

Juan Andrés, sin darse apenas cuenta, había llegado a enamorarse de la chica. Primero fué una mirada inconfesable, de la que tuvo la honradez de arrepentirse.

El salto le fué fácil. Un día se dió cuenta de que realmente la quería. Y de que iba a estrellarse contra algo. El se empeñaba tenazmente en no concretar el parapeto. Pero pronto vería que el cerco invisible de la última primavera se presentaba ahora como un cerco real, palpable con los ojos, que le cortaría la galopada del corazón.

La tormenta estalló el día de Nochevieja. Cuando se despedía la última noche del año y apuntaba la primera mañana de 1955. Aquella noche no dormía nadie en el pueblo. Los mayores estaban en el baile. Los chicos, en la cama, pensando, sin dormirse, en el aguinaldo de aquel 1 de enero.

Había bailado cuatro piezas seguidas con Josefina. En el salón hacía un sofoco que secaba la garganta. El aliento de más de mil personas—los casados observaban desde las gradas y los lados—creaba una atmósfera irrespirable. Juan Andrés invitó a su pareja a tomar un refresco. Aceptó Josefina y abandonaron el salón.

Entonces el primer relámpago electrizó la fila de butacas donde asentaban su humanidad redonda las más respetables señoras de la localidad. Lo originó doña Tomasa con un guiño significativo y un codazo sacudido junto al riñón de la esposa del boticario. La salida de Jani y Josefina desencadenó los trallazos de veinte lenguas femeninas que llegaron en misión de criticar las telas que vestían las muchachas.

El día 1 de enero Juan Andrés lloró por tercera vez. Como dos años antes, cuando recibió un insulto a su ecabardía. Como hacía ocho años, el día que se enteró que a Enrique le habían dado en latín un punto más que a él.

El genio se le escapaba por los ojos en forma de lágrimas. Por la nariz, es un hilillo de sangre intensamente roja. No le bastaba al coraje un solo cauce.

Josefina se lo dijo por fin después de que el muchacho insistió fuertemente. Le daba pena a la pobre chica hacer aquella revelación. Conocía a Jani. Sabía que iba a llevarse un berrinche gordísimo. Y también tenía miedo. Estaba segura de que el muchacho reaccionaría así. Era muy fácil pasar del amor al odio. Y ella ya empezaba a interesarse por Jani. Pero él debía saberlo. La culpa no era suya.

—Me han prohibido mis padres que salga contigo. Esta mañana, al salir de misa, han estado unas cuantas señoras hablando con mi madre.

Tendido en la cama boca arriba, a oscuras, el muchacho casi palpaba con los ojos hinchados el fuerte que se alzaba para contarle el paso a Josefina.

—Canallas.

Lanzó el insulto como un griposo una bocanada de microbios al contagio. Como una puñalada de tos cortante, seca. Como una maldición que no sabía.

—No se atrevieron a gritar públicamente que no tenía derecho a ser un hombre, a pisar una Universidad. Pero ahora no sienten reparos en negar mi derecho al amor.

Se imaginaba lo que diría la minoría de la voz cantante. (Era demasiado. ¡Pretender a Josefina! Había tenido la osadía de ascender socialmente quemándose los ojos sobre los libros y no se conformaba. Ahora intentaba alzarse también en la categoría económica casándose con una millonaria. Absurdo.

mi querida amiga.) A veces era la propia vez de doña Tomasa la que oía.

Le despreciaban los padres de la chica. (Era muy poco para ella. Esperaban que llegase un príncipe azul al volante de un coche lujosísimo. Lo de Jani deshonraba la familia. ¿Estás de acuerdo, Francisco?) Y escuchaba la voz de la señora Carmen, la mamá de la niña.

Se lo dijo Luisita. Ella misma lo oyó de boca de doña Enriqueta, la maestra.

—Pretende a Josefina porque es un buen partido. El chico no es tonto. Un egoísta más...

Así lo había dicho delante de todas las vecinas. Las otras le dieron la razón. Estaban de acuerdo con ella, Luisita, no. Pero no se atrevió a decirlo allí. Se hubieran metido con ella. Le hubieran dicho que Jani no se preocupaba de ella porque su padre no era más que un funcionario. Pero Luisita sabía que todo era mentira.

Un trallazo en mitad de la espalda le hubiera producido mucho menos dolor.

—Sólo faltaba esto. Yo no soy un egoísta.

Y temiendo que con haber dicho «yo» les daba la razón repitió, mordiendo las palabras desesperadamente:

—No. No soy un egoísta.

Y no lo era ciertamente. Doña Enriqueta le había calumniado injustamente. Quería a Josefina—lo podía jurar—, a pesar de ser hija de su padre.

Había llegado la ocasión esperada con ansia. Los envidiosos podían frotarle las manos, Juan Andrés no iba a poder salirse con la suya. Menuda era la señora Carmen.

El muchacho estaba perdido. Le había matado un error del corazón.

* * *

El reloj de la torre hizo oír sus doce campanadas. Se clavaron en todos los oídos como doce lamentos de la noche. Era el 14 de junio de 1955. Llegó Juan Andrés el día anterior con los cursos aprobados y una pena infinita dibujada en los ojos.

Unas cuantas personas no oyeron el reloj. En el bar de la esquina las voces se oían altas. Por encima de todas, las de Jani.

Tenía los ojos empapados de alcohol. Acodado sobre el mostrador terminaba las copas de coñac de un solo trago. Había bebido muchas. El dueño dijo al día siguiente que quince. Pero fueron más. Llevaba ya tres horas sin hacer otra cosa. No podía dominar la lengua. Las ideas escapaban del control. Le pesaba la voluntad como una tonelada métrica de hierro. Enseñaba una cara a punto de congestión.

En el subconsciente almacenaba aquello. Y lo gritó sin conciencia de su acto.

—Odio a la gente de este pueblo. Los odio. Me pesa más que un pecado grande haber nacido aquí. No hay más que muñecos, mujerzuelas que se dedican al ohismorreo.

Ya lo diría él. Que se enterasen todos. Si otro día podía hacerles daño no sentiría escrúpulos.

La puerta se abrió entonces. Apareció su madre con los ojos muy húmedos y el corazón partido por la pena. Juan Andrés la miró. Se levantó de pronto. Hizo un esfuerzo sobrehumano para aparecer sereno. Cogido de su brazo salieron a la calle. A la buena mujer se le metió en el alma la risa, complacida de los que se quedaban. En el vientre sintió como un grito desgarrador de apéndice infeccionada. Hacía veintidós años que Jani se escapó de su entraña. Pero a la madre allí le dolía el hijo.

Cuando Juan Andrés despertó, ya sabía todo el pueblo lo ocurrido: Desayunó en la cama. Llegó su madre con los ojos como orilla de mar y una taza de chocolate con tostadas. No se atrevió a besarla como siempre. Una vergüenza grande impidió que lo hiciera. Le pareció al muchacho que al poner los dos labios en su frente era como un sacrilegio que no castigase la moral.

Cuando se fué su madre lloró sin prisa, a gusto, larga y serenamente. Después se levantó. Y se lanzó a la calle con la cabeza alta desafiando las miradas, como en la última primavera, de los que murmuraban a su espalda. A la luz del sol no sentía vergüenza.

—Que hablen, que digan, que murmuren, que escupan veneno por la lengua. A mí qué me importa. Olvidó los ojos de su madre. Y bebió aquella noche y otras muchas. Ya sabía todo el pueblo que Jani era un borracho.

El día de San Pedro era una fiesta de las de

campanillas. Por la noche, en el baile, Juan Andrés repitió su espectáculo a los ojos de todos.

—Es un desvergonzado—dijo doña Tomasa.

—Razón tenía yo—aseguró don Luis, el del comercio.

—¿No os lo dije?—preguntó al día siguiente, ancha como una pava, la presidenta de la Cofradía del Carmen en la sacristía.

Sólo cuatro personas sufrieron hondamente por lo que Jani hizo. Sus padres, con su hermana y Luisita Rodríguez.

* * *

Juan Andrés había conocido el amor. Quizá por eso era capaz de odiar. Ahora se daba cuenta de que lo que sintió hace dos primaveras no fué otra cosa que asco. Aquello precisaba poco esfuerzo. Para odiar era necesario concentrarse, verse totalmente, incluso sufrir.

De sobra sabía él que no podía hacerlo, que su formación le prohibía esa postura. La conciencia le gritaba a cada paso. Pero era muy tarde, demasiado tarde. Ya tenía la sangre envenenada. Le empujaron allí. Le obligaron a dejar la comunión. No podía confesarse. Sentía contrición de corazón. Pero le faltaba propósito de enmienda. Estaba por encima de sus fuerzas olvidar muchas cosas. Tres veces estuvo decidido a arrojarse junto al confesionario. ¿Perdonaba Juan Andrés el que le hubieran negado su derecho al estudio?

—Sí. Estoy seguro de que eso lo perdono lealmente.

Pero no perdonaba el que no hubiesen admitido el que le daba opción a enamorarse de quien se le antojara al corazón.

—Lo podría perdonar en un minuto de esfuerzo. Más, no. Volvería a odiar en seguida. Estoy convencido.

Por aquel camino el muchacho iba lanzado a la condenación. Se daba cuenta. Pero él no había elegido el camino libremente. Lo llenaron a empujones hasta allí.

—Bebo para odiar menos. Soy incapaz de encontrar otra escapada. Sé que las hay. Pero no puedo. No puedo, no. No puedo.

El no quiso alzarse frente a Dios. Perseguida la lejanía, aislarse de los hombres, cansado de luchar frente a ellos. Había cierta felicidad artificial, negativa, en aquel mundo que creaba el alcohol en su cabeza.

—Unos vasos de vino me aíslan de la tierra. Sé que soy un borracho. Pero que vaya tomando cada uno el trocito de culpa que le toca.

Necesitaba un milagro de Dios o de mujer. Y Dios lo hizo redondo empleando a Isabel como causa segunda. Tampoco el tiempo había pasado en vano. Los 300 kilómetros que separan el pueblo de Madrid tuvieron su influencia. Pero Isabel cambió de pronto todo. Aquella muchachita que le pedía las notas de clase para copiarlas se le coló muy dentro. Y fué olvidando todo lo demás. El corazón dejó de recordárselo.

Hace ya siete días que suben los dos juntos, paseando, desde la Universitaria a la Moncloa. El muchacho asegura que se entienden. Isabel dice más con la mirada.

Ayer se confesó Juan Andrés. Hoy comulgó Juan Andrés.

El pueblo sigue allí, levantado en uno de los bordes de la meseta de Castilla. Se llama...

—No lo digas. Ayer los perdoné.



EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA CARRERA DE ARMAMENTOS

UN PROGRAMA PARA
EL DESARME MUNDIAL

Por Philip NOEL-BAKER

Philip Noel-Baker

The ARMS RACE

A
Programme
for
WORLD DISARMAMENT

EL principal mérito del libro que hoy resumimos, «The arms race. A programme for the world disarmament», estriba en su valor documental, ya que a través de sus páginas el lector recibe una detallada información de los esfuerzos más o menos bienintencionados realizados por las naciones para llegar a la consecución del desarme universal. Philip Noel-Baker, el autor, es un hombre que conoce bien la cuestión, pues unas veces indirectamente, por sus puestos de responsabilidad en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, y otras directamente, por su participación en conferencias y reuniones relativas al desarme, ha seguido muy de cerca el problema y posee de él una visión de primera mano. Todo ello no le impide que algunas veces sus apreciaciones personales sobre el conjunto de la cuestión sean más o menos discutibles, si bien es cierto que su actitud viene en muchos casos condicionada por la pavorosa preocupación que experimenta justificadamente ante la terrible amenaza que significa para el mundo la constante e ininterrumpida carrera de armamentos.

NOEL-BAKER (Philip): "The arms race. A programme for the world disarmament". Atlantic Books. Stevens & Sons Limited. Londres, 1958.

EN el otoño de 1957, sir John Cockcroft escribió: «Las consecuencias militares de la fricción y de la fusión constituyen una revolución en el pensamiento y en las prácticas estratégicas cuya amplitud es extraordinaria. Es algo evidente que nuestra civilización puede ser destruida en una noche si son liberadas las grandes fuerzas capaces de motivar nuestra destrucción. Todo ello significa que la Humanidad se enfrenta con el mayor desafío que jamás vió y no le queda más remedio que cooperar con el desarme y evitar así la amenaza que se cierne sobre el mundo entero.

EL GRAN DESAFÍO

Se dice normalmente que el desarme debe seguir, pero nunca preceder a la resolución de las disputas internacionales. El plan de los Gobiernos occidentales de 1957 incluía un tope para las dotaciones humanas en Rusia y los Estados Unidos de 2.500.000 hombres y de 750.000 para Francia e Inglaterra. Se afirmaba que estaban dispuestos a negociar nuevas limitaciones de armamentos y de las fuerzas armadas bajo la condición de que... se avanzase también en la resolución de las cuestiones políticas.

Todo el mundo está de acuerdo con lo que dijo repetidas veces el Presidente Eisenhower: es deseable trabajar conjuntamente por el desarme y por la solución de las cuestiones políticas; este trabajo debe marchar parejo y cualquier progreso de uno

significará la esperanza de un mejoramiento en el otro. Es indudable que se facilitaría la tarea del desarme si la Alemania oriental y occidental y si Indochina del Norte y del Sur se reunificasen bajo un solo Gobierno, libremente elegido por sus respectivos pueblos, y también si la cuestión de Formosa fuese zanjada. Todos los que desean el desarme harían el máximo esfuerzo por conseguir un acuerdo político de este género.

Ahora bien, decir de manera descarnada como suele hacerse que el desarme depende de las condiciones políticas y que la reducción de los armamentos nacionales no puede lograrse hasta que se haya conseguido la solución de determinadas disputas, es algo así como si a la clase trabajadora británica se le hubiese dicho hace un siglo que no dispondrían de Parlamento, Tribunales legales y una fuerza de Policía hasta que hubiese desaparecido la distancia que separaba a los ricos de los pobres y se hubiese logrado la igualdad social para todos.

El argumento de que los acuerdos políticos deben tener primacía para que los armamentos sean reducidos, parece significar que los armamentos son deseados para garantizar los acuerdos por el uso de la fuerza o por su amenaza. Los rusos se han aprovechado bien de esta interpretación.

Hay argumentos también del siguiente género: «El desarme puede ser sólo una consecuencia y nunca una causa para un mejoramiento de las relaciones internacionales.» Muchos ejemplos históricos muestran la falsedad de esta suposición, pero nos quedamos solamente con dos, uno del siglo XIX y otro de principios del siglo XX. El acuerdo de Rush-Bagot de 1817, hecho contra los deseos tanto de los generales ingleses como norteamericanos, consiguió el total desarme de la frontera estadounidense-canadiense. El Acuerdo de Washington sobre el desarme naval de 1922 significó una gran reducción en las flotas de los Estados Unidos, Japón e Inglaterra. Tanto el uno como el otro ocasionaron un considerable mejoramiento de las relaciones internacionales.

Así, pues, como la experiencia muestra y las condiciones actuales lo aclaran evidentemente, la competencia de los armamentos sólo sirve para envenenar las relaciones internacionales, produciendo un mutuo temor, sospecha y tensión, cosas que, naturalmente, siguen a la carrera de armamentos, por lo que necesariamente se deduce que la finalización de esta carrera por un tratado sobre el desarme mejoraría las relaciones internacionales y facilitaría el ajuste de las cuestiones políticas pendientes.

Ciertamente posee mucha más enjundia el contrargumento utilizado por los que son favorables al desarme, principalmente porque consideran que las disputas políticas son muy difíciles de zanjar, mientras que como la carrera de armamentos es continua, cuando se quiere un acuerdo sobre la paz, el primero que hay que conseguir es ponerle un tope momentáneo.

Un ejemplo específico nos serviría para mostrar la fuerza de los que así piensan. El control de Polonia y de Alemania oriental le ha facilitado a

Rusia una zona de una amplitud de 300 millas entre su frontera y las fuerzas de la O. T. A. N., lo que tiene una especial importancia para los ataques aéreos, que requieren una defensa en profundidad. Su control de estos territorios y el de Checoslovaquia le da ricos recursos industriales y carboníferos que estos tres países poseen y les proporcionan también las fábricas Skoda, una de las factorías de armamentos más famosas del mundo, y las minas de uranio checas. Es evidente que su Estado Mayor opondría fuertes argumentos si se intentase «sacrificar» todos estos territorios mientras se está comprometido en los preparativos de una guerra nuclear y aérea. Ahora bien, si estos armamentos se redujesen al nivel que Rusia, bajo la presión de los países occidentales, llegó a aceptar en 1955, las probabilidades para llegar a un acuerdo sobre la libertad de Alemania oriental y los países satélites se habrían mejorado quizá.

Esta era precisamente la tarea que el Subcomité debía haberse propuesto. Si un Tratado de este género hubiese sido preparado con soluciones para los problemas técnicos que ahora nos agobian y con cifras que señalasen las amplias reducciones que debemos realizar, es muy probable que la opinión pública nos exigiese que tal tratado fuese firmado y llevado a la práctica, aunque continuasen sin resolverse los grandes problemas políticos. En ningún caso lo que se desea es un proyecto de paz, y la tarea más urgente de los Gobiernos occidentales es no aplazar con hipotéticas e indefinidas condiciones políticas, sino adelantar las reducciones a gran escala y las cláusulas detalladas que pueden realizarlas, lo cual sería el primer e indispensable paso para un mundo más pacífico.

RUSIA Y LAS SANCIONES

Se ha dicho que las sanciones estipuladas para los contraventores del supuesto acuerdo sobre el desarme serían efectivas contra cualquier Estado, salvo Rusia. Esta, se arguye, posee grandes recursos y vive tan ajena a la opinión mundial, es tan independiente del comercio mundial, tan autosuficiente en materias primas y en petróleo, tan defendida por la geografía y la Naturaleza contra cualquier acción naval, boicot e incluso presión económica, que podría fácilmente atreverse a desafiar al mundo.

No hay duda de que posee fuerza este argumento, particularmente en las circunstancias actuales. Ahora bien, si Rusia firmase y ratificase un tratado sobre el desarme y después violase sus obligaciones, con el actual *statu quo*, dos campamentos armados descubiertos por los inspectores de la O. N. U., que la declararían culpable, descubriría si funcionaba el sistema adecuadamente que se encontraba sola y que tenía al mundo frente a ella. Cada año que pasa de su relación con el mundo exterior aumenta el efecto de ésta; la presencia de inspectores de la O. N. U. sobre su terreno la haría más susceptible de la presión de la opinión mundial, y todo ello actuaría combinado para resistir más difícilmente a la presión del resto de la Humanidad.

Todo cuanto se piense sobre un sistema de seguridad debe asentarse sobre la garantía de la fiel observancia de un tratado de desarme. Todo ello se basa en tres principios que la experiencia de la pasada media centuria muestran ciertos:

1.º La paz es indivisible. El único fundamento estable para la paz es que la ley convierta todo recurso a la guerra en un delito internacional.

2.º Las más fuertes sanciones con el mínimo de peligro para los que intenten desafiar el sistema establecido.

3.º Inglaterra y los Estados Unidos han reconocido actualmente la verdad de estos principios y han aceptado las onerosas obligaciones de la O. T. A. N., S. E. A. T. O. y Pacto de Bagdad. Cuando el desarme real comience, y sólo hasta entonces, estos pactos podrán integrarse en un amplio sistema de seguridad mundial, en el que cada uno dará garantías a todos y en el que todos darán garantía a cada uno. Existen peligros para este sistema de responsabilidad mundial sobre la seguridad colectiva, pero son pequeños en comparación con los enormes riesgos de la carrera de armamentos y las alianzas rivales actuales.

LA MEJOR DEFENSA MILITAR

«Ningún militar profesional se siente agrado con el actual *statu quo*, dos campamentos armados que se enfrentan el uno contra el otro. Es algo así como si se intentase perpetuar un infierno en las

relaciones diplomáticas.» Las palabras anteriores del general Nordstad, jefe supremo de las fuerzas de la O. T. A. N. en Europa, resumen admirablemente la principal tesis de este libro: es necesario parar la carrera de armamentos. Será algo peligroso para las naciones el continuarla.

Mr. Thomas Finletter tiene una gran experiencia personal en negociaciones internacionales importantes y, además, puede hablar sobre el desarme con gran autoridad, ya que fué el presidente de la Comisión de política aérea de la Presidencia norteamericana de 1947 a 1948 y secretario de las Fuerzas aéreas de 1950 a 1953, el periodo cumbre de expansión de estas mismas fuerzas. Escribiendo sobre este tema, Mr. Finletter decía en marzo de 1958:

«Sabemos ahora mejor que nunca que el control de las armas no puede ya ser por más tiempo aplazado... ¿Por qué persistimos torcamente en la estéril fórmula de Londres?... En mi opinión, debemos comenzar con las propuestas sobre un desarme escalonado que se aprobaron en Londres en 1957. Esto no nos llevaría muy lejos, pero algo se habría conseguido...»

Tanto Mr. Finletter como el Dr. Leo Szilard, uno de los adalides de la investigación atómica, en un trabajo publicado poco después del primero de los citados, resaltan con su gran autoridad los argumentos expuestos en este libro. Los intentos para conseguir un desarme parcial, con pequeñas reducciones, han fracasado, porque estaban condenados a fracasar. Todo el mundo aprobaría medidas parciales si fueran generalmente aceptadas y si, además, fueran seguidas por nuevas y más drásticas medidas. Ahora bien como Mr. Finletter arguye resulta más que difícil llegar a un acuerdo sobre medidas parciales, y lo difícil que resulta lo demuestra el hecho de que el plan de la conferencia de Londres de 1957 sobre un desarme parcial no contuviese ninguna cifra ni ninguna propuesta clara o definitiva, ni una sola parte de un programa de desarme ni tampoco ninguna propuesta sobre cómo debían actuar la inspección y el control. Propuestas sobre cortes muy pequeños en la reducción de dotaciones humanas y en los presupuestos militares, con el mantenimiento de las grandes reservas de armas nucleares, químicas, biológicas y otras simi-



ESTO...

No es para que el pelo salga,
Es... Para que no se caiga...

Los cabellos cuidados con
LOCION AZUFRE VERI dejan de
caerse, no tienen caspa, **SE QUITA**
EL PICOR, quedan vigorosos y
favorece el ondulado natural.

LOCION AZUFRE VERI

DESCONFIE
DE
IMITACIONES

Fascos de 5 tamaños. PRECIOS MODERADOS,
posibles por su gran venta y exportación a
Hispano-América.

CON GARANTIA FARMACEUTICA

lares, así como de cohetes, bombarderos, tanques, portaaviones y submarinos y la continuación de la investigación militar, son las propuestas que disponen de más probabilidades de éxito. Contra el gran mal de la actual carrera de armamentos y las armas modernas, los pequeños remedios no pueden producir más que pequeños resultados y probablemente los resultados serían totalmente nulos. Aun en el caso de que fueran firmados y ratificados, su control resultaría tan difícil que con toda probabilidad serían violados rápidamente.

Lo que se necesita es un nuevo «gran proyecto», un plan que lo abarque todo. En este libro no se trata de los posibles pasos introductorios que puedan ser dados ni las pequeñas consecuencias que puedan originar, en qué intervalos de tiempo se realizarán las sucesivas reducciones de armamentos cuántas y como las naciones deberán ratificar el tratado antes de que entre en vigor, el mecanismo para suspender las reducciones si se produce una violación del tratado. Todos éstos son importantes asuntos, pero no originarán grandes dificultades si consigue esencialmente la negociación del acuerdo.

Por encima de todo debemos facilitar la supresión de la investigación científica de carácter militar. Hemos prometido un antiohete para evitar los peligros del último descubrimiento científico, pero mientras la contraarma continúa siendo un sueño lejano, existen grandes posibilidades de que los bombarderos pilotados por hombres puedan ser dotados por un escudo protector de electrones que les libre de los ataques de los misiles y les permita de este modo atravesar los países y alcanzar sus centros vitales. El escudo electrónico puede ser también un sueño, pero lo que es seguro, como ha afirmado el Dr. Rabi, es que en los próximos diecisiete años de investigación militar se lograrán tantos nuevos y terribles mejoramientos como los realizados en los últimos años desde 1941. La investigación militar, como las armas ofensivas, deben ser abolidas y los sabios destinados a tareas pacíficas.

En este libro se muestra detalladamente cómo no existen dificultades técnicas en todas estas propuestas que no puedan ser superadas rápidamente. Las estipulaciones técnicas detalladas de un tratado de desarme serán complejas, pero como pueden serlo

quien mire los Tratados navales de Washington o de Londres. Ahora bien, las soluciones son simples; las soluciones técnicas causarán relativamente poca perturbación cuando se consigan las oportunas decisiones políticas.

Estas decisiones no son de un tercio y cerrado idealismo. Son de un sentido común realista y abierto. Los románticos son los que todavía creen que los armamentos modernos pueden salvar a una nación. No existe hoy defensa militar alguna para una nación salvo la que marcan drásticas medidas de desarme, encarnadas en un tratado multilateral firmado por todos los Gobiernos. Desde el primer día en que entre este tratado en vigor y los inspectores de la O. N. U. ocupen sus puestos en los países que deben controlar, estará garantizada de una vez la seguridad de cualquier nación y, además, será aumentada. La aceptación de la inspección significa el fin de los secretos militares. La mayor «renuncia de la soberanía» es el desarme, pero terminaría con la pesadilla de temor y del repentino e inesperado ataque. Significaría un gradual aunque profundo cambio en el carácter de las relaciones internacionales entre los Estados.

¿Llegará Rusia a someterse a una genuina inspección o aceptar las drásticas medidas de reducción de armamentos? El Kremlin declaró en los últimos meses que esta dispuesto a ir más lejos que los Gobiernos occidentales en lo referente a las medidas de inspección encomiadas al mantenimiento de las medidas de desarme. Su sinceridad sólo puede probarla si ofrece un texto detallado del sistema de desarme controlado que convierta en realidad las medidas que dicen aceptar. Y hay sólidos motivos para suponer que los hombres del Kremlin sienten verdadero horror por una guerra termonuclear.

Muchas gentes que desean ardientemente el desarme piensan con fácil optimismo que existe una posibilidad inmediata para la firma de un tratado multilateral de seguridad, pero la triste realidad de la situación mundial demuestra que el mundo no puede sentirse firme con un tratado de seguridad general. Nadie que haya seguido de cerca las negociaciones sobre el desarme desde 1919 podrá sentir un optimismo fácil. El derrotismo sobre la forja de planes de desarmes y órdenes de paz han sido el más calamitoso de todos los errores cometidos por los Gobiernos democráticos en los tiempos modernos. Ha traicionado las esperanzas de la gran mayoría de los pueblos de todas las naciones que desean activamente tanto antes como ahora el fin de la guerra.

El fin de la guerra está históricamente superado desde hace muchas décadas. Los sabios y los ingenieros han eliminado las barreras del tiempo y del espacio, todas las naciones forman ahora una sociedad, unida por los lazos del interés común que no pueden romper. En 1919, el mariscal Smuts declaraba: «Deseamos una liga que sea realmente, práctica y efectivamente un sistema de Gobierno mundial.» En 1941, sir Winston Churchill y el Presidente Roosevelt hacían una declaración conjunta: «Todas las naciones del mundo, por razones tanto espirituales como reales, deben llegar al abandono de la fuerza.» Estas dos declaraciones, realizadas bajo el impacto de la segunda guerra mundial, encarnaban lo que debía haber sido el objetivo manifiesto de la política exterior de los Gobiernos democráticos durante cuarenta años. Los hechos revelados en este libro muestran cómo las guerras mundiales retroceden en el pasado y cómo sus lecciones se disipan y son olvidadas, pero muestran también que si el objetivo proclamado no se consigue en un próximo futuro, la política mal llamada de defensa significará la consumación final del uso de la fuerza: el fin del hombre.

Una paz y una justicia duraderas sólo podrán surgir de la gradual y acumulativa cooperación de muchas nuevas políticas y muchas grandes reformas: un esfuerzo consciente, persistente, para fortalecer las instituciones consultivas de las Naciones Unidas; la sumisión de todos los conflictos legales al Tribunal internacional; la forja de una legislación y una administración internacional encaminada a la mayor prosperidad y felicidad de los hombres. Ahora bien, todas estas nuevas políticas no pueden triunfar nunca hasta que haya terminado la carrera de las armas y hasta que todas las naciones se hayan dado cuenta de que deben, finalmente, abandonar el uso de la fuerza.

CS 14302

ASPIRINA
SOLO HAY
UNA
ASPIRINA

BAYER

**Contra dolores,
gripe, resfriados,
reumatismo**

**EL PRODUCTO DE FAMA MUNDIAL
en tubos y sobres de 2 tabletas**

BASE FIRME EN EL CINE ESPAÑOL

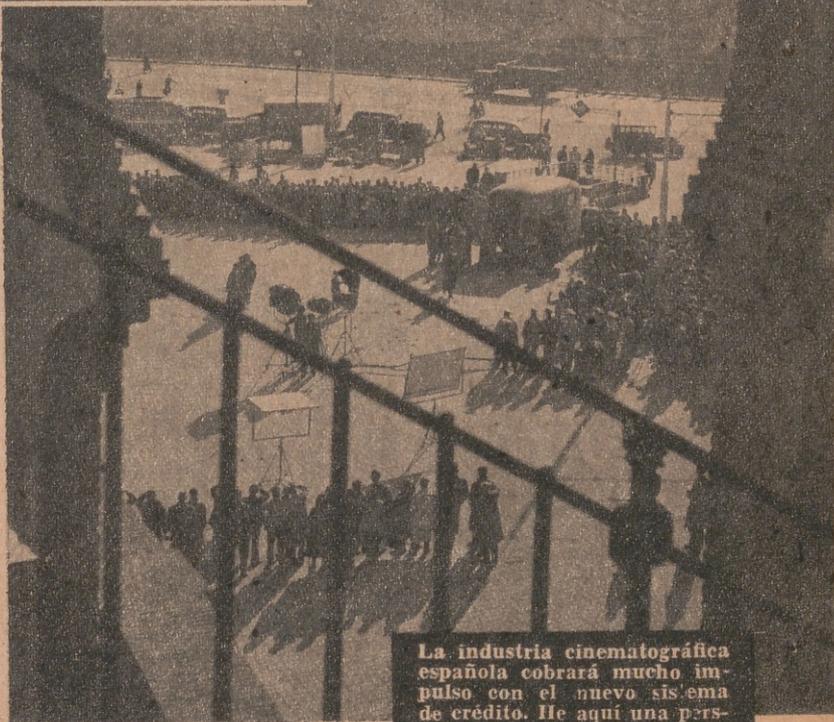
UN SISTEMA DE CREDITO PARA LA PROTECCION DE LA INDUSTRIA

El cine es hoy el entretenimiento, el espectáculo o el arte —que de las tres cosas tiene— que mayor número de personas cuenta entre sus contempladores. Sobre la enorme fuerza que sus valores morales, culturales y sociales ejercen en el ánimo de los espectadores se han escrito innumerables palabras; palabras que, iguales o diferentes en la forma, coinciden en dar al cine una extraordinaria trascendencia dentro del ámbito de las colectividades humanas.

Si hoy la naciente industria atómica representa la más original aportación de la técnica, no cabe duda que el cinematógrafo representó, en su justo tiempo, un papel semejante, en cuanto a novedad y diferenciación de métodos de trabajo, con las otras industrias clásicas y por entonces existentes.

Pero si la generalidad de las fabricaciones, pasados sus primeros períodos de prueba o experimentación, crecieron, se desarrollaron y viven racionalmente de acuerdo con las leyes económicas, la industria del cinematógrafo, en cuanto tal, por sus características, por su especial estructura, ha necesitado en todos los países de una protección y sino que pudiese persistir. Salvo de un estímulo por parte del Estado para que no sólo creciese, el gigantesco complejo cinematográfico norteamericano, hoy la industria de la especialidad, en las cinco partes del mundo, precisa de créditos monetarios que permitan sean llevados a cabo los planes de producción coordinada, cuyas inversiones son cuantiosas en principio y cuyos beneficios, aun siendo cuantiosos en ciertos casos, son recogidos lentamente.

Por otra parte, el Estado, consciente del influjo que en todo espectador, sea cualquiera su formación intelectual, puede ejercer, positiva o negativa, la contemplación de una cinta, debe premiar, estimular, orientar y encauzar aquellas producciones precisamente que contribuyan, abierta o solapadamente, a enaltecer los valores morales, sociales y culturales de signo absolutamente positivo, ya que lo otro



La industria cinematográfica española cobrará mucho impulso con el nuevo sistema de crédito. He aquí una perspectiva del rodaje de «Mi tío Jacinto», en las afueras de la plaza de toros de Madrid

sería no sólo ir contra el propio derecho natural, sino que llevaría a formar una sociedad poco menos que con las características atávicas de la selva.

UN TOTAL DE 450 MILLONES DE PESETAS AL AÑO

El Pleno de las Cortes Españolas acaba de aprobar una ley por la que se crea el Crédito Cinematográfico en España.

Actualmente existía crédito ci-

nematográfico en España, ya que el Estado español siempre se preocupó, en todo momento, en atender, según la medida de sus fuerzas, tan importante cuestión. El crédito vigente hasta la actualidad era el establecido por la orden de 11 de noviembre de 1941 y que se ha conocido en los medios cine-



La ordenación del billeteaje será un beneficio para distribuidores, exhibidores y productores

matográficos por la genérica denominación de "crédito sindical". Ahora bien, este crédito, que ha cumplido importantes funciones, se ha visto por la experiencia que es corto, ya que sus fondos, para los costes actuales, son escasos; el plazo de reembolso, demasiado breve, contempla sólo producciones aisladas y queda al margen de todo aquello que no sea concretamente producción cinematográfica.

El principal objetivo del nuevo Crédito Cinematográfico es establecer un sistema a plazo medio que fomente los planes de producción, orientándolos hacia la continuidad de las empresas cinematográficas y de su solvencia económica. El nuevo Crédito permitirá no sólo que la producción reciba dinero para su trabajo, sino que los estudios, base permanente en la realización de películas, puedan beneficiarse del sistema, y que la distribución, rama tan importante para llevar nuestras películas a los mercados extranjeros, mediante los primeros auxilios económicos recibidos de los fondos crediticios que se habilitan, podrá llegar a disponer de una organización adecuada, eficiente y coordinada que permita que nuestras películas, cuando su categoría naturalmente lo merezca, sean exhibidas en los cinematógrafos de todo el mundo.

El volumen del Crédito Cinematográfico a plazo medio y tipo de interés protegido que se crea ahora será el de cuatrocientos cincuenta millones de pesetas. Esta cantidad tiene la consideración de fondo rotativo, por lo que dentro de dicho límite podrán destinarse a nuevos préstamos las sumas que se devuelvan por cancelación total o parcial de los créditos concedidos.

De esta cifra de cuatrocientos cincuenta millones de pesetas podrá disponerse en el primer año de vigencia de la ley de 150 millones; en el segundo, de otros 150, y en el tercero y sucesivos, de la cantidad máxima establecida. Con estos prudentes límites no se produce una inflación de realizaciones cinematográficas momentáneas, sino que se sientan las sólidas bases para la ejecución de planes coordinados de producción, que son, al fin y al cabo, los cimientos sobre los que debe descansar una verdadera organización de la cinematografía, considerada específicamente en su aspecto industrial.

Ahora bien, la especial naturaleza de la obra cinematográfica requiere unas singulares garantías, sin perjuicio de las que de ordinario aseguran los créditos en general. La transferencia de rendimientos y la inmovilización del negativo en favor del acreedor son las que han de facilitar, en cuanto a la producción, el otorgamiento de las cantidades con cargo al nuevo Crédito Cinematográfico.

El Instituto Nacional de Cinematografía será el organismo encargado de la concesión de dichos créditos, para lo cual dispondrá, como es lógico, del correspondiente Fondo monetario con el que, dentro de los límites establecidos por la ley y con las

correspondientes garantías financieras, se atenderán las solicitudes de las empresas cinematográficas que así las realicen.

Debe observarse que las garantías pedidas en orden a la concesión de créditos favorecen principalmente a dichas sólidas empresas y eliminan a los aventureros, productores por una sola vez, etc., que salvo rarísimos y singularísimos casos, lo único que hacen es desprestigiar la rama de la producción cinematográfica, porque carentes de una organización, de una responsabilidad y de una solvencia, ante el fracaso de su aventura quedan imposibilitados de devolver el préstamo que les era concedido, con lo cual el paulatino agotamiento del Fondo no va en perjuicio más que de las empresas cinematográficas de probada honorabilidad profesional.

LOS INGRESOS DEL FONDO DE PROTECCION

Actualmente para la constitución, aumento o simplemente sostenimiento del Fondo de Protección era necesario identificar la importación de películas extranjeras, ya que dicho Fondo se nutría de los cánones de regulación, subtítulo y doblaje, siendo estos además los únicos ingresos de dicho Fondo. En la nueva ley, sin aumentar la presión tributaria sobre las empresas— y en evitación de esto se prevé la oportuna revisión, modificación y reducción si se estima conveniente de los tipos de exacción que gravan el espectáculo—, el aumento del Fondo es independiente de la importación de películas extranjeras.

Los ingresos del Instituto Nacional de Cinematografía estarán así constituidos, además de por los cánones de regulación, subtítulo y doblaje de películas extranjeras, como se venía haciendo hasta ahora, por los derechos de regulación y doblaje de películas extranjeras, cuyo doblaje al español se autorice en España para su exhibición en la televisión. La magnífica calidad de los doblajes a nuestro idioma realizados en España favorece la utilización, por productores extranjeros, de los estudios españoles de la especialidad, en películas con destino a la televisión y, al mismo tiempo, los cánones que se crean por este concepto constituirán un módulo de fácil regulación, al propio tiempo que un ingreso en beneficio de la cinematografía nacional. También contribuye a la nutrición del Fondo la publicidad en las pantallas cinematográficas, y esto es muy lógico, ya que si la publicidad en las pantallas de los cines aprovecha los medios de la cinematografía para fines que le son muy ajenos a ésta, justo es que ella en cuanto nacional tenga una modesta participación en las sumas de contratación.

Por último, ese recargo cuyo tope máximo es el del 5 por 100 sobre el precio de las localidades y entradas de espectáculos cinematográficos, sin afectar sensiblemente, por escasa cuantía, a aquella responde al deseo de enlazar directamente la protección al cine nacional con los rendi-

mientos que origine su difusión. Es un primer paso en este sentido que tiene su natural desarrollo en el sistema de protección a las películas proporcionalmente a sus respectivos rendimientos.

LA ORDENACION DEL BILLETEAJE

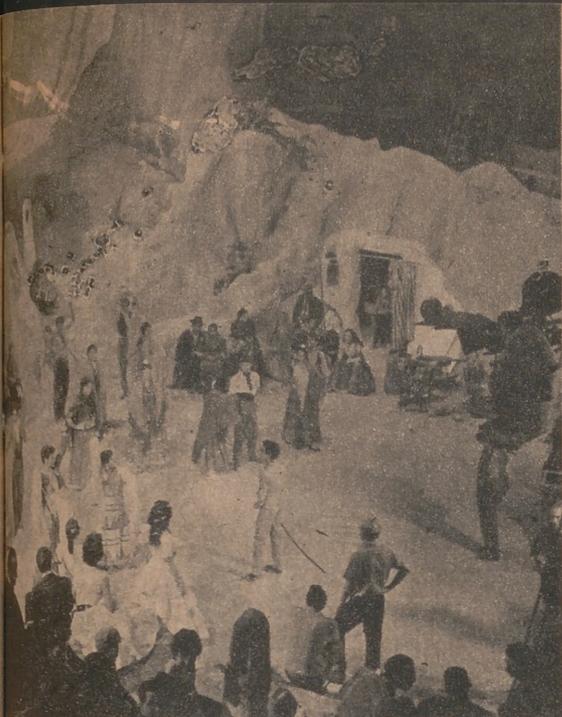
Otra de las innovaciones, que por otra parte no es ninguna novedad, que regula la nueva ley es la ordenación progresiva del sistema de billeteaje.

Dejando a un lado la simple cuestión de técnica fiscal, toda vez que el proyecto de ley hace notar que se mantendrán sin apreciable aumento los ingresos fiscales totales, en el aspecto puramente cinematográfico el control de taquilla tiene gran trascendencia.

Este control, que ya existe en países de estructura cinematográfica semejante a la nuestra, como son Francia e Italia, supone el que en los casos en que la explotación de una película a un tanto por ciento de su rendimiento— que son los habituales en la explotación de importancia— el distribuidor que proporciona el film conozca, sin necesidad de montar un servicio de comprobación propio, los exactos ingresos de los cuales se deriva la parte que a él le corresponde y, por tanto, la que debe dársele al productor. El sistema de billeteaje no constituye ninguna maniobra fiscal ni de ventaja para ninguna de las partes: exhibidor, distribuidor y productor, ya que es evidente que cuando partes interesadas emprenden una actividad de trascendencia económica debe existir un sistema que permita conocer limpia y claramente en todo momento la parte de los ingresos que corresponde a cada uno. No hay que olvidar, además, que sobre todo cuando de películas españolas se trata, existen otros interesados, tales como son aquellos sobre los cuales recaen Derechos de Autor, de Propiedad Intelectual, etc.

Es evidente también, que una protección eficaz al cine español ha de tener como base el conocimiento de las necesidades que han de satisfacerse, y este conocimiento no puede venir más que por el camino de la taquilla. Las apreciaciones que una Junta realice sobre la cuantía de aquéllas siempre adolecerán de errores, cualquiera que sea la composición de esa Junta y buenas las cualidades de sus miembros. Este sistema protector, del cual es complemento la institución de premios de contenido económico a las películas en consideración a sus valores artísticos y espirituales en general, es fruto de la experiencia llevada a cabo en otros países; concretamente, los citados Francia e Italia.

La exhibición también saldrá beneficiada con la implantación del sistema de control en taquilla, ya que si, por ejemplo, se solicita la apertura de un nuevo cinematógrafo, el perfecto conocimiento de la utilización de las localidades en las próximas permitirá inducir la convenien-



Los estudios españoles también se beneficiarán del montante del nuevo crédito cinematográfico

cia para ambas partes del funcionamiento de otra sala de proyección.

En cuanto al aspecto fiscal, el sistema de control de billeteaje no constituye ningún inconveniente para las ramas de la cinematografía, pudiendo fijarse la cuantía de los tributos globalmente mediante convenio o concierto con el Ministerio de Hacienda, según dispone no sólo la presente ley, sino la ley general de Presupuestos del Estado y Reforma Fiscal vigente en la actualidad, con lo que queda reducida al mínimo la presión tributaria indirecta, toda vez que la directa no sufrirá aumento apreciable.

EL NIVEL Y LA CALIDAD CINEMATOGRAFICA

La nueva ley, pues, presenta una finalidad bien concreta: po-

ner en práctica un sistema impulsivo en el orden económico, que colocará a la cinematografía española al nivel de las naciones más adelantadas, en el aspecto técnico y artístico, de la especialidad. Este impulso dinerario a las empresas solventes o a aquellas que comiencen ahora pero cuyas garantías permitan inferir la misma capacidad futura que las de sobrado renombre, elevará igualmente el nivel artístico de la producción cinematográfica española, ya que las calidades alcanzadas por otras cinematografías no han tenido más punto de apoyo que una ordenación cinematográfica de acuerdo con sus características raciales o económicas.

Igualmente se ordenarán con eficacia las organizaciones distribuidoras vitalizando de una manera total la importante par-

tida de la exportación, concretamente el ingente mercado de Hispanoamérica y, en definitiva, el cine español alcanzará un nivel medio como jamás lo ha tenido. No hay que olvidar que, como ha dicho el director general de Prensa al defender el proyecto de ley, "una película aislada puede surgir del acierto o la impericia de un guionista o de un director, la genialidad o la gracia desangelada de unos actores, pero la cinematografía de un país, en el conjunto de sus títulos, revela la capacidad artística expresiva de los valores esenciales de ese pueblo".

Y a poner de manifiesto cinematográficamente los altos valores españoles es lo que va a hacer la nueva ley aprobada por las Cortes Españolas que crea el Crédito Cinematográfico.

José María DELEYTO



Con la nueva ley de crédito a plazo medio e interés protegido, se elevará el nivel de nuestro cine y ello repercutirá en la fama de nuestros artistas. En las fotografías, Pablito Calvo, Fernán Gómez, Susana Canales y Julio Peña



EL AUTOR, ACTOR

TONY LEBLANC, ESCRITOR Y UNICO INTERPRETE DE «POBRE JORGE»

“DE HABERME IDO LAS COSAS MAL, HUBIERA CAMBIADO EL ARGUMENTO SOBRE LA MARCHA”

A CABA de llegar. Tony Leblanc acaba de llegar al camerino. Hay que quitarse el sombrero con sumo respeto, porque con él acaba de llegar la Compañía entera del teatro Eslava, el autor de la obra, el prestidigitador, el bailarín, el imitador de hombres atacados de meningitis, el creador de sonidos, el silbador, el que ladra, el guitarrista, el actor. Todo esto, en una pieza es Tony Leblanc. Algo verdaderamente desconcertante. Tan desconcertante como las primeras palabras que dirige:

—Ayer he sacado en taquilla más que ningún teatro. Y el que me sigue, recogió cinco mil pesetas menos que yo.

Está vestido con un traje extraño para andar por la calle. Un tornapolvo de cuadros amarillos y negros; unos tirantes que le cuelgan de los hombros. La verdad, este atuendo no es para ir por Madrid, a esc de las siete de



Recogemos varios aspectos del antes y después de Tony Leblanc



la tarde, por mucho que apriete el calor. Tony explica rápidamente el misterio:

—Estoy rodando en el Retiro «Muchachas de la Cruz Roja». Y hago al mismo tiempo otro papel en otra película. Me he levantado a las seis de la mañana; no he tenido un momento de respiro. Y ahora, al escenario, sólo de siete a nueve y de once a una.

Todo un record de trabajo. Porque, los actores lo saben, eso de salir al escenario en soledad y estarle hablando al público durante dos horas agota. Y, sobre todo, agota mucho más si el único actor es al mismo tiempo autor de la obra.

Estamos en el camerino del teatro Eslava, en el único camerino que se emplea en la representación de «Pobre Jorge», obra en dos actos, con un sólo personaje secundario por las voces en «off» de María Ladrón de Guevara, Nati Mis-

tral, Sara Montiel, José Luis Packer, Ismael Merlo, José Luis Ozores, Martínez Soria, Antonio Casal y Manuel Gómez Bur. Una obra, pues, ayudada por los medios mecánicos de nuestro tiempo: teléfono, micrófono, amplificador, voces de fondo grabadas en cinta magnetofónica.

Y surge la primera pregunta en relación con la obra «Pobre Jorge». Se lo dice un amigo intentando echar una mano al periodista:

—Esta idea, ¿cómo se te ocurrió?

—Verás—dice Tony—. Esta idea me la dió mi padre y me la escribió mi chico. Pero no lo digas a nadie.

Ya que nombra a su padre no viene de más recordar que es hombre de grandes bigotes a lo kaiser y que fué, tras la guerra, conserje mayor del Museo del Prado. Por aquellas salas creció Tony Leblanc, haciendo trastadas, subien-

do y bajando en el ascensor y dando rabietas a algún que otro guardia. El chico, sin embargo, no se aficionó a los cuadros. De muy joven ya arrimó el ascua a la sardina del teatro y bailó y cantó y tocó la guitarra. Ahora, cosas de la vida, por primera vez, autor. Un autor que ha terminado su obra hace quince días y que ya está estrenándola en un teatro de Madrid. ¿Verdad que suena a milagro?

APRENDA LA PRESTIDIGITACION EN CUATRO DIAS

—¿Cuándo surgió el tema central de «Pobre Jorge»?

—Hace nueve años. Hay muchos como Jorge, muchos. Y me impresionó el asunto de lo que ahora llamamos un «calzonazos», ese pobre hombre que no toma iniciativas, que no es nada. Dejé dormir la idea, tras tomar apuntes, y hace un mes volví a ella.

Y se puso a trabajar sin tregua en los ratos perdidos. Y terminó la obra en quince días. A veces dudaba de que pudiera acabarla, porque...

—Me daba la impresión de que estaba escribiendo demasiadas tonterías y de que todo aquello era una mamarrachada.

Pero Tony Leblanc consiguió dar fin a su primera obra y entonces se la leyó a su mujer, en primer lugar.

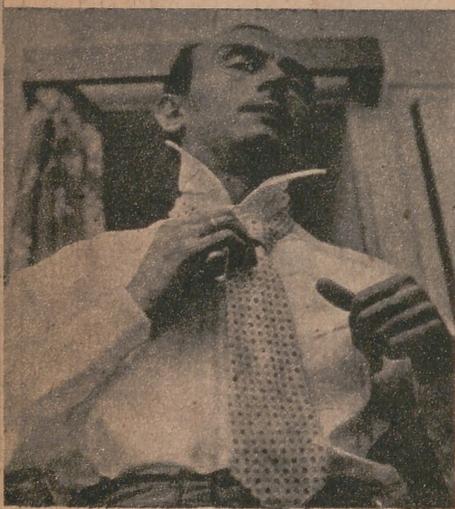
—Naturalmente, a mi mujer, que no está metida en esto del teatro, le pareció maravillosa, extraordinaria. Luego la leí a varios amigos y me animaron. Por fin, Luis Escobar dijo que sí, que valía.

Y es en ese momento en el que interviene el señor Mendizábal, presidente de la Sociedad Española de Ilusionismo. Le dijo poco más o menos:

«Oye, Tony... ¿por qué no haces dos o tres números de prestidigitación?»

A Tony le pareció de perlas la idea. Manos a la obra. Y en cuatro días justos, Tony aprendió a romper un periódico en muchos pedazos y a presentarlo entero a la vista del público. El otro número, el de vaciar una jarra de leche en un cucurucho y hacer desaparecer la leche, lo aprendió mucho antes, porque el truco es más sencillo.

Todo esto de la prestidigitación forma parte de la personalidad polifacética de Tony Leblanc y está fundado en el argumento de la obra. Hay un instante en la obra en que el pobre Jorge intenta convencer a un retrato de su suegra —por la que está absolutamente intimidado— de que él será un gran actor que conquistará la fama en donde quiera que vaya, y para ello toca la guitarra, imita ruidos de pájaros, supone que se le rompen las cuerdas del instrumento y silba... en fin, como recordó Marquerie, el bululú que el cómico madrileño Agustín de Rojas nos dejó en su «Viaje entretenido»: Bululú, un actor sólo que dice y representa.



El autor-actor se fija el nudo de la corbata momentos antes de salir a escena

LIDIAR OTRO TORO

Llega constantemente gente al camerino. Tony fuma cigarro tras cigarro y se lamenta de la vida de los actores. Muy dura.

—En el fondo yo escribí esta comedia para liberarme de trabajar como actor.

—¿Piensa escribir nuevas obras?

—Desde luego. Pero nunca escribiré otra de un sólo personaje. No quiero someterme a torturas. Ahora bien: Cuando escriba una obra de varios personajes, la armaré, se lo aseguro. Meteré mucho ruido.

—¿Por qué está usted tan seguro?

—Hay todavía muchas ideas originales. Hay mucho camino que aún no se ha tocado en el teatro.

Lo dice con una seguridad que pasma. Como si dijera: «Esto es cosa fácil. Ponerse a escribir, querer escribir y en paz.» Es entonces cuando intento llegar al fondo de este hombre para saber hasta qué punto puede uno pensar si habla formalmente.

—¿Había usted leído alguna obra de un solo personaje?

—Nunca, jamás.

Nada. Ni «La voz humana», de Cocteau; ni el célebre monólogo de O'Neill «Antes del desayuno». Exploro a nuestro autor, a Horacio Ruiz de la Fuente, que cultiva con asiduidad este género del personaje único.

—Tampoco he leído ni visto nada suyo, aunque me han dicho que es muy bueno. Y ni siquiera he visto «Las manos de Eurídice».

Así entramos en una conversación literaria. Y Tony Leblanc me dice que apenas tiene tiempo de leer, porque está siempre ocupadísimo, y para él un domingo es el que puede coger el coche y llevar a su mujer y a sus niños al campo es la vida. Sin embargo, tiene sus preferencias literarias.

—En cuanto a autores de teatro me gustan muchos, pero vamos a ordenarlos en cuanto a los asuntos que tocan. En el género policiaco, prefiero a Agatha Christie, sensacional. Me agrada la audacia y claridad de Calvo Sotelo, la delicadeza de López Rubio, la literatura fuerte de Foxá.

No cabe duda que Tony Leblanc tiene ideas personalísimas sobre nuestros autores españoles. Para algo es hombre inquieto. Y que es inquieto lo prueba el que, tras decirme esto, saca la guitarra de un armario y se pone repentinamente a ver si está afinada. Me mira un momento, un instante tan sólo, y parece decirme: «Siga, siga usted».

—Cuando interpreta «Pobre Jorge», ¿de quién se preocupa usted más, de Tony autor o de Tony actor?

—El día del estreno estaba preocupado por Tony autor. El actor estaba dispuesto a cambiar el argumento sobre la marcha si las cosas salían mal y el público comenzaba a meter el pie.

Tony Leblanc dice las cosas con extraordinaria tranquilidad. Lo mismo se lanza al tobogán de una sorprendente afirmación que le deja caer al oyente una frase como esta última, en la que se ve su tremendo poder de repentización, capaz de dar un sesgo impensado y orientar la proa de una

nave que se va a pique en busca del buen puerto.

Y como va de aquí para allá y de allá para acá en la vida, lo mismo le sucede con el pensamiento, y ahora, de golpe, me dice:

—Es terrible esto... Teper que salir al escenario y lidiar otro toro, otro más...

—¿Nunca le han fallado los juegos de prestidigitación?

Me mira con ojos asustados. Echa una chupada al cigarrillo.

—Por ahora no llegó la tragedia.

En la conversación interviene una tercera persona. Tony sigue diciendo que no puede resistir tanto trabajo, que es muy pesada carga, que...

—¿Y para qué quieres tu tanto dinero, Tony?

—Para pagar deudas, amigo mío, para pagar deudas.

Y AYER HABIA SIDO OTRA VEZ PAPA

Suena el primer aviso y Tony comienza a vestirse de pobre Jorge. Una chaqueta corriente y un pantalón de distinta tela a la de la chaqueta.

Ni un solo toque de maquillaje. Sale a escena tal cual es.

—¿Qué cosa es la que usted hace mejor?

—Creo que escribir. Ahí están mis mejores anhelos. Ya le dije que estaba cansado de trabajar como actor. Además, desde pequeño siento afición a esto de escribir.

Desde luego, sus comienzos son impresionantes. Puede que ningún actor de esta época ha comenzado a la marcha de vértigo de Tony Leblanc en cuanto a terminar una obra y estrenarla.

—¿Qué diferencia existe para usted entre la fama de autor y la fama de actor?

—Ninguna. A mí me gusta que me digan siempre lo que me dicen ahora: Por ahí va Tony. Con eso me conformo. Claro que tener fama por ser escritor es más bonito que tener fama por ser actor... Sobre todo, por aquello de liberarme de las tablas como actor.

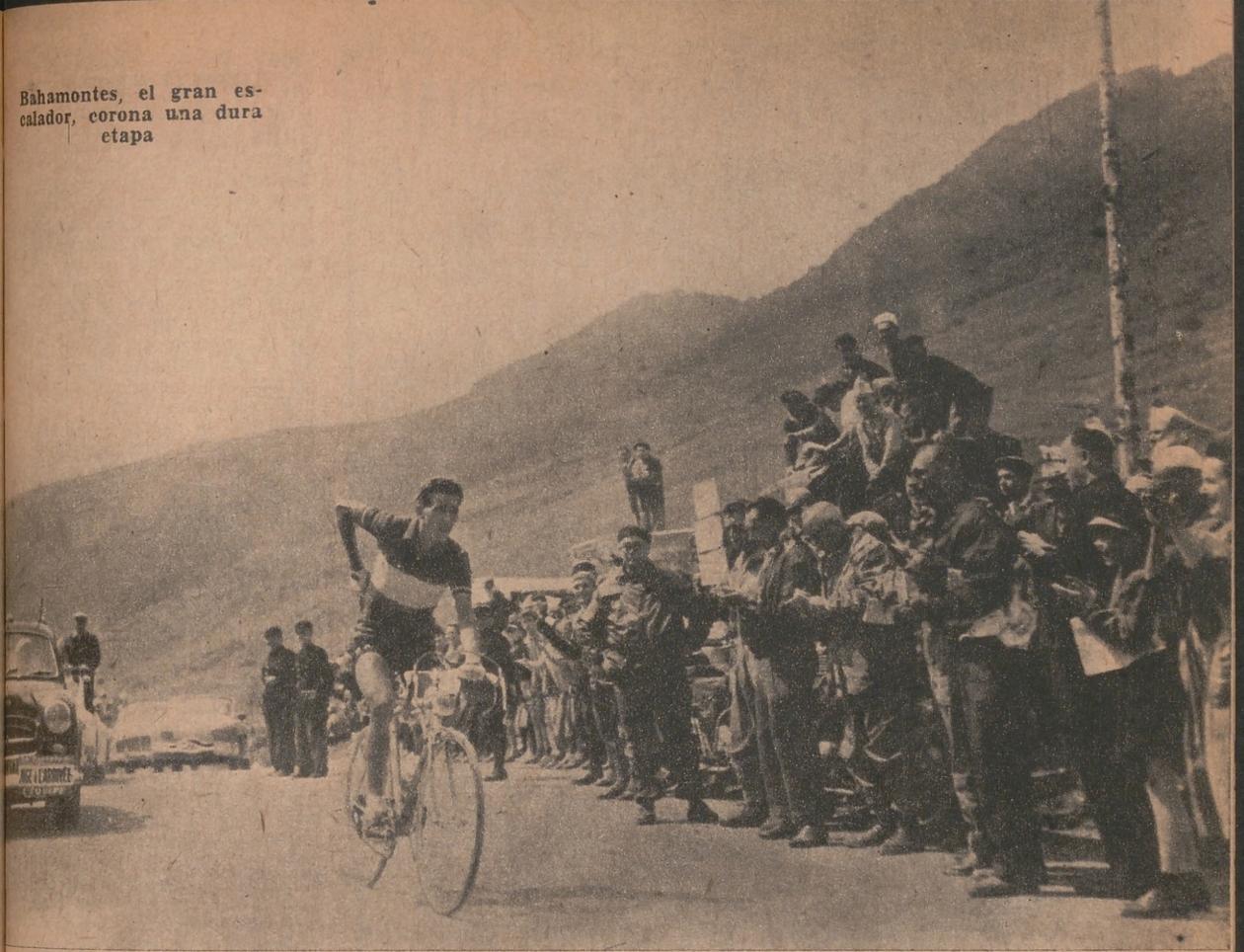
Hay que decir una cosa al oído de los lectores. Tony Leblanc no se sabe la obra «Pobre Jorge» de memoria. Qué quieren ustedes; no tuvo tiempo. Es como una maldición esto del tiempo para Tony. Y así podría pasar algunos pequeños apuros si fuera otro hombre, pero con él no hay problema. Cuando el actor no recuerda una frase, surge el autor en un segundo y le corrige la plana improvisando. Y así, a la fuerza, todo va sobre ruedas. Supongo que en este caso concreto, Molière debía parecerse mucho a Tony Leblanc. Con razón dijo un crítico que otras obras pueden encarnarlas muchos actores, pero «Pobre Jorge», no. «Nace y muere con su creador, ya que éste es el que toca, baila, silba, canta, imita voces...» Echele usted un galgo a todo esto, señor mío.

De pronto, otro desplante de Tony Leblanc, en el camerino del teatro Eslava:

—¿Sabéis? Ayer mi mujer ha tenido un niño.

Pedro DE GIMADEVILLA

Bahamontes, el gran escalador, corona una dura etapa



LOS GIGANTES DE LA MONTAÑA

BAHAMONTES RENUUEVA LA TRADICION DE LOS "ESCALADORES"

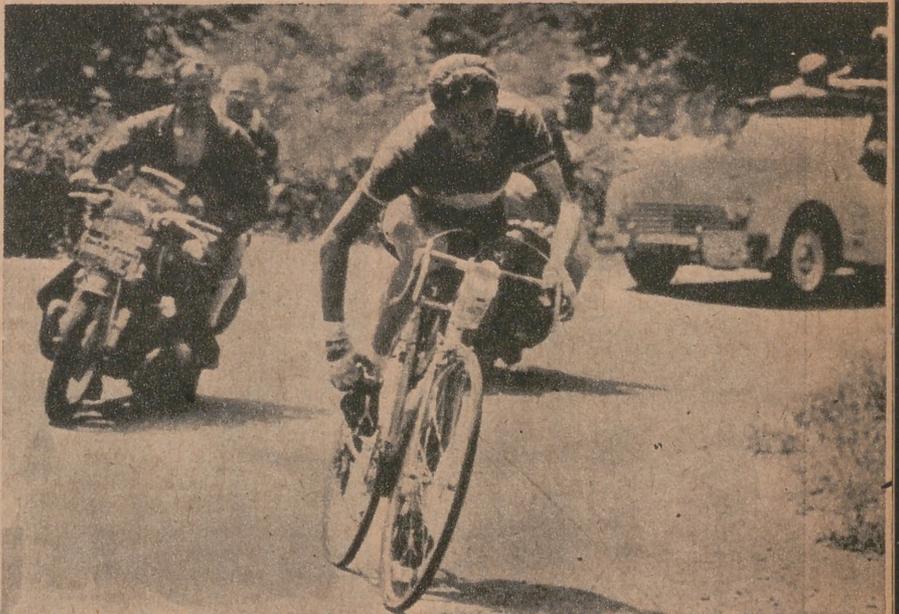
LOS CICLISTAS ESPAÑOLES EN LAS CUMBRES DE LOS PIRINEOS Y LOS ALPES

DOS avionetas, en vuelo circular, otean el paisaje, el verde claro, los barrancos temidos de los Pirineos. Un poco más abajo un helicóptero va dejando su sombra en la carretera, en los zig zag de la carretera.

La visión desde la altura del col de Aspin es un encadenado de precipicios ocres, de cinta de asfalto que juega a la travesura deirse reproduciendo entre nubes y abismos.

Una pedalada. Y otra. Y otra más potente todavía. Un hombre que avanza la cabeza cubierta por un gorriño que lleva los colores más representativos del mundo; el rojo de la sangre, de la potencia, de la plenitud física convertida en esfuerzo; el amarillo del oro, el triunfo, la fortuna.

Dos piernas fibrosas que, a partir de la rótula, parecen como si tuvieran un bestial añadido de músculo. Las manos, enfundadas las muñecas en vendas, sujetas al guía de la bicicleta, como si el guía fuera esa ocasión única que se presenta a cada hombre una vez en la vida. Los ojos torturados por la monotonía del asfalto, siempre igual, siempre lo mismo.



La subida del «Portet d'Aspet», 1.069 metros. Bahamontes, el primero

UN NUEVO ORDEN SOCIAL

En enero de 1938, faltaba todavía cerca de año y medio para que la guerra terminase, dijo Franco estas palabras proféticas, que hoy nos admiran cuando pensamos en la conjunción perfecta que ha podido darse entre palabras y realidades: "En el capítulo de justicia social suprimiremos absolutamente la lucha de clases, estableciendo la armonía entre el capital y el trabajo; dignificaremos a éste; estableceremos respeto para la producción; mejoraremos las últimas leyes sociales, según las posibilidades de nuestra vida económica, y garantizaremos a todos los españoles el derecho al trabajo, a la instrucción y a la justicia."

En el Fuero del Trabajo, carta magna de todos los trabajadores españoles, estas aspiraciones tienen ya rango de ley Fundamental del Reino.

La lucha de clases, la pugna entre empresario y productor, entre amo y empleado, antes de ser un instrumento del marxismo, fué, y más tarde siguió siendo una realidad nacida al amparo de las tremendas injusticias sociales. La lucha de clases no la inventó Marx. El judío de Treveris sólo hizo su adaptación, su reglamentación como utópico medio para hacer desaparecer desniveles absolutos económicos. El marxismo acentuó esta lucha —que él había estableci-

do como dogma— convirtiéndola en el semillero de todas las discordias y disparadero para todos los odios.

No era mediante la lucha de clases, sino por medio de su absoluta abolición como se habría de llegar a la paz y armonía entre los hombres. Pero es ésta una lucha que no puede abolirse por decreto. Su abolición en España estuvo subordinada a la desaparición del desnivel económico, a la concepción del trabajo como origen de jerarquía, a la absoluta dignificación del trabajo, a su consideración como cumplimiento de una ley divina, a la elevación del nivel de vida en todos los sectores, principalmente en los más humildes.

"La gente cree —dijo Franco hace veinte años a un corresponsal extranjero— que estamos haciendo una guerra como otra cualquiera, pero estamos llevando a cabo también una profunda revolución social, que tiene fundadas sus doctrinas en la enseñanza de la Iglesia Católica. Habrá menos ricos, pero también menos pobres."

Esa revolución social no tenía más objeto que el que hoy vemos cumplido: la creación de una justicia social, de un orden social nuevo al tiempo que aparecía en el incipiente horizonte de nuestra nueva Historia, un nuevo orden político.

Tras él, en rampas lejanas, más de cien hombres sufren, se arrastran materialmente, queman, energías incalculables en pocos segundos, todo con el fin de darle al-

cance, de, no dejarle coronar a «col». Pero es completamente inútil. Es cuestión de poner el alma y el corazón en cada una de las pedaladas. No importan los kilómetros —¿acaso ocho mil?— que Bahamontes haya recorrido ya en esta temporada. Aquí está solo mordido por la furia, rabioso de coraje. Desde las altas cabinas de las avionetas sólo se ve, a intervalos, su mancha breve en la cinta de la carretera, y desde el helicóptero, la televisión, el ojo frío de la cámara no puede adivinar sino una milésima parte de todo lo que está ocurriendo allá abajo.

Bahamontes llega, al fin, en solitario a la cumbre del Aspin, y hay entonces una tremenda duda en todos los hombres que siguen su portentosa ascensión. ¿Perdido Bahamontes la ventaja de un minuto veinticinco segundos que había conseguido sacar a Privat, siguiendo en la cumbre? «Bahamontes tiene miedo a lanzarse en tumba abierta.» Esta frase se había hecho ya axiomática. Pero nunca se puede especular con las reacciones de los hombres geniales. Y Bahamontes se lanzó por la pendiente a más de ochenta kilómetros por hora y desaparecía en las curvas como un fantasma.

Y cruzaba sin verla la tierna, la dulce tierra de Bearn, donde, según es fama, nació el valiente caballero y espadachín D'Artagnan. Volando, valga la expresión, atacó el «col» de Peyresourde y llegó también a la cima en solitario, rey absoluto de un terreno difícil y duro que se le ha dado en llamar el juez de paz de toda carrera ciclista. El grito salvaje de los espectadores franceses estalló en el aire y se fué diluyendo lentamente, como si quisiera dudar más tiempo que de costumbre, en los diminutos valles pirenaicos. En uno de ellos, Luchon, final de etapa, a la que llegaría Bahamontes triunfador con más de dos minutos de diferencia sobre el segundo.

Y Bahamontes, una vez más, se ponía a la cabeza de la clasificación para conquistar el título de «rey de la Montaña» del «Tour» de

No se piensa en nada, bien se sabe. Son momentos en los que sólo una palabra acucia como si fuera un ascua: llegar.

El sudor comienza a brotar detrás de la nuca. De allí, lentamente, baja en tobogán por la espalda y la camiseta rojigualda enjuga el escalofrío del esfuerzo.

Cuando el porcentaje de la cuesta disminuye, el corredor abre la boca hasta el máximo, se llena los pulmones del aire fresco de la cumbre, intenta volver a recuperar oxígeno. Y otra pedalada, potente, de gigante.

Por el corazón, inconscientemente, rondan muchas cosas. El corazón está callado, pero es también un camino por el que van dando pedaladas los pensamientos acurrucados en el afecto. «Le prometí hoy una victoria, antes de salir de Toledo. Hoy es mi cumpleaños. Treinta veces vi pasar treinta días que se llamaban nueve de julio.»

Ella, la mujer, la que recogió la promesa, es de Toledo. Ella está cerca, muy cerca de la radio, para beber noticias. El, el hombre que sube en solitario las rampas del Aspin, es Federico Martín Bahamontes. Delgado, de estatura media, hombre genial o genialoide, capaz de llegar a lo inesperado o de hundirse repentinamente en el más absoluto de los silencios.



El equipo español en el momento de comenzar la Vuelta a Francia, en Bruselas

Francia, siguiendo así la tradición de escaladores españoles que triunfaron en el país vecino. Esta tradición comenzó hace ya muchos años, allá por 1933.

LA «PULGA DE TORRE-LAVEGA»

«Esta mañana llega a Madrid el gran corredor ciclista Vicente Trueba. Viene a estrechar la mano de sus amigos los madrileños después de su gesta admirable y admirada de la Vuelta a Francia. Tú, aficionado, que te deleitaste con la lectura de sus hazañas por los picos más altos de Europa, estás obligado a tributarle un aplauso más: únete al grupo de amigos y vete hoy, miércoles, a la estación del Norte. A las 8.45 de la mañana, el «rey de la Montaña» llega procedente de París. Espera, y si no le conoces, te asombrarás cómo pudo convertirse en «gigante de la carretera» un hombre de tan pequeña talla. Pero no dudes, aficionado, que aquel que verás es el mejor escalador del mundo. Es un español como tú. Es Vicente Trueba.

Recíbele, buen amigo, como al artista insigne que llevó su mérito a que sirviera de enseñanza fuera de su patria, y al regreso vino cargado de laureles, honores y dinero. Tú tribútale tu aplauso porque en más de una ocasión te emocionaste al leer que en el «col» de Vars, en el Galibier, en el Port y en el Portet, en el Tourmalet y en el Aubisque, tu compatriota era el dueño y señor de la situación, y recuerda también que por el nombre de España se difundió a los dos hemisferios, y que los periódicos del mundo entero hablaban con elogio de España durante un mes, y que todo ello fué debido a Trueba, que te asombró a ti, y como a ti, a millones de aficionados.

No olvides que nadie hizo por el ciclismo español lo que ahora ha hecho Vicente Trueba.

Bien venido seas, «rey de la montaña.»

Con este emocionado diálogo entre el lector y el periodista, se exhortaba al público de Madrid para que recibiera con todos los honores a Vicente Trueba. Era, exactamente, el 9 de agosto de 1933. Y Trueba, la «pulga de Torre-lavega, sobrenombre que se hace ya clásico en el «Tour» de Francia y que es patrimonio de los hombres únicos, llegaba, en efecto, como el primer «rey de la Montaña» del «Tour». Aún se puede precisar más en este caso y demostrar cómo los organizadores de la carrera ciclista más importante del mundo crearon el Premio de la montaña exclusivamente por imperativo de un español. En efecto; en 1932, finalizada la Vuelta a Francia, los corredores visitaron, como de costumbre, los despachos del diario organizador, que en aquella época era «L'Auto». Un miércoles apareció por allí Trueba, un poco retrasado en la visita, y entonces el diario publicó la clasificación en las escaladas a los puertos que jalonan la ruta. Con arreglo a esta clasificación, Trueba ocupaba el primer lugar entre los escaladores, con 31 puntos, siguiéndole el italiano Barral y en tercer lugar el francés Benoit



Loroño, otro «rey de la montaña», as del ciclismo español

Faure. Se había dicho en principio que existía un premio para el triunfador de la montaña que alcanzaba los 35.000 francos, pero luego este premio quedó dividido en siete lotes de 5.000 francos y se estableció que al año siguiente

se crearía un nuevo galardón: el «rey de la montaña».

Vicente Trueba, en 1933, salió de España a la ventura, dispuesto a hacer la hombrada y a traerse para España el título. Lo consiguió.



Vicente Trueba y Julián Berrendero, dos de los grandes escaladores españoles

Trueba fué sólo a la prueba. No exactamente, porque le acompañó Cepeda, pero éste se retiró en la primera etapa y así Trueba quedó como único español aislado totalmente para dar la batalla. Mientras los ases contaban con seguidores, con domésticos, con misajistas que al término de las etapas procuraban cortar el lógico agotamiento, Trueba estaba siempre solo: en las jornadas de descanso y en las de ruta. Y así comenzó la carrera. Y así llegó aquel día en que Trueba sacó más de veinte minutos a su inmediato seguidor y todos los demás participantes llegaron a la meta con el control cerrado. Hubo que admitirlos a todos porque no era cosa de que Trueba siguiera en solitario la Vuelta a Francia. Desde aquel día, en la caravana multicolor flotaba una pregunta enigmática: ¿Cómo aquel minúsculo corredor tenía una fibra tan maravillosa, capaz de inquietar a los ases franceses, a los gigantes belgas e italianos? Ni él mismo ni nadie sabía responder.

Allá va solo por las cumbres sin equipo que le arrope, sin bidones para llevar el agua, apenas sin tubulares de repuesto. Y por si fuera poco sufriendo la picaresca de aquellos tiempos. Puede que hoy sueñe a extraño e increíble; pero es lo cierto que a Vicente Trueba, en cuanto llegaban las etapas de montaña, los demás corredores pagaban a unos cuantos músicos y cantantes, y éstos se iban cerca de la ventana de la «pulga de Torrelevega» y se pasaban la noche dándole la taharra con el fin de que Trueba no pegara ojo la víspera de una terrible batalla en las cumbres.

Pero todo aquello era como echar agua en el mar. Trueba, los ojos brillantes, las piernas elásticas, subía al día siguiente a la bicicleta, comenzaba a dar pedaaladas, subía repechos y cuando todos los demás ciclistas llevaban la lengua fuera, Trueba desgrataba una sonrisa para los fotógrafos y para las bellas muchachas francesas que aplaudían locamente al «petit espagnol». Era cosa de milagro. A medida que la dureza de las batallas diarias abría brecha en los demás corredores pertenecientes a los equipos catalogando por los técnicos como invencibles, Trueba comenzaba a ganar puestos y más puestos en la clasificación y acochaba la cabeza, la meta tan ansiada, que siempre le volvió la espalda, porque Trueba no podía bajar en los descensos a la velocidad necesaria porque, entre otras razones, le faltaba peso.

Pero en las escaladas, Binda, el gran Alfredo Binda, se quedaba pegado como una tortuga a la carretera. Y Marcel Bidot veía con ojos de alucinado aquella pequeña figura que se alejaba, que se alejaba cada vez más.

Era la «pulga». Subía como muerren los héroes: con la sonrisa en los labios.

DE BERRENDERO A JESUS LOROÑO

—¿Alguna otra razón?

—El ciclismo en sí. He vivido siempre para él.

—¿Qué es más fácil?

—Para mí, pedalear.

El 3 de marzo de 1954, Julián Berrendero fué nombrado seleccionador nacional de ciclismo, puesto que era el más capacitado para dirigir el equipo español. Conocía perfectamente la ruta; sabía de memoria con quién podía contar y con quién no. Uno de los factores más importantes para que la Federación Española le llamara para el cargo de tanta responsabilidad era aquel título conseguido en 1936: Rey de la Montaña del «Tour».

Fuó todo como una pequeña sinfonía. Tras la conquista de la corona por Trueba, España, al año siguiente perdió el cetro, conquistado por Vietto, corredor francés. Un año más tarde, Vervaecke conseguía el triunfo para Bélgica, al pisar la cinta de llegada a la cima de los «cols» sin enemigo peligroso. Y fué entonces cuando de nuevo, casi inesperadamente, como pasa siempre en la historia del ciclismo español, Berrendero partió rumbo a Francia y comenzó a emocionar a los aficionados con triunfo tras triunfo. Hay que hacer una salvedad en el caso de Berrendero. Así como Trueba y Bahamontes son corredores un tanto asombrosos, dispuestos a crear una especie de vértigo en el aficionado y a mostrar un carácter medio absurdo y poco dominado por la lógica, Berrendero tenía siempre el músculo dominado por la cabeza. Fué acercándose poco a poco al ansiado título de rey de la Montaña, sincronizando sus fuerzas y su ascensión con el oportunismo que, seguido sistemáticamente, le llevaría al fin a la victoria.

Madrid, o lo que es lo mismo, un corredor del centro, conseguía el título de rey de la Montaña, y diez años más tarde, Julián Berrendero recibió la Medalla Deportiva de su ciudad natal. Faltaban tres años para que el corredor se retirara definitivamente del ciclismo, con hondo dolor, a causa de la más sensacional retirada del equipo español de la Vuelta a Francia. El equipo, a las pocas etapas, abandonó casi en bloque.

Pero en 1954, Berrendero, dirigiendo el equipo español, consiguió lo que, acaso, deseaba con más fuerza: que otro escalador español, un joven toledano, llegase por primera vez al «Tour» y conquistase de nuevo para España el título de rey de la Montaña. Berrendero seleccionó para la Vuelta a Francia a Bahamontes, y Federico respondió con creces a la confianza.

Así se cierra el ciclo de la vida profesional de Berrendero. En 1936 vence en las escaladas del «Tour». En 1954 descubre un nuevo rey de la Montaña.

Y ya está aquí el nombre de Jesús Loroño. Fijemos el día: 13 de julio de 1953. Se corre la décima etapa del «Tour», y el equipo español va muy mal clasificado y aún no ha dado señales de vida ninguno de sus componentes. Se comienza a escalar el Aubisque. Una vez más, en las cumbres pirenaicas se despega del pelotón un ciclista casi desconocido: Jesús Loroño. Delante, un pequeño grupo de escapados, entre los que iban los suizos Huber y Koblet.

El vizcaino, pedaleando rabiamente, con ritmo seguro y fácil que sorprendió de inmediato a todos los técnicos del ciclismo, no sólo logró alcanzar al reducido pelotón de cabeza, sino que lo rebasó ampliamente, escalando el resto del Aubisque, con sus 1.708 metros de altura en plan de maestro y en solitario. En la cumbre ya sacaba cinco minutos al fenómeno suizo Koblet. En la cumbre del monte pirenaico, como siempre, un gentío enorme de españoles que habían llegado allí empujados por el fuego de la tradición y por la coronación de que uno de los nuestros coronaría el «col» en primer lugar. El nombre de Loroño comenzó a cobrar alas, y cada uno de los enviados especiales de los diarios más importantes del mundo dió el toque de atención respecto a aquel español duro, templado en el esfuerzo, que había vencido a uno de los jueces de la carrera. No se equivocaban. En las restantes etapas, Loroño continuó almacenando puntos para el Premio de la Montaña, aunque seguido de cerca por el corredor italiano Mitando. Y así llegó la etapa reina con los «cols» Vars e Izoard. En estos mismos montes, en los que se ha registrado el pasado martes el triunfo de Bahamontes.

El Izoard, que, como dicen los técnicos, es el monte maldito del «Tour» y el que da o quita todos los «maillots» amarillos de la Vuelta Ciclista a Francia. Y allí, Loroño, en otro ataque de furia ibérica, se lanza a la cumbre, y al terminar la etapa lleva once puntos de diferencia en la clasificación de la Montaña a su más próximo enemigo, que ya no es Mitando, desgajado en el esfuerzo, sino Bobet.

Y España conquista por tercera vez el Premio de la Montaña.

EL TRIUNFO LLEGA ASÍ

Una pedalada. Y otra. Y otra más. Y a diferencia del llano, la caravana de los corredores se alarga cada vez más, como si fuera una goma en manos de un niño. Hay que abandonar a veces el cómodo asiento del sillín y sostener el cuerpo sobre los pedales, cargando el peso, ahora en el pedal derecho, después en el pedal izquierdo. Cuando se llega arriba se han perdido dos o tres kilos, la frente está llena de un sudor frío de enfermo, y en muchas ocasiones, como le sucedió hace pocos días a Bahamontes, se tarda una media hora larga en recobrar el habla. Pero por las cumbres viaja la auténtica clase del corredor, y allí, cercanos a las águilas, se lucha despiadadamente, en solitario, sin amparo alguno, abandonados a sus propias y exclusivas fuerzas. Por los recuerdos de la carretera que sube, los aficionados siguen el esfuerzo a lo lejos y miran como dioses a los escaladores que pasan a su lado y que apenas inician una sonrisa ante los aplausos.

Trueba, Berrendero, Loroño y Bahamontes. Y con ellos, el nombre de España plantado como un grito en el camino duro y áspero, difícil y generoso, que siempre devuelve con creces el esfuerzo.

Pedro Mario HERRERO

IRAK Y LIBANO: LA HORA DE LAS ARMAS



DE BAGDAD A BEIRUT, UN REGUERO DE POLVORA

LOS OJOS DEL MUNDO SOBRE EL ORIENTE MEDIO

CUATROCIENTOS soldados turcos, con uniforme de gala, estaban formados en una de las pistas del aeropuerto de Estambul. Eran las once y media de la mañana del 14 de julio.

En los edificios del aeropuerto ondeaban las banderas de cinco países: Turquía, Irán, Irak, Pakistán e Inglaterra. Embajadores, ministros y altos funcionarios aguardaban allí la arribada del avión procedente de Bagdad. En él habrían de llegar el Rey Feisal II del Irak y el jefe del Gobierno, Nuri Es Said.

Aquella era la hora fijada para el aterrizaje y, sin embargo, la radio del aeropuerto no había recibido ningún mensaje advirtiendo la proximidad del avión. Feisal II y Nuri Es Said habían anunciado su viaje para acudir a la reunión de países musulmanes miembros del Pacto de Bagdad.

Pasaba el tiempo, pero el avión no aparecía. Desde el aeropuerto se intentó comunicar con Bagdad y la llamada no obtuvo respuesta. Una hora después, otro avión aterrizaba en Estambul. Era un aparato de las líneas aéreas comerciales iraquíes que venía directamente de Bagdad. Naguib Alravi, embajador del Irak en Turquía, se precipitó inmediatamente hacia la portezuela por donde descendía el piloto.

Tras breves minutos de conversación, el embajador volvió al grupo de recepción. Las órdenes comenzaron a circular con rapidez después de los primeros rumores sobre una revolución en Bagdad. Los soldados, preparados para recibir a Feisal II hubieron de participar en la despedida oficial de los políticos musulmanes. En aviones, dispuestos a toda prisa, marcharon el presidente de la República turca, Celal Bayar; el je-



La Caballería iraquí, en las cercanías de Bagdad. Su posición durante los primeros días de la revolución ha sido muy incierta. Abajo: Un rebelde libanés celebra una victoria en una lucha callejera en Beirut, antes de la llegada de los «marines»

fe del Gobierno, Menderes y Zorlu, ministro de Asuntos Exteriores. Después despegó el avión que llevaba a Hassan, embajador del Pakistán.

En aquellos momentos la radio del aeropuerto transmitía el cambio de reuniones. En vez de Ankara. Estambul; en vez de una reunión del Pacto de Bagdad, unas conversaciones extraoficiales sobre los sucesos del Irak.

Las llamadas estaban dirigidas a dos puntos opuestos: Teherán y el Mediterráneo. En la capital persa se hallaba Iskander Mirza, presidente del Pakistán, que en aquellos momentos celebraba una entrevista con Hekmat, ministro de Asuntos Exteriores del Irán. Sobre el Mediterráneo volaba un avión, procedente de la Riviera francesa en el que se dirigía a Turquía el Sha de Persia.

«¡AQUI, RADIO IRAK LIBRE!»

En Bagdad había sonado la hora del terror. Aquella mañana, la emisora de la capital comunicaba a todo el mundo el triunfo de la revolución que encabezaba el general Ab-el-Kerim El Kassem. Radio Irak Libre, en poder de los rebeldes, difundía el siguiente mensaje:

«¡Compatriotas! Ahora podemos hablar y respirar. Ahora podemos levantar nuestras cabezas y hablar libremente y decir: Abajo el imperialismo, los traidores y los mercenarios.»

Poco tiempo después la misma emisora comenzaba la publicación de los primeros decretos del Go-

bierno revolucionario. Se suprimía la Monarquía y se proclamaba la República con la formación de un Consejo de soberanía. Tras estos dos cambios fundamentales la emisora anunciaba las alteraciones de nombres de diversas unidades del Ejército y los nombramientos de altos jefes militares y funcionarios civiles, junto con la proclamación del lunes día 14 como fiesta nacional del Irak.

Antes de que finalizara el primer día de la revolución, el presidente Nasser que había abandonado precipitadamente Yugoslavia para regresar a El Cairo, enviaba un cable de congratulación al recientemente constituido Consejo de Soberanía, mediante el cual reconocía la legitimidad del Gobierno revolucionario, formulando los mejores votos por la prosperidad del nuevo Estado.

La influencia de la R. A. U. se advertía igualmente en el paralelismo psicológico de este movimiento con el que permitió la llegada de la República a Egipto. Una vez más, un grupo de «jóvenes oficiales» ha dirigido la revuelta de la misma manera que otro grupo similar lo intentara en Jordania durante la primavera de 1957.

Ab-el Kerim El Kassem era hasta el momento mismo de la revolución jefe supremo del Ejército iraquí. Joven todavía, había sido uno de los más activos combatientes en la lucha común de los árabes contra el Estado de Israel. Entonces propuso un plan de ataque contra los judíos que pareció demasiado comprometedor y no fué llevado nunca a la práctica.

Ahora, al igual que Naguib, y vuelve otra vez la analogía con Egipto, ha eliminado a todos los hombres afectos a Occidente. Sin embargo, la simple sustitución de figuras de la revolución egipcia no ha sido imitada en Irak. El cambio político ha sido acompañado de una de las más duras represiones conocidas en el Oriente Medio.

LA CITA DE LOS PORTAAVIONES

Durante varias horas, los servicios telefónicos británicos y norteamericanos han mantenido una vigilancia especial para evitar interferencias o indiscreciones en una línea. Desde el número 10 de Downing Street, en Londres, a la Casa Blanca de Washington había sido establecida la comunicación. Macmillan habló durante varias horas con Eisenhower y Dulles, ya que la rapidez de la crisis ha impedido toda reunión personal.

Poco tiempo después de que se celebraran estas conversaciones telefónicas comenzaba a advertirse un inusitado movimiento en varios puertos mediterráneos. Los permisos a los marinos eran rápidamente anulados, se reclamaban a toda prisa suministros de víveres, y los buques se preparaban para zarpar.

De Nápoles salían varias unidades de la VI flota: el portaaviones «Wasp», dos cruceros y un buque de transporte. Del puerto ateniense de El Pireo partía el portaaviones norteamericano «Essex», varios destructores y unidades de desembarco. De Génova han salido los destructores de la VI flota «Wilson», «Damato» y «Basilona». De Cannes, el portaaviones «Saratoga», los destructores «Rich» y «H. E. Unneson» y el buque de reparaciones «Shukanan». De Ville Franche zarpará el crucero pesado «Des Moines», buque-insignia del almirante Brown.

Todas estas unidades se encaminaban naturalmente, hacia las costas del Mediterráneo oriental. Para completar el posible cerco de esa inquieta zona del mundo, la llamada «Fuerza del Oriente Medio», agrupación naval norteamericana, se preparaba para cerrar la otra salida del canal de Suez. A las mismas horas que los buques de la VI flota se dirigían hacia el este del Mediterráneo, un portaaviones y dos destructores navegaban por el mar Rojo en dirección a Suez.

La alarma se ha extendido más allá del Mediterráneo; el «Ranger», uno de los mayores portaaviones norteamericanos, que se hallaba en Río de Janeiro con destino al Pacífico, ha recibido súbitamente noticias de alterar su rumbo y dirigirse a toda prisa hacia el Oriente Medio.

Igualmente los desplazamientos navales han afectado también a la Escuadra francesa. Dos barcos franceses, el portaaviones «Lafayette» y el «Arromanches», han salido precipitadamente de Tolón con un destino también ignorado, pero fácilmente supuesto.

ALARMA EN LAS ESCUADRAS

Cinco millas al sur de Beirut, en la bahía de Jaldi, han des-



La princesa turca Fazile, prometida del Rey Feisal II



El Rey Feisal y Abdull Illah durante la visita a Inglaterra en 1956, aparecen en esta fotografía con la reina Isabel

embarcado 5.000 «marines» norteamericanos, enviados al Líbano después que el Presidente Chamoun solicitó de los Estados Unidos la ayuda militar precisa para hacer frente a la insurrección que amenaza derribar a su Gobierno.

Tras la visita del secretario general de las Naciones Unidas, en todas las Cancillerías se confiaba a detener la amenaza de guerra civil en el Líbano. Desgraciadamente, los hechos no han confirmado las esperanzas. El Presidente Chamoun ha acusado a los observadores de la O. N. U. de clara negligencia en el cumplimiento de sus deberes; igualmente, Chamoun ha denunciado que la actitud del propio Hammarskjöld significaba un aliento a los dirigentes de la R. A. U. para aumentar la infiltración en el Líbano.

Los sucesos posteriores han permitido comprobar la certeza de tales aseveraciones. Cuando fué

notorio el hecho de que los observadores de la O. N. U. no proyectaban ordenar el envío de una fuerza internacional al Líbano se recrudeció la lucha entre rebeldes y gubernamentales.

A los pocos días se producía otro acontecimiento que revelaba la preparación de un largo proceso contra Occidente. Hussein de Jordania denunciaba dos días antes de la revolución del Irak el descubrimiento de un complot análogo en Jordania. Sesenta oficiales y suboficiales del Ejército jordano eran detenidos en Amman; en su declaración, Hussein acusaba directamente a la República Árabe Unida de ser la instigadora de este movimiento para derrocar la Monarquía y entregar el país a la influencia sirioegipcia.

El paso dado por Norteamérica al enviar sus tropas al Líbano está dirigido tanto a consolidar la situación del Gobierno del Presi-

dente Chamoun como a constituir una respuesta al movimiento revolucionario del Irak. En su declaración ante el Consejo de Seguridad de la O. N. U., reunido urgentemente en la tarde del martes, el delegado norteamericano, Henry Cabot Lodge, justificó ampliamente la necesidad de esta medida declarando que los Estados Unidos abandonarían su iniciativa en el momento en que las tropas de las Naciones Unidas pudieran sustituir a las de Norteamérica.

EL «LORD» HA MUERTO

«Si queréis conocer los propósitos de la Gran Bretaña en el Oriente Medio, os basta observar a Nuri Es Saíd.» Con estas palabras, pronunciadas en otro tiempo por Hussein, gran Mufti de Jerusalén, se define el papel representado por el viejo político iraquí.

Las primeras noticias de la insurrección en Bagdad anunciaron

la muerte del Jefe del Gobierno. Después, sin que hubiera habido rectificación, era la propia radio controlada por los rebeldes quien ofrecía 10.000 dinares por la detención de Nuri Es Said. El precio por la captura del político significaba el abandono de las normas que él había propugnado y el retorno a los sistemas represivos del viejo Imperio turco.

Un nuevo comunicado de la emisora iraquí ha revelado la fuga de Nuri Es Said en los primeros momentos y la búsqueda infatigable casa por casa; fué hallado más tarde, y «cuando intentaba huir», las tropas dispararon contra él. El empleo de este subterfugio ha pretendido disfrazar los posibles caracteres que revistió la muerte del Jefe del Gobierno.

Nuri Es Said no era árabe, sino kurdo y también paradójicamente el hombre que fué siempre fiel aliado de los ingleses comenzó por trabar con éstos relaciones bélicas en los campos de batalla de la primera guerra mundial. El político que amparó la influencia británica en el Oriente Medio procedía de una noble familia iraquí e hizo una brillante carrera en el Ejército turco. Educado en la Escuela Militar de Estambul, es enviado inmediatamente a luchar contra los ejércitos británicos en el Oriente Medio.

Nuri Es Said, condecorado con la Cruz de Hierro de Alemania, aliada entonces de la Sublime Puerta, y comandante del Ejército turco, es hecho prisionero. Cuando podía parecer que la captura había truncado su porvenir, se le ofrece la oportunidad de establecer contacto con el famoso coronel Lawrence. El inglés advierte que éste es uno de los hombres que necesita Inglaterra en el Oriente Medio cuando tras el final de la guerra pierda Turquía todas estas tierras. Lawrence estimula el nacionalismo árabe en la lucha contra el Imperio turco; en el nuevo Estado del Irak Nuri Es Said recibe el cargo de jefe del Estado Mayor del Ejército.

Al mismo tiempo que desarrolla la lucha militar contra los turcos,

Nuri Es Said se ejercita también en las batallas diplomáticas. Gana el apoyo del jeque de la Meca Hussein Ibn Ali; ya no dejará nunca el servicio a Inglaterra. Sus adversarios políticos le llamarán siempre «Lord», acusándole de unas costumbres totalmente británicas.

Durante mucho tiempo Nuri Es Said ha sido el hombre imprescindible en la política iraquí. En veintiséis años ha sido miembro de veinticinco distintos Gobiernos. En el panorama político del Oriente Medio era el único dirigente capaz de sostener con firmeza la integridad de dos instituciones amenazadas por el panarabismo que propugnan los dirigentes sirioegipcios: el Pacto de Bagdad y la unión federal entre Jordania e Irak.

Los ataques, cada vez más frecuentes, a la llamada M. E. D. O. (Middle East Defense Organization) estaban basados en las acusaciones de la R. A. U. de que este organismo servía exclusivamente a los intereses occidentales en el Oriente Medio. El pacto entre naciones de intereses en exceso divergentes había quedado muy debilitado tras los últimos sucesos del Líbano. Las naciones musulmanas miembros del mismo habían advertido que una postura de extrema adhesión a Occidente podría perjudicar su integridad y se disponían a transformar la M. E. D. O. en un pacto regional para la defensa común de sus propios intereses.

Dos semanas después de que Siria y Egipto acordaran la constitución de la llamada República Árabe Unida, Jordania e Irak anunciaban el establecimiento de una unión similar, la Nación Federal Árabe, a la que no consiguieron incorporar a la Arabia Saudita. La naturaleza de esta unión mostraba una clara oposición contra las absorbentes tendencias de la R. A. U. mucho más potente en cualquier aspecto; sólo Nuri Es Said podía mantener la solidaridad de ambas naciones frente a la común amenaza. Con su muerte, el peligro de una desintegración

del joven Estado se ha hecho ya realidad.

HUSSEIN, REY DE LA NACIÓN FEDERAL ARABE

Hussein I se ha proclamado Soberano de la Federación jordano-iraquí. Lógicamente la unión entre ambas naciones se hallaba realizada bajo la soberanía independiente de los dos monarcas. Estaba constitucionalmente previsto que en caso de enfermedad o ausencia de uno de ellos el otro tomaría el poder en toda la Federación. Esta base legal ha permitido a Hussein realizar su propia proclamación.

Cierto es que el Monarca jordano carece de derechos legales para ocupar el Trono del Irak, pero teniendo en cuenta la muerte del heredero de la Corona iraquí, príncipe Abdul Illah, y el estado de emergencia en aquella zona del Oriente Medio, su acto reviste todas las características exigidas por los principios del Derecho.

La proclamación de Hussein da pie a Occidente para conceder al Monarca jordano una completa ayuda que le permita restablecer su autoridad en ambas naciones. En Jordania existen fuertes núcleos de fuerzas iraquíes cuya posición es todavía dudosa, pero que tal vez pudieran ser incorporadas a las que, según radio Amman, se dirigen a la capital del Irak para restablecer la Monarquía y derribar a los revolucionarios.

Desde otro aspecto, sin embargo, este acto de Hussein entraña un grave peligro para la Monarquía jordana. En ese país, como ha evidenciado el reciente complot, existe una gran masa de partidarios de Nasser; la unión de las dos naciones podría servir para que la revolución del Irak se extendiera a Jordania.

Por una y otra parte, son demasiado confusas las noticias para que sea posible predecir lo que puede suceder en las próximas veinticuatro horas. Según Radio Amman, los revolucionarios controlan solamente la capital iraquí, en tanto que el resto del país se mantiene fiel a la Monarquía y decidido a realizar una contrarrevolución. En el otro campo, Radio El Cairo ha anunciado repetidas veces el envío de paracaidistas británicos y norteamericanos a Jordania, hecho desmentido por los occidentales, quienes no han negado que tal acción de ayuda pudiera tener lugar en un futuro muy inmediato.

FUEGO EN LA EMBAJADA

Desde la madrugada del lunes la Embajada británica en Bagdad estuvo informando al Gobierno inglés del curso de todos los acontecimientos que se sucedían rápidamente en la capital iraquí. Súbitamente, a las nueve de la mañana, dejó de transmitir la información: la comunicación había sido interrumpida y no volvería a reanudarse.

Pocas horas después, el Foreign Office recibía las primeras noticias sobre lo sucedido en su Embajada en Bagdad. La Embajada italiana en esta capital comunicaba que la sede diplomática de la Gran Bretaña había quedado totalmente destruida por un incendio, después de haber sido saqueada.



Los estudiantes iraquíes y jordanos celebran en El Cairo la victoria de la revolución

da por las turbas revolucionarias. Sir James Browker, embajador de Inglaterra, su familia y personal de la Embajada lograron refugiarse en un hotel después de permanecer por algún tiempo entre las ruinas del edificio. Sólo un miembro de la Embajada, el coronel Graham, conservador del edificio, había perecido a consecuencia de una bala perdida.

Mientras tanto, la Embajada americana era cuidadosamente protegida por los revolucionarios. Los tanques estacionados en las calles adyacentes hicieron desistir a los más exaltados de su ataque a la sede diplomática de los Estados Unidos.

Aun considerando la posibilidad de que la suerte corrida por la Embajada británica hubiera aconsejado a los revolucionarios evitar que tales hechos pudieran repetirse en la norteamericana, no puede soslayarse la diferencia entre las precauciones adoptadas en una y la pasividad en la otra. ¿Cuáles son las razones de este distinto comportamiento?

El principal enemigo de los propios revolucionarios es la propia Inglaterra, que mantiene bases en territorio de la Nación Federal Árabe y representa, por tanto, el mayor obstáculo a la política pro Nasser de los insurrectos. No se tiene noticia hasta el momento de que haya sido intentado ningún ataque contra los establecimientos militares británicos, pero es de creer que los revolucionarios se abstendrán prudentemente de realizar ningún acto de hostilidad contra las tropas inglesas.

LA DINASTIA TRAGICA

Antes de que fuera establecida la unión federal entre Jordania e Irak, otro género de relaciones unía las dos casas reinantes. Hussein y Feisal son primos segundos y ambos pertenecen a la dinastía hachemita.

Cuatro fueron los hijos de Hussein Ibn Ali, jeque de la Meca. Con ellos se desarrolla una importante serie de acontecimientos políticos en el Oriente Medio, presididos por las desgracias que acosan a los miembros de esta familia.

Ali, primero de los cuatro, hubo de huir de Arabia empujado por Ibn Saud. Al segundo, Abdullah, entregaron los ingleses el emirato de Transjordania, más tarde convertido en el Reino de Jordania. Feisal, tercero de los hijos, fundó el reino del Irak y murió antes de los cincuenta años a consecuencia de un ataque al corazón. El cuarto, Emir Zaid, era el embajador del Irak en Losdres.

Hussein Ibn Ali murió en el destierro al igual que su hijo primogénito Ali. Abdullah de Jordania fué asesinado, y Ghazi, heredero de Feisal I, murió en un accidente de automóvil.

Ghazi era primo hermano del hijo de Abdullah, Talal, confinado en un sanatorio para enfermedades mentales. A éstos dos habrían de suceder los monarcas actuales. Feisal II es hijo de Ghazi, y Hussein, de Talal.

La racha de desgracias ha proseguido ininterrumpidamente; la Reina Aliya, madre de Feisal II, murió muy joven a consecuencia de un cáncer; una hermana de ésta pereció en un incendio. Ahora, Abdul-Ilah, hermano de Ali-



Nansi Es Said, jefe del Gobierno iraquí, muerto a manos de los revolucionarios

ya e hijo del Rey Ali, ha sido arrastrado por las calles de Bagdad y colgado frente al edificio del ministerio de Defensa.

La noticia de la muerte de Abdul Illah fué hecha pública en los primeros momentos. Estas informaciones, de fuente rebelde, se contradecían con las de la emisora de Amman. En la capital de Jordania se informaba sobre la lucha entre los rebeldes y las tropas leales mandadas por Abdul Illah. Más tarde, sin embargo, las noticias de su muerte han obtenido otras confirmaciones.

De la misma manera ha sido aún más misteriosa la suerte corrida por el joven Rey. El lunes se creyó incluso posible que Feisal II hubiera podido alcanzar el aeropuerto de Bagdad, donde se esperaba el avión que habría de llevarle a la anunciada conferencia de Estambul. Otras informaciones aseguraron que el Rey había conseguido escapar y se encontraba en sitio seguro.

Finalmente, en Washington, y por vía diplomática, se hacia pública la noticia de la muerte de Feisal II, hecho temido en muchas Cancillerías.

PANICO EN LAS BOLSAS

Noventa millones de libras ha sido el valor de la pérdida provocada en la Bolsa de Londres al conocerse el día 14 las noticias so-

bre el Irak. Todas las acciones petrolíferas han descendido bruscamente de valor; las cotizaciones de las Bolsas de París y Nueva York acusan brutalmente el mismo pánico.

La causa de este miedo es muy clara. Los poseedores de acciones de la Irak Petroleum Company temen la posible nacionalización del petróleo iraquí. Alentado por los éxitos nacionalistas del Presidente Nasser, el nuevo Gobierno del Irak podría sentirse tentado de imitar el gesto de los egipcios. El miedo además no queda circunscrito a los poseedores de acciones de la Irak Petroleum Company, sino que alcanza a los dueños de valores petrolíferos en cualquier país del Oriente Medio.

Todos temen la llamada reacción en cadena en el resto de los países petrolíferos. Una ola de sabotajes y conatos de nacionalización podría hacer volver a una nueva crisis del petróleo.

Este ha fluído normalmente durante los dos días que siguieron al comienzo de la revolución iraquí. Los suministros de oro negro no parecen estar afectados por la crisis. Claro es que, como recuerdan muchos ingleses, es posible que el nuevo Gobierno tenga en su memoria el recuerdo de la fracasada nacionalización de los petróleos iraníes.

Guillermo SOLANA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARÁ TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 140

El Ejército del Irak cuenta
con excelentes pertrechos de
guerra



**IRAK Y LIBANO:
LA HORA DE LAS ARMAS**

**DE BAGDAD A BEIRUT
UN REGUERO DE POLVORA**

LOS OJOS DEL MUNDO SOBRE EL ORIENTE MEDIO